

EXTRA EN EL INTERIOR

LOS HERMANOS JO.DE.TE.

PREPARADAS PARA LO QUE SE VIENE??

JOVLANO

DENICIO

TESAR



LOS
TRILLIZOS **MON** LLEGARON

CRISTO



LOS HERMANOS

JO.DE.TE

CRISTO

Obras inéditas, protegidas por la ley vigente de la constitución nacional artículo 17, por derecho de autor bajo escribano público y patentamiento. Totalmente registrada la saga Mon por su salida en físico como digital y el registro de 18 frases, sea expresiones del protagonista masculino o mi forma narrativa que, son absolutamente mías y se notará, a medida del transcurso de la lectura. Prohibiendo su reproducción total o parcial, adaptación y distribución de ellas sin mi consentimiento.

Licencias:

Primera edición:

Noviembre 2019.

Diseño de portada: Sareli García. Maquetación: Sareli García.

Como siempre a mis Disney princesas y Caballeritos del Zodíaco de todos los Hospitales Oncológicos.

Y en especial esta novela y con un gran abrazo de por medio a Sandra
Aguñaga.

Prólogo 1



15 años de edad...

—¿Listos? —Pregunté a mis hermanos.

DENICIO

—Desde ayer. —Aseguré con mi confianza de siempre a Joviano, sosteniendo fuerte la sogá con mis manos hasta el punto que la textura gruesa de ella, ardiera en mis dedos.

No me importaba.

Al contrario.

Me hizo sonreír.

TESAR

Las miradas luego vinieron a mí, esperando mi respuesta por mis hermanos y blanquee mis ojos, estando en el medio.

Y me limité a dar el okey, solo con un gesto de mis dedos en mi sien y que de una puta vez, comencemos.

JOVIANO

Nuestra media docena de manos, reteniendo la sogá una junto a la otra y como si la vida se nos fuera en ello, era el punto de partida y algo así, como a la vista de cualquier persona viéndonos a los tres arriba de esa cúspide de altura que habíamos armado con pedazos de maderas y uno arriba de la otro, en un extremo del estanque de casa y dónde, la palabra contra la seguridad *Danger*, por su inestable equilibrio con nosotros tres encima.

Lo confirmaba por ese ir y venir tambaleante de base, por mis pies intentando estabilizar el peso de Denicio como Tesar sobre nuestras risas y contra mis hombros, por sostener el peso de ambos, pero sin soltar la jodida sogá.

DENICIO

La risa de mis hermanos me contagia, procurando al igual que ellos de no caernos de esos casi dos metros volubles de altura y apretando más mis piernas, que rodeaban el cuello de Tesar.

Porque éramos algo así, como tres piso por estar uno arriba del otro de una masa humana clonada por ser tan exactos genéticamente y solo, diferenciándonos las prendas que llevábamos puesto.

JOVIANO

—Si alguno se quiebra, nada de pelotera dramática y llanto a mamá o papá... —La advertencia final de mi hermano y nuestra santa biblia, cuando nos mandábamos alguna. —...como machos, las consecuencias... —Finalizó.

TESAR

El agua calma y tono yodado del estanque nos esperaba relieve más abajo, sobre nuestra ferviente afirmación a las palabras de Denicio.

Y contra una última mirada de los tres a la sogá atada a una rama sobresaliente de un viejo árbol del bosque de casa, Denicio tomando impulso y con nosotros encima.

Se lanzó al aire.

Y obvio.

Llevándonos a nosotros, también por el aire.

¿Destino final?

El agua y bajo, un grito de los tres de guerra y adrenalina.

Adrenalina que llevábamos siempre en nuestra sangre, recibiéndonos el helado chapuzón, cual y bajo nuestras carcajadas, casi me disloco el hombro por caer mal.

Joviano se quedó sin aire por pegar su vientre, duramente contra la superficie.

Y Denicio, se tragó medio estanque con pececitos y todo, escupiendo hasta por la nariz agua, para recuperar sus ahogados pulmones.

Pero, la adrenalina que nos llenaba de placer, estaba.

Nuestro impulso y causa muchas veces, de las anginas protectoras de papa y risa de mamá.

Porque, éramos imparables desde que empezamos a caminar.

Misma energía y hasta vitalidad, en equivalencia exacta y como tres gotas de agua con nuestros rostros idénticos.

Y aunque, nos diferenciábamos solo en las personalidades.

Muy unidos.

Siendo centro de atención y popularidad, desde la temprana escolaridad.

Para luego, universidad.

Y final de este, dónde un rótulo imaginario teníamos pegados a nuestras espaldas.

Y por qué no, en el corazón también.

Lo que decían.

Nos decían.

Llamaban.

Catalogaban.

Como los hermanos Jo.De.Te. alusión y juego con nuestros nombres.

Por nuestros encantos.

Forma de ser.

Y ese famoso atractivo, cual éramos famosos.

Con mis hermanos, sonreímos.

Y porque, si te enamorabas.

Te jodías.

Nuestro, verbo favorito...

Prólogo 1.2



Época actual...

¿Qué puedo decir, cuando uno se hace adulto?

Que para llegar a ella, atraviesas la infancia con su nacimiento y adolescencia.

Mención aparte, todas las vivencias en el transcurso de ellas en tu lecho familiar y cuando, ya pisas final de ella.

Comienza la otra.

Sip.

Otra, gran etapa.

La universitaria o una vocacional.

Dónde encuentras ese punto y rumbo justo, siguiendo tus ideales.

Esos propósitos y metas, para definir la vida que quieres y una también, algo más que asistir a clase, estudiar y hacer exámenes.

Ya que la universidad o esa vocación, es aprendizaje.

Que a su vez, te inculca la cultura.

Relaciones con los compañeros como también ocio y diversión.

Y una vez, que obtienes una titulación con ese juego hecho papel de organizar tu adultez y con un periodo, cual ya has alcanzado edad y una vida para experimentarla.

Sea, actividades festivas o relacionadas con tu ámbito de formación.

Nosotros personas.

El famoso *Homo Sapiens*, que tantas veces hemos escuchado o leído por ahí.

Y como, cualquier ser vivo de este planeta.

Proseguimos a una etapa más, cual diría que es la más importante.

El ciclo de la vida con sus misiones.

Nacer, crecer, reproducirse y morir.

¿Pero, qué sucede en estos instintos vitales, si el orden de los factores si altera un producto?

En este caso.

Yo.

Si, yo.

La servidora cual leen y dirán tal vez, aburrída su intro.

Pero antes que digan eso, déjenme terminar de explicarles.

Una recién recibida en administración empresarial.

Familia clase media y viviendo el día a día.

Como cualquier persona.

Y ese ciclo normal mencionado antes y que todos seguimos, se lo altera.

Porque crecí, pero sentí que nací por la alegría, cuando me ofrecen el trabajo soñado por mi Carrera y en una de las empresas más prestigiosas en el área metalúrgica.

La famosa y Monumental T8P.

The 8 Power.

Familia constituida por más de cuarenta mil activos y esparcidos por todos los continentes.

Y dónde, de la sede madre.

La reconocida *TINERCA*.

Epicentro en su momento, dirigido por su dueño absoluto y fundador como sucesor de su padre.

Herónimo Vincent Mon y como, aún se lo llama.

El jefe de los jefes.

Dueño absoluto de ella, pero ahora retirado y dejando a cargo a sus tres hijos varones.

Capitaneado entre los tres, esas ocho fuerzas y que lideran un todo, en su poder absoluto.

El acero.

Y tras entrar a trabajar en ella, mi alteración de factores colapsa por sentir.

Recalco.

Sentir mucho.

Para luego morir, después del acto de la reproducción.

Pero, hacerlo viva.

Agonizar despierta por sentir ese deceso, en cada jodido centímetro cuadrado de tu piel.

Pero, de placer.

Y por culpa del contacto.

Y de conocer las tres causas.

Corrección.

Las tres sensaciones, que llevan nombre y apellido.

Joviano, Denicio y Tesar Mon.

Y que ellos.

Con su producto.

Un ángel.

Un demonio.

Y la balanza.

Los trillizos Mon.

Los famosos hermanos Jo.De.Te.

Son los culpables, por hacerme sentir y alterar.

El orden, de factores de mi vida...

Capítulo 1



—...los tres... —Me dice la señora Marcia, mientras acomoda de un golpe preciso y con la base de su mostrador de entrada, un conjunto de carpetas de colores, logrando que queden derechitas y prolijas, para luego entregármelas.

Realmente, fue imposible escuchar con atención lo anterior, desde que salimos del ascensor al piso 30.

Porque, quedé asombrada y totalmente cautivada al caminar por el recibidor y siguiendo los pasos a la mujer, que iba a sustituir a partir de la semana que viene por su merecida jubilación.

Un gran piso con su pulcro blanco radiante, gris metal y bermellón a composé con cada jodido mobiliario en su cuero y tapiz impecable, como adorno en paredes de este vasto corredor.

Y donde a un lado y lateral de una pared.

Una gran puerta doble de vidrio y metal, muestran una sala de reuniones, cual puedo apreciar la gran mesa ovalada y en madera lustrada, junto a una docena de sillas finamente talladas a su alrededor y a juego con ese tapiz en cuero blanco en tono marfil.

Pero seguida a ella, otra puerta llama mi atención.

La que está final y a metros de la mesa de recepción.

No es doble como la de reunión, pero su madera labrada, que delata estar hecha por una mano artesana.

Me señala, que es la del jefe.

Y mi piel de los nervios y adrenalina se eriza, obligando a darme calor con una de mis manos un brazo descubierto por llevar una blusa simple, pero bonita de mangas cortas, por el calor veraniego de la media mañana.

—Cada carpeta con su color, es una T&P... —Interrumpe mi pensamiento, divagando emocionada por toda esta estancia.

—Lo entiendo. —Digo totalmente teniendo noción de ello, por saber y estudiar todo lo referente al mundo administrativo, de esta colosal metalúrgica y sede madre de las ocho fuerzas.

—Tienes que estar atenta y siempre alerta a lo que los tres te pidan... —Prosigue, haciéndome un gesto con una de sus esculpidas uñas en tono rosa a que la siga y continuemos, con el reconocimiento de todo el Holding para familiarizarme en todas su áreas antes de empezar.

Pero otra vez, llama mi atención esa cifra, cuando abre la puerta que erizó mi piel.

La oficina principal.

La del jefe de los jefes.

—¿Tres? —Repito, porque no entiendo ni mierda.

¿Qué, tres?

Con la puerta abierta, me espera para que yo ingrese primero, cual obedezco seguido de ella.

Recibiéndonos una oficina extremadamente grande, elegante y muy sofisticada.

Y dónde, una gran pared de vidrio regala la vista de la ciudad en parte, como lo que es, el gigante predio metalúrgico compuesto por varias manzanas.

Guau.

Asombroso y digno de admirar.

En su centro y delante de ello, un escritorio imponente.

Pocos mobiliarios, después.

Un juego de sillones con su respectiva mesa baja a un extremo, también en su blanco tapiz.

Y otro par de muebles, pero tanto estos como la decoración de sus paredes e incluyendo las plantas.

Perfecta y estratégicamente ordenado, como ornamentanda la estancia.

Ejecutivo y muy profesional.

Solo un par de fotos en uno, corona la calidez del lugar de una familia numerosa.

Pero no puedo distinguir bien desde mi distancia y donde ambas nos quedamos, sobre nuestros pasos.

—Tus futuros jefes, Aurora. —Me dice tomando por mí, las carpetas de colores, porque quedé estática ante sus palabras y dejándolo ella, sobre el gran escritorio.

Toma uno de los portarretratos y su dedo, indica tres personas.

—¿No sabías, que el señor Mon se retiró poco más de seis meses y dejó a cargo a sus hijos varones?

Niego.

No.

La verdad, que no.

Tenía noción, de su grupo familiar.

¿Quién no lo sabe?

Se decía antes y cuenta una leyenda, que el señor Herónimo Mon aparte por su título y coronación de lo que mencioné antes.

El jefe de los jefes.

Era famoso y por tal, el señor oscuro.

Por el acero y carácter.

Se cuenta que era la fruta prohibida de los paparazzis, ya que peleaban por conseguir una primicia de él, por no saberse mucho de su vida privada.

Siendo en esa época, casi imposible conseguir o capturar una foto con una imagen suya en alguna fiesta o gala.

Si asistía.

Porque, odia la aglomeración de gente y cual su equipo de seguridad, era temible al igual que la autoridad que ejercía, como su apellido y persona.

Y donde su poder era tan grande, que hasta el mismo google o cualquier buscador era obligado a bloquear data de él y solo, con su información básica como empresario.

Obvio.

Sin imágenes y bajo sus términos aprobados.

Cosa que después con el tiempo y tras formar una familia, eso cambió.

Y aunque resguarda ciertos informes, llámese hogareños y de su vida familiar.

Todo el mundo, sabe de la existencia y por haber, no solo portadas.

Si no, hasta blog bajo el centenar de fotos e imágenes de su clan por el fanatismo que causa su persona.

Donde se sabe.

Sé y sabemos, cualquier mortal fans de su vida.

Que su familia, está constituida por su esposa y seis hijos.

Trillizos.

Tres mujeres y luego, el nacimiento de los tres varones.

Las primeras, mucho más adultas.

Cual una es una prestigiosa bailarina de renombre mundial al igual que su esposo y siendo, padres de también trillizos.

Familia potente, como verán.

La siguiente, una reconocida médica oncológica infantil casada con un policía y jefe de una departamental y padres de dos hijos.

Una niña, para luego un varoncito.

Y la tercera.

Una reina, de un estado de África.

Sip.

Lo que leen.

Una reina y un rey árabe tatuado y padres, de la futura soberana como única hija.

¿Difícil de creer y hasta parece, una típica saga de novelas romance cliché y dónde, el escritor tiene un cierto fanatismo por nombres raritos para sus personajes, no?

Las entiendo.

Pero, juro que la verdad absoluta lo que les cuento.

Para luego.

Y con esto, tomo el portarretrato que mi predecesora, me alcanza y vea.

Mierda.

Que muestra esta familia numerosa que y desde y dónde estaba antes, no alcanzaban mis ojos a ver.

La familia Mon.

Constituida por el señor Mon con su esposa.

Él, poderoso y muy atractivo, pese a su edad.

Su mujer al lado, abrazándolo feliz como sonriente y como su marido en los brazos, llevando sus nietos.

Sus hijas como gotas de agua por su parecido físico, en cada extremo con sus respectivos maridos.

Acotación aparte, muy guapos.

Y luego, con sus hijos a lado de ellos.

Y por último.

María misericordiosa.

Los hermanos menores Mon.

Los tres inclinados y flexionados por sus enormes alturas, delante de todos y por su herencia genética de su padre.

Como lo pateo traseros por los guapos y pornográficamente lindos que son, en su clonado perfecto por sus parecidos.

Y al igual que sus hermanas, también tres exactas gotas de agua.

Los miro mejor, pero con disimulo.

Y mi Dios querido.

Castaños.

Ojos marrones, legado de su madre.

Solo un hoyuelo izquierdo y profundo los tres, cuando sonríen.

Demás decir, enigmáticas.

Mandíbulas marcadas.

Cuerpos monumentales y trabajados.

Y sus miradas.

Oh Jesús de los cielos, con sus miradas.

Porque, son condenadamente atrayentes.

Profundos e iguales cada uno.

Incitando cosas y no precisamente, rosita y vainillas para que sepan.

Nop.

Son como juramentos, de cumplir cosas sucias.

Jodidamente cosas oscuras, pero lleno de placer.

Porque y con solo mirar estos muchachos sexis, algo caliente recorre mis venas.

Por la piel.

Quemando de forma linda, esta.

Y estoy segura, que no soy la única.

Con disimulo, obligo a mi respiración a calmarla.

Ya que, es imposible que tu corazón, no se acelere ante ellos, porque son simétricamente perfectos estos hombres.

Como si su madre muy bonita y su padre, un hombre que tranquilamente podría pasar en sus años joven.

Y hasta ahora, inclusive.

Por un famoso y hermoso actor.

Hubieran decidido en una noche de sexo pero de mucho control, crear tres hijos de una vez, pero programando con cada follada, la perfección hecha hombres en ellos.

Llamándolos luego.

Joviano, Denicio y Tesar Mon.

Y por lo que me acaba de anunciar Marcia.

Mis nuevos jefes...

Capítulo 2



—¿Solo, veo un escritorio? —Digo, al notar siendo tres ellos.
Marcia se sonríe, dejando el portarretratos en su lugar y se gira a mí.
—Porque, son especiales... —Murmura.

¿Especiales?

—...cuando seas llamada a su oficina. —Prosigue. —Notarás que no hay lucha de poder y liderazgo entre ellos. Aunque, son exactamente iguales y tienen la herencia negociadora de su padre en el manejo de las metalúrgicas, con el tiempo vas a advertir que son diferentes...

¿Eh?

Me eleva un dedo, para que preste atención a lo que sigue.

—...son muy diferentes entre sí, en su carácter que aprenderás a manejarlo con el pasar de los días y conviviendo en el trajín laboral de los tres...

Y no sé por qué, ese último verbo alerta mis sentidos.

—...sus famas, lo preceden... —Prosigue caminando hasta un frigo bar, cual la sigo escuchando atenta a su palabras, mientras verifica algo inclinada y abriéndolo, que esté lleno de bebidas.

Tanto de agua como jugos y energizantes.

Y de esa cierta fama, tengo conocimiento.

¿Qué mujer, no?

Los populares y calientes desde su adolescencia y universidad, hermanos jodete.

O mejor dicho.

Jo.De.Te.

Referencia y juego, al inicio de sus nombres por los lindos y por ende.

Desintegradores de bragas a cual mujer se topan.

Y porque, si te enamoras.

Te jodes.

—¿Son muy diferentes, entre ellos? — De eso sí, no estaba al tanto.

—Bastante. —Solo dice.

Cierra el frigo bar satisfecha y voltea a mi dirección.

—Siempre, una libreta entre tus manos. —Me advierte, al notar mis manos vacías. —Ahora son

tres... —Piensa sus palabras a seguir. —...diríamos Herónimos potenciados en exigencia y pedidos, cual anotar ayudará a facilitarte los recordatorios. —Me hace seña, que salgamos de la oficina.

Y maldita sea.

Porque nuevamente, me eleva su dedo incipiente, para que preste mucho más atención a sus recomendaciones.

—Denicio es por general, el que vas a ver en su mayoría sentado en el escritorio. —Menciona a uno. —Aunque los tres, dirigen a la par las metalúrgicas desde el Holding, él es el de carácter más a su padre. El que analiza puntilloso y en detalle, cada negociación antes de que se firme. —Me informa. —Aunque lleva una vida social, por lo general es el hermano que se deleita de leer las carpetas hasta altas horas de la noche en la oficina y gusta, de las bebidas energizantes antes que una taza de café cada jornada de trabajo. —Me recalca, mientras me mentalizo eso y viene a mi mente, su verificación del frigo bar lleno de estas.

Y por lo que parece, el más serio.

Asiento, entendiendo perfecto.

—Luego está, Tesar. —Continúa y se toma su tiempo con una mano en su barbilla, pensativa para describirlo. —Se podría decir que de los tres, es el más emocional por ser el único de sus hermanos cual estudiaron política y diplomacia administrativa. Él estudió música, pero es parte de todo este imperio por llevar su gen empresarial, herencia de su padre y pese a ser un erudito del violín y piano... —Guau. —...es el alma negociadora. El que se encarga de hacerlo y cerrar tales, a la hora con cada cliente. Pero, odia lo energizantes y ama los jugos en botella... —Murmura. —...gusta comenzar sus mañanas en la oficina, con un vaso de zumo y en especial, si es de naranja o uva frutada fresca.

Vuelvo a afirmar y volviendo a recalcar mentalmente, que siempre esté lleno ese dichoso frigo bar, también de botellas de jugos de frutas.

—Y por último, está Joviano. —Formula—. El más serio de los tres.

Guau.

Ya que, pensé que ese título era del tal Denicio.

—Es de pocas palabras y habla lo justo como necesario. —Destaca. —Pero cuando lo hace, es acertado y más en los negocios por sus altos estudios en lo mercantil en el extranjero como ingeniería mecánica, único en hacerlo de los tres. —Me informa. —Su día si quieres que sea agradable, comienza con una taza de café negro cargado...no jugos ni energizantes. —Me señala rotunda. —Con dos de azúcar y calor justo.

Entendido.

Café ultra negro que queme con su pureza y dos de azúcar.

—Le gusta las maquinarias y más de una vez, si eres llamada por él, será en el área de las máquinas, porque sin lujo a su apellido y renombre familiar, lo vas a ver si no es verificando el funcionamiento perfecto de estas, metido como un activo más y por saber mucho de ingeniería, arreglando una en cuanto a mecánica...

Vuelvo a asentir, expectante.

—...su padre, el señor Mon. —Prosigue—. Ya casi no viene, se dedica a disfrutar su retiro junto a su esposa y nietos. —Mira mi cabello largo suelto y solo, sostenido por una prensa. —¿Tienes extensiones?

Niego, sin entender.

—No. —Acaricio mi pelo natural.

Se sonrío.

—Perfecto, porque la más temible es la esposa. —Me dice bajito y hasta con cierto recelo lleno de temor. —La señora Vangelis sabe venir para visitar sus hijos, ya que ellos no viven con sus padres... —Y niega con un gesto de su mano, tajante frente a mí. —Nunca digas que a uno de sus hijos. —Mas bajito. —Joviano. —Me recuerda. —Le das café puro, porque cuida de la salud de sus hijos.

Cierto.

El trillizo, adicto al café.

—Conocerás su lado oscuro, por más que la mujer parezca buena y amenazará con arañarte y arrancarte los pelos, si le das café puro a su hijo. —Levanta un tarro de malta, que hay dentro de un mueblecito tras la recepción. — Solo, descafeinado. —Me lo muestra, pero lo deja para elevar otro más pequeño. — Pero el joven Mon, quiere este... —Se sonrío cómplice, ante el frasco con un excelente café Colombiano. —...nuestro secreto y ahora el tuyo como de él, Aurora.

Y afirmo, otra vez.

Después de esa confesión cafetera por uno de mis nuevos jefes, seguido de enseñarme el movimiento y manejo de la recepción, cual facilitó mi aprendizaje siendo sábado y no día laboral, más que las guardias de *TINERCA*.

Unas horas después, ya en la salida y frente a la fachada del Holding.

Me despido de Marcia, pero con la promesa de vernos el lunes, ya que ella me guiará por unos días más, hasta que me familiarice con la administración de la recepción y como secretaria principal de la metalúrgica y sede madre de las T8P.

Pero, con una última recomendación antes de retirarse.

Más bien, una acotación.

—Tu jornada laboral y semanal es de 8h diarias, pero debes tener en cuenta que siendo la secretaria personal de ellos... —Murmura. —...implicará y por un nuevo sistema que hagas algún tipo, sea de trámites y mandatos de ellos personales, fuera del establecimiento para facilitar sus vidas, pero donde será muy buena la remuneración por tus servicios.

Okey.

Estaba de acuerdo.

Las ganas y ni hablar del buen sueldo, sumado a mi entusiasmo.

Ganaba.

Y encaminándome a la parada de bus del otro lado de la calle, tras separarnos y Marcia ingresando nuevamente al edificio.

La alegría poco disimulada me invade, importándome poco que en la detención de un semáforo en rojo y dando cruce a mí, como otros peatones.

Me vieran los dichosos coches y atestando la avenida, mi caminar tipo bailecito de la alegría, festejando mi comienzo de trabajo soñado a partir de la semana que viene.

DENICIO

La risa por algo que le da gracia a Tesar, hace que eleve mi vista de los documentos que llevo entre mis manos y apoyado en mi regazo que sirve de base, sentado atrás del coche oscuro de la empresa de nuestro padre manejado por Joviano.

Tesar sentado adelante y al lado de mi hermano vuelve a reír, provocando que llame más mi atención.

—¿Quieres parar? —Lo reprendo, porque no me deja concentrar en la lectura.

Una negociación a cerrar por el mismo Tesar, con potenciales clientes de México, ante la construcción de gasoductos a gran escala de ese país.

—Sucede, que es muy graciosa. —Me dice, bajando su lado de ventanilla automático, para una

mejor visión y señalando con su barbilla, uno de los peatones que cruza la avenida y frente nuestro.

En realidad, una peatona.

TESAR

Me apoyo a mi placer sobre la ventanilla abierta, con mis brazos cruzados y barbilla para verla mejor.

Aunque no es día laboral, con mis hermanos estamos en la zona comercial y mercantil de *TINERCA*.

Ya que, el casi el 90% trabaja en el predio metalúrgico.

Sea, gente en el Holding, la metalúrgica o en los comercios de esta arteria principal, ya que esta zona le pertenece a nuestra familia.

Porque nuestro padre de joven invirtió en el campo inmobiliario, siendo de una gran ganancia millonaria a futuro.

Un puto genio, nuestro viejo.

Y por tal.

Siendo un gran imperio mercantil, que a veces vale un sacrificio de nuestros fin de semanas por unas horas, para el control de inspecciones y registro de actividades como ahora camino al Holding.

Donde Marcia nos aguarda, al igual que el capataz del área de aleación.

—Es, un bonito siete. —Solo digo, mirando por última vez a la chica casi llegando al otro lado.

DENICIO

—¿Siete? —Repito, el número que dijo mi hermano y sí.

Yo también, mirando la muchacha ya del otro lado y en la acera.

Y por lo que parece, se encamina en dirección a la parada de colectivos.

¿Trabajará para nosotros?

Se gira sobre su asiento para mirarme seguido a Joviano, que sigue silencioso.

—Parece numeración baja... —Explica. ...pero, es un bonito siete... —Golpea con su puño a nuestro hermano, para que reaccione. ¿- Qué opinas?

JOVIANO

Mis lentes de sol.

El único de los tres que lleva uno, no deja que mis hermanos vean mi expresión.

Una y que pese a estar concentrado en el manejo y que el semáforo de luz verde.

También observo a la chica graciosa, cruzando frente nuestro y con su bailecito, poco glamoroso.

Pero, simpático lo reconozco.

Y aunque, arrugué mi ceño ante la puntuación de Tesar, porque yo le hubiera dado menos.

Solté, un.

—Ocho. —Para asombro de ellos y mío.

Capítulo 3



La jarra de cerveza y con la medida justa, de espuma servido por mi amiga, se desliza por la barra frente y hasta punto justo, dónde un cliente pidió por ella.

—¡Esto, merece un brindis! —Exclama feliz, preparando dos tragos más al mismo tiempo.

Uno azul a base de vodka y otro multicolor.

Y yo, solo afirmo tan feliz como ella.

Porque y aunque, no es la primera vez que la veo trabajando, en este bar popular de las noches metropolitana.

Es digno no solo de saborear, cada cóctel que hace.

Si no, ver la elaboración de ellos.

Ya que Ariel como bartender y con licencia de servir como preparar bebidas.

Cual, en esto último.

Es una maestra en la coctelería en cuanto a técnicas y herramientas de su preparado, como toda una profesional por estudiar esa carrera.

Hace que toda ella, sea meritorio de ver con esos movimientos experimentados con cada botella en mano detrás de la barra y pareciendo, que van al ritmo de la música de moda que suenan de los autoparlantes del bar.

Y poniendo en el vaso de mezclas, la medida justa de cada uno como el hielo y algún trozo de fruta o aceituna nadando como decorando estas.

Alta y bella, como pocas.

De ojos muy azules con rasgos rubios y nórdicos, dónde la cruza étnicas de sus padres ruso y checo hicieron de las suyas.

Haciendo imposible no admirarla, tanto por su belleza asiática como preparadora de tragos y bartender del lugar.

Porque mi mejor amiga, no solo es hermosa que cualquier modelo de pasarela, temblaría ante su presencia derrochando belleza rusa.

Sino, que además.

Inteligente, habilidosa con sus manos y sabe, hacer exquisitos tragos.

El sueño perfecto de cualquier hombre, podría animarme a decir.

Nos conocimos años atrás, cuando sus padres por razones laborales se establecieron en mi país y mudaron al mismo edificio departamental, donde vivía con mi familia.

Ella extranjera y yo lugareña, compartiendo la misma edad y coincidiendo una tarde en el corredor de nuestro edificio y llevando en nuestras manos, nuestros juguetes.

No muñecas Barbies.

Y no peluches.

Más bien, autos deportivos para jugar en el arenero del parque, pisos más abajo.

Yo, robados a mi hermano mayor y Ariel suyos y propios, traídos de su tierra natal.

Dándonos cuenta mientras los compartíamos y hacíamos grandes carreras en pistas, hechas por nosotras con obstáculos de arena, que íbamos a ser grandes y mejores amigas.

Y los años pasando, lo confirmaron.

Sonando en la infancia, que nos convertiríamos en famosas pilotos de competición en fórmula 1.

Pero, transcurriendo el tiempo y aunque, ambas seguimos amando el volante y las ruedas.

Yo descubrí mi pasión por la administración mercantil, cual me recibí con honores y tras años sacrificados de estudio.

Y Ariel, el mundo del bartender.

—¿Entonces? —Prosigue, despachando esos tragos a sus respectivos clientes, seguido de hacer una seña a su compañero de barra que continúe por ella, para tomarse unos minutos de descanso mientras destapa dos botellas de cervezas y me entrega una tomando asiento frente mío.

Un golpecito de choques entre ellas, hacemos a modo brindis por la amistad y mi pronta entrada laboral que al fin es mío.

Bebe un gran trago mirándome por sobre esta, elevando y bajando sus bonitas cejas mientras lo hace, provocando que ría dando un trago a la mía.

—¿Por lo tanto... —Dice, dejando casi la botella vacía en la barra. —...son tres, los jefes?

—Sip. —Le digo, dando otro sorbo y cerrando algo los ojos, para dejarme llevar por la linda música que suena y la leve lluvia que cae fuera y se puede apreciar por el frente y puerta vidriada, que amenazaba en la tarde.

—¿нервиуса? (¿Nerviosa?) —Hace abrir mis ojos su pregunta, en su bonito idioma.

Muerdo mi labio, pero sonriendo.

—Algo... —Pero me aflojo de hombros como manos, volviendo a mi cerveza. —...miedito de principiante, pero podré con ello... —Digo enérgica y decidida.

—...con ellos... —Me pluraliza Ariel.

Y ahí va, otra y por segunda vez en el día.

Otra erizada de piel y hasta en mi sistema.

Al escuchar.

La numeración de mis jefes.

Tres...

TESAR

La mayor avenida de la capital.

Una de las arterias principales de nuestra ciudad y las más ancha del mundo por tener 16 carriles.

Ocho en cada dirección y casi una autopista por su más de cien metros de distancia y largo.

Es atravesada por nosotros.

Como cada día y comienzo de semana laboral a temprana hora de la mañana, para que mis hermanos como yo, lleguemos a *TINERCA*.

Pero y pese a vivir los tres juntos en un piso.

El Blustery.

En el Penthouse o como familiarmente le decimos, el pen.

Edificio de nuestro padre.

Cada uno, lo hace a su manera.

Sonríó.

Y por separado.

Pero, concordando siempre en nuestros respectivos trayectos, por esta gran avenida.

Y por eso sonríó más, cuando en una detención de semáforo coincido con unos de mis hermanos.

Denicio, sentado atrás y siendo llevado a la metalúrgica, por el chófer en el coche oscuro y de alta gama de la empresa.

Vestido con su traje negro impecable y como siempre, leyendo carpetas de los futuros y potenciales clientes que anoche domingo les mostré entre charla y música para nuevos cierres de contratos.

DENICIO

Con el semáforo ya en verde.

Una acelerada rugiente del Porsche manejado por Tesar tras saludarme y yo, devolverlo.

Me hace negar divertido y volver a mis papeleríos entre mis manos, cuando su deportivo nos pasa, pero con la promesa que nos vemos luego.

Y por donde.

Seguro.

Tendré que pedir que no olvide como apunte Marcia y enseñe a la nueva secretaria que la sustituirá, en las posibles multas de mi hermano por infringir en el tránsito.

Seguido después.

De una segunda acelerada, haciendo que nuevamente eleve mi vista al pasarme también y provocando una sonrisa a mi chófer por el espejo retrovisor.

Mi otro hermano, segundos luego.

Ruedo mis ojos.

Pero, que pendejos.

Joviano.

Pero él no va en auto deportivo con motor V8, carrocería descapotable y tracción trasera de carrera como Tesar.

Más bien y aunque toda maquinaria, es su pasión y la mecánica de estas.

Lo hace en dos ruedas.

Su motocicleta y esquivando con presteza los aún charco de aguas por la lluvia que hubo el fin de semana.

En su negra y cromada neoclásica de ruta y metódicamente customizada por él, sobre el ronco sonido de su potente motor sintiendo pese a mis ventanillas altas, cuando en una intersección y otro semáforo en rojo, coincidimos casi llegando a *TINERCA*.

Me limito a saludarlo sonriéndole e intentando tragar mi risa, por el contraste de su traje de colores vivos en tono mora y renegadamente manejar, una motocicleta de ruta.

JOVIANO

Dando verde como paso a nosotros y aunque por mi casco que llevo puesto, Denicio no puede verme.

Le blanqueo mis ojos sonriendo y por mas que llevo guantes en cuero de manejo en mis manos, acomodo y aliso el cuello de mi traje de sastre en tres piezas puesto a él, cual ríe más al verme.

Por la imagen dispar que doy en elegancia y en contraste con mi motocicleta.

Maldición.

Prefiero ciento de veces un buen par de jeans, camisetas viejas y si están embardunadas de aceite de motor, mejor.

Porque, me gusta estar entre maquinarias y motores.

Mi mundo.

Pero, la ocasión lo amerita.

Funcionarios de otros estados, visitarán *TINERCA*.

Y el recorrido y visita por todo el predio metalúrgico, está a mi cargo para que conozcan, continuo luego a un desayuno de negociación con mis hermanos, en la sala de reuniones del piso 30, cerrando el trato con las condiciones de los clientes a estipular en pedido, tiempo y norma.

Pero, bajo nuestros términos.

Obvio.

Como siempre.

Seguido la firma.

Apretada de manos y de satisfacción, por ambas partes.

Y a modo bienvenida y en agradecimiento por la visita, regalo de un par de días de estadías en uno de los hoteles cuatro estrellas de la familia con todo pago.

Y next.

¿Se entiende?

Perfecto.

Y después, continuar con la agenda marcada con otra potencia de cliente a la par de ellos con mis hermanos y en nuestras respectivas áreas.

Y dónde, la mía es.

Bien...

Captaron y ya, me van conociendo.

Entre los motores y máquinas.

AURORA

Aplano con mis manos la falda de mi traje como algún potente pliegue de mi camisa, una vez que bajo del colectivo y ante esa posibilidad de arrugas, por ir sentada un poco más de media hora de viaje y con un suspiro lleno de emoción ante mi primer día de trabajo, provocando que un mechón de mi pelo negro suelto que caía sobre mi frente, vuela a un lado.

Y con mis primeros pasos firmes, pese a llevar unos buenos tacones con su diez centímetros de alto y carterita colgada en uno de mis hombros.

Me encamino en dirección al gran predio *TINERCA* y sede madre, de todo este imperio.

El Holding y mi lugar de trabajo a partir de hoy.

Y mi corazón se acelera tras unas cuadas de caminata, cuando me detengo y calle separando esta, en la esquina y elevando mi vista.

Miro antes de cruzar, la impresionante vista que me regala toda la colosal metalúrgica T8P.

Cual un gran portón de hierro forjado y ahora abierto de par en par, bajo la vigilancia de la casilla de seguridad del predio.

Da la bienvenida e invita a pasar por ella, sean clientes o activos.

Como lo hacen ahora centenar de masas humanas.

Individuos en coche como personas con vestimenta formal de empleados, acusando sus

pecheras con la identificación colgando de ellos o en el campo de la metalúrgica, por sus overoles prolijos en azul y tanto sus cascos puestos como uniformes, el logo de empresa en su gris como rojo identificatorio y reconocido mundialmente.

Santísimo Jesús.

Todo es tan hermoso que mi recuerdo del sábado, no le hizo justicia.

Porque, todo *TINERCA* como el edificio principal.

El Holding.

A metros de distancia y ahora, como pulmón la gente que trabaja en él, que ingresa.

Centenares con su movimiento de entrada.

Dan vida a todo esto y a sus diseños arquitectónicos.

Porque, realmente es increíble y merecedor de ver.

Paredes de vidrios sus exteriores, relucientes y que reflejan con su cristal el movimiento.

A nosotros.

Repito, vida.

De cada activo, tanto dentro como fuera de ella con sus interiores en metal y ese rojo particular bermellón y sobre esos pisos en su blanco pulcro de porcelanato italiano, que parece pecado pisar en él, por lo lustrados y limpios.

Saludo a unos de los guardias al cruzar el portón, sobre una calle guiada tanto para que coches y peatones, que transiten en su lugar una vez dentro, pero esquivando algunos charcos por la lluvia de la noche pasada, mientras me encamino a la base de las escalinatas que te llevan a la gran entrada principal del Holding de la metalúrgica.

Pero el sonido de algo ronco, me saca de mi ensoñación de enamoramiento entre mi futuro lugar de trabajo y mi corazón.

Mejor dicho.

Algo ronco y húmedo.

Mojado.

Bien empapado en un lado de mi hermosa falda a estrenar para este día súper especial, por un inconsciente motorizado que pasa por mi lado y pisando un charco me moja.

—¡Pero, qué hijo de... —Contengo mi blasfemia rabiosa, con un puño en alto y mi otra mano, sosteniendo esa porción de mi falda encharcada por el charco y por la cantidad de gente que camina como yo y me mira por ello.

Y por eso elevando mi vista, lo sigo maldiciendo en silencio al motociclista que pasó y ni siquiera, se detuvo a pedirme las correspondientes disculpas y como si nada sigue su trayecto, sin frenar en el parking del Holding.

Más bien, continúa y se pierde en la inmensidad del predio y zona de metalúrgica y aleación.

Mis hombros caen desinflada y hecho mi cabeza hacia atrás, mirando el cielo nublado en busca del Todopoderoso.

¿Algo más, me va pasar hoy?

Capítulo 4



Después de pedir dos veces disculpas a Marcia.

Una, por no llegar los diez minutos antes por culpa.

Y segunda disculpa colateral.

De ese sujeto motorizado y empapar mi falda y por eso, perder ese tiempo en el baño de damas intentando sacar algún tipo de mancha por ser agua sucia con mi pañuelo.

Cual agradezco en el momento de comprar la prenda, haber elegido este azul oscuro y no, de tono claro que también me gustaba.

Y Marcia aceptándolas.

Debo admitir que esta mujer, aunque parece desconfiada, tiene una mente y cerebro maestro en todo lo que se refiere a los movimientos de la metalúrgica.

Porque me enseña, ayuda y es increíble explicando y aclarándome las dudas, hasta que me familiarice.

Y por eso, las primeras horas de la mañana me pasan volando.

Pero, los siguientes minutos.

Nop.

Minutos que transcurren, después que el ascensor del piso 30 se abre y bajo, no solo de una Marcia posicionándose mejor tras la recepción y un ligero tumulto de mis nuevos compañeros de trabajo, cual algunos merodeaban por el piso.

Otros, atendiendo un cliente en espera de los jefes o sobre sus box.

Como media docena de estos, en una habitación y puerta continua a la de reunión y frente nuestro.

Que por acomodarse mejor en sus respectivos lugares, el leve murmullo de momentos antes, se intensifica por el deslizamiento rápido de sus sillas al tomar asiento, interrumpiendo mi charla con Marcia explicándome el uso del intercomunicador y hasta el de unos empleados de una firma de catering sirviendo un elegante como suculento servicio de desayuno, en la sala de reuniones.

¿Por qué, pregunta?

Simple.

Por lo que sale, tras las puertas al abrirse del bendito ascensor.

Y digo bandito, porque esa caja de acero que hace que suba y baje la gente de un piso a otro, merece un monolito.

Y uno bien grande en su honor para ser adorado por nosotras las mortales, como un templo de veneración.

Por llevar y traer.

Y regalarnos a la vista y a nuestro placer, cuando y como si fuera en cámara lenta.

Dichas puertas se entreabren y como si tuviera luz de un aura propia interior.

Algo así, como para que lo imaginen.

Salen, de él.

Aparecen.

Los jefes.

En realidad, dos de ellos.

Falta uno.

Ni idea cual, si me preguntan.

Y creo que tanto a Marcia como al resto de mujeres, sean activas en su box o mismas esposas de algunos clientes sentados en silloncitos de espera y hasta mí, les importa.

Porque, juraría sin arrepentirme y fervientemente.

Que a todas se nos desencajó la mandíbula al verlos salir del elevador, por lo sensualmente hermosos que son en vivo.

Y directo.

Y como, si el largo del corredor del piso de recepción, fuera una pasarella de algún reconocido diseñador de alta moda.

Estos hombres imposibles y difíciles de desoír.

Ignorar.

Y desatender.

Miramos, aunque no queramos.

De una forma explícita y llenas de pensamientos porno.

Su andar uno al lado del otro y con cada paso sincronizado de movimientos lentos, sean de sus pies como lindos hombros.

Dos gotas exactas de rostros.

Altos.

Muy altos por culpa de esas piernas kilométricas, incitando a que focalices la unión de ellas.

Como sus cuerpos.

También y casi diría, perfectamente iguales.

Trabajados y musculosos, pero sin exageración.

Y hasta cortes de pelo en su color castaño claro, al igual que el tono de su mirada.

Una seria.

Profunda.

Y abismal.

Incitando y reclamando, que los mires y obedezcas sus santas voluntades.

Y si es sucio, mucho mejor.

En una palabra.

Festín sensorial para la mujer.

Y solo diferenciando a este par idénticos, sus vestimentas.

El primero en su perfecto traje negro, corbata a tono y camisa blanca, talla al cuerpo.

Dónde cada centímetro de género abraza, acaricia y contiene, ese cuerpo torneado por un tipo

Miguel Ángel.

El otro.

Inclino mi cabeza dudosa, porque la moda no es lo mío.

Pero juraría que él, si sabe de ello.

Porque y aunque, también lleva traje de dos piezas, pero en color claro.

Sus pantalones de vestir son cortos y si bien, no lleva unos zapatos de vestir impecables como su hermano, lo hace con calzados acordonados dándole un aire mas informal.

Vienen acompañados con un grupo de hombres detrás y portafolio en manos.

¿No lo mencioné antes?

Disculpen.

Pero, merecían.

Necesitaba.

Describirlos por lo pornográficamente lindos y sexis, que son mis jefes y hermanos Mon.

TESAR

Quedando Joviano en el área de máquinas, tras estrechar las manos de los confirmados clientes y dejando que Denicio como yo, que terminemos con el papeleo y firma de contratos, por la compra de acero inoxidable al Cr —Mn.

Los invitamos a nuestro piso, por un desayuno a modo brindis y sellado de negociación.

Y mierda.

Con lo que ocurre después, tras abrirse el ascensor y salir de este.

¿Cómo les explico, para que entiendan?

Algunas personas, son difíciles de olvidar.

Mi caso.

Mujeres.

Y caminando a la par de mi hermano, mientras guiamos al cliente con su comité por la recepción.

Me encuentro con una.

La misma muchacha que vi días atrás, cruzando la calle frente nuestro y con mis hermanos.

Y para mi sorpresa y creo que el de mi gemelo número dos también al notarlos.

La nueva secretaria y reemplazante de Marcia.

Y no lo puedo evitar.

Mi sonrisa se alza importándome una mierda, al apoyarme sobre la mesa de recepción y algo inclinado mirarla a los ojos sonriente y decirle.

—¿Ocho, eres nuestra nueva secretaria? —Dije dulcemente y feliz, sobre su balbuceo de no entender.

Bonita...

DENICIO

Me tomo el pecho ante la burrada en voz alta de mi hermano, frente a los clientes.

Okey, okey...

Yo también lo noté.

Y me di cuenta, una vez que salimos del ascensor e ir en dirección a la sala de reunión y pasar por la recepción.

Que la muchacha de días atrás y del bailecito gracioso en la calle, resulta ser nuestra nueva secretaria y que Marcia está instruyendo.

Y aunque, somos genéticamente idénticos los tres, cual hasta cercanos aún, siguen

confundiéndose.

Merece una aclaración, porque tanto forma de ser como carácter, no.

Algo igual con nuestras hermanas mayores, también trillizas.

¿Yo?

El término medio de los tres.

El más parecido a papá, debo recalcar.

Detallista y perfeccionista por naturaleza, en lo mercantil.

Y por eso, miro elevando una ceja por sobre mi hermano y clientes a los activos al detenernos.

Chequeando que todos, estén trabajando como corresponde.

Bien.

¿Joviano?

El serio.

Pocas palabras.

Volátil y agreste.

Tosco y hasta a veces, pasa por descortés por su hermetismo social, pero un puto genio en las maquinarias.

A él, le da lo mismo el gentío o no de ella en su círculo.

Ignorándolo.

Ruedo mis ojos.

Como sí, le importara lo que piensen de él.

Yo en cambio, si la detesto.

No tolero el agolpamiento y convivir, callado o no.

Y después, está Tesar.

El más parecido a mamá.

El encantador.

Dócil.

Alegre.

Amable y abierto al público, hermano.

Otro puto genio, pero no en el área de la mecánica.

Sino.

En la música.

Dónde su sabiduría en ello, lo hace un maestro en ese arte.

En el cual, adepto a tocarte cualquier instrumento.

Su pasión son el piano y el violín con maestría, por años de estudio en conservatorios y deleitarnos tanto a la familia y amigos como público, en cada concierto que participó o sus interpretaciones grupal o solista, de innumerables clásicos.

La dulce desfachatez, es lo de él.

Y debo recalcar, la compradora también.

Ya que, no hay ser humano que se resista a sus dulces encantos angelicales, como lo hacen en este momento todas personas de este piso.

Hasta los clientes que nos acompañan, lo miran con una sonrisa.

Y me incluyo yo.

Lo reconozco, por más que lo quiero disimular poniendo mi mejor cara de mierda, mientras lo tomo de un hombro y lo invito a que me acompañe.

Forzosamente, pero con sutileza.

A que de una jodida vez, entremos a la sala de reuniones para firmar el contrato, donde el

desayuno espera.

Y también, porque.

Carajo...

Para que mi maldito cuerpo reaccione y la sangre, nuevamente empiece a circular.

En especial a mi cerebro.

Al darme cuenta que yo también como mi hermano, casi llevando a rastras y obligado al salón seguidos por los clientes.

Ambos.

Nos quedamos mirando a la muchacha y nueva secretaria nuestra.

Y sentir.

No me pregunten el motivo.

Que estoy empezando a odiar.

Dios.

Y a no tolerar, la jodida mesa de recepción que me separa de ella...

AURORA

La comisura de su labio se alzó y un hoyuelo izquierdo, apareció rápidamente en ese lado de la mejilla al decir ese número.

Quise hablar coherente.

Pero, musité algo intangible al no entender y por tratar de no quedar hipnotizada, por su hoyuelo tan sexi como alegre.

Cuando exhalé un poco de aire para que irrigara mi mente y hablar como Dios manda, su otro y exageradamente lindo como caliente, también hermano y jefe, interrumpe mis labios a medio abrir y por decir algo, para encaminarse él como su gemelo y el grupo de hombres de trajes viniendo con ellos, a la sala de reunión.

—Debo llevarle la agenda de horarios a seguir en el día, al señor Tesar y Denicio... —Marcia me dice apurada, tomando ella una electrónica. —...sus minutos valen... —Me señala con disimulo en dirección a los silloncitos, por más clientes aguardando su reunión correspondientes, mientras chequea la hora de su reloj pulsera y me mira. —...El señor Joviano, quedó en la zona industrial del predio...

—La metalúrgica. —Digo y asiente, mientras me entrega unas planillas en una carpeta.

—Necesito que le lleves estos formularios en blanco, que él debe rellenarlos con las peticiones a seguir y cumplir, con el orden de entrega de este nuevo trimestre. —Me informa. —Su padre aunque ya poco viene a *TINERCA*, verifica el estado trimestral y en base a eso, él o algunos de sus hijos viaja al resto de las T8P.

Afirmo eficiente.

Y debo, admitir también.

Un poquito curiosa.

Las ganas me pueden, de conocer al tercer gemelo y jefe.

Pero, sobre mis pasos en dirección al ascensor, me giro sobre mis pies y señalo la cafetera a Marcia.

—Si mal no recuerdo, dijiste que comienza su jornada con una taza de café. —Consulto—. ¿Debería?

Mi predecesora sonrío a modo afirmación y sobre, casi la puerta a medio abrir del salón.

Guau.

Y sin perder tiempo, lo preparo.

Bien negro, fuerte y con dos de azúcar.

El sol provoca una vez fuera, que entrecierre mis ojos ante su resplandor y use una mano tipo visera.

Pero, no impide que camine feliz por todo el lugar, en dirección y final de este.

Cual una monumental edificación y a gran distancia del Holding, se encuentra el área de la metalúrgica.

Pasando un alto y gigante tanque de contención de agua y dónde, desde su cúspide con su bermellón y plata, las iniciales de T8P velan y son bandera de todo esto.

Carritos tipo golf, circulan para acortar las distancias con operarios de la empresa encima, al igual que a la lejanía y extremo del predio, colosales camiones con doble acoplados estacionados y uno al lado del otro.

Demás decir, con el color e inscripciones de las T8P.

A la espera de su carga y partir, rumbo tal vez a un lejano país llevando el acero solos o en convoy.

O quizás a la zona portuaria, por destino del otro lado del océano.

Los olores familiares a minerales como el carbono en su aleación, llegan a mi nariz al ingresar a la fábrica, seguido del sonido estridente de las maquinarias con su metal como el grito de algunos operarios y esa constante música mecánica de aparatos de alta tecnología en movimiento, mientras a un empleado de la entrada dentro de la metalúrgica, me presento como la nueva secretaria de los jefes mostrando mi identificación colgando de mi cuello y a su vez y dándome la bienvenida, me entrega un casco de seguridad amarillo y con el logo de la empresa.

Y tras agradecerle por indicarme con sus brazos y señales por los altos sonidos metalúrgicos, dónde podría estar mi tercer jefe.

Me encaminé, por el interior de la gigante fábrica de acero.

Saludando a mi pasar y volviendo a preguntar a docenas de activos, tanto hombres como mujeres que cruzo, intentando no derramar el café por mas cerrado que está con su tapa y controlando su óptimo calor.

Y maravillada, mirando y observando todo.

Pero en una parte y ya, muy dentro del lugar bajando unas escaleras de hierro que te llevan a una especie de subsuelo y zona de tanques contenedores, vuelvo a preguntar a un operario por el jefe difícil de encontrar.

—¿Joviano? —Dice.

Y yo, asiento mientras recorro visualmente el enorme sitio abrazando más la carpeta como taza de café, por el emplazamiento y sector, lleno de gigantescas máquinas dispersas como la gran cantidad de operarios, en esta bóveda trabajando con el acero.

A mano alzada y concentrados en sus obligaciones.

Unos, cortando acero.

Aleándolos.

Y otros, dirigiendo con señas la circulación por otros aparatos mecánicos, llevando pesadas piezas de la mano de un compañero.

Niego.

Imposible que esté, aquí también.

Porque, no hay nadie de traje y todos, llevan ropa manchada de grasa de motor.

—Aquel. —Me señala con su mano en alto y dirección a una distancia, sobre una media docena de activos, que trabajan rodeando una maquinaria a compuerta abierta.

—¿Disculpe? —Le digo, sin entender.

—El patrón, esta allá. —Me reitera, este hombre.

Uno de bastante años como la *TINERCA* misma, haciendo que dude.

Pero, su mirada llena de anécdotas como años vividos y trabajados acá, me convence.

—Okey. —Me encojo de hombros—. Gracias. —Correspondo, agradecida y encaminándome a ese grupo de activos donde me señaló.

Cuatro de los hombres al notar mi presencia, dejan su charla para mirarme curiosos, mientras un quinto y sin prestar de mi persona, le habla al sexto que le alcanza una herramienta pedida por este, metido con medio cuerpo dentro del aparato en detención.

—Busco al señor Joviano. —Murmuro algo tímida, ante sus escrutiniosas miradas—. Aurora, su nueva secretaria... —Elevo los papeles y el vaso de café— ...traigo unas planillas y...

—...mi café? —Alguien, termina por mí la oración.

Y mis ojos, buscan la dirección de esa voz seria.

Muy seria.

Para encontrarme.

A mi tercer jefe.

El sexto hombre.

Que ahora, fuera del interior de ese amenazante máquina, por más apagada que está.

Pero, aún encima de ella y apoyando un brazo sosteniendo una llave inglesa en una de sus manos delatando restos de aceite entre sus dedos y sobre su rodilla flexionada.

Y desde su alto.

Me mira.

Para luego, deslizarla a la altura de la carpeta como café que cargo.

Y volver a subir su mirada y nivelarla a la mía.

Lentamente.

Y casi, que me hago pipí encima.

Porque, haciendo justicia a sus idénticos hermanos, es otro hombre de belleza adónica.

Y quiero, golpear mi frente con la pared más próxima.

O mejor aún.

Ir hasta la primer puerta que tenga a mi alcance y sin importarme si está cerrada o no, con mis manos jalar de ella y hasta, si es necesario con ayuda de un pie para escapar.

Huir.

Escabullirme también de esos ojos castaños, pero profundos como su gemelos cuando te miran.

Pero estos, con una expresión más malhumorada con sus pantalones de vestir en tono mora, llenos de aceite mecánico fresco como la camiseta que lleva puesta de igual manchas y que cubren, acusando con cada respiración por ser ceñida, el ir y venir de la respiración de un vientre marcado y trabajado.

Hermoso, este bastardo también.

¿Un momento?

¿Dije, pantalones mora?

Y una oleada de nervios florece en mi estómago ante el recuerdo de hoy a la mañana y el hijo engendrado del mismo culo de satanás, que me mojó sin importarle, con su jodida motocicleta al pasar por mi lado.

Es él y lo sabe, por esa indescriptible media sonrisa que se eleva en la comisura de sus labios tan oxidada, como algunas de las herramientas que sostiene unos de sus empleados y que quedó, en silencio al igual que sus compañeros testigos de esto.

Y un gemido, se me escapa mirando el gigante cielo raso.

En realidad, al señor de los cielos.

Gracias, muchas gracias.
Perra suerte, la mía.
La que me parió...

Capítulo 5



Qué risa.

Disimulada, obvio.

La linda y nueva secretaria tras ponerse colorada, algo así como tres tonos más rojos antes de marcharse.

Ya que, solo se limitó después a alcanzarme las dichas planillas enviadas por Marcia y mi café puro.

Uno, en el punto justo debo decir al llevarlo a mi boca y dar un sorbo.

Y sin dejar, de mirar su rostro.

Serio.

Muy serio.

Por su cierta mezcla de furia y vergüenza.

Me hace sonreír para mí mismo, dejando a medio tomar mi vaso sobre la máquina, para limpiarme las manos de aceite con un trapo que me alcanza uno de los empleados, mientras la veo irse.

Lindo.

AURORA

—No estoy enojada... —Me miento y digo en voz muy bajita, regresando al Holding.

Pero, me detengo en mi caminata pensativa.

—Sí, si estoy enojada... —Largo un bufido. —...jodidamente enojada... —Me corrijo.

Suspiro y cierro los ojos en derrota y dejando que esta vez, el sol me de a pleno.

Elevo un puño.

—¿Tanto, le costaba una disculpa? —Pregunto a la nada.

Y como evidentemente la nada, porque estoy sola por el predio caminando no me va a contestar.

Con otro gran suspiro reanudo mis pasos, pero desahogando mi rabia con una minúscula piedrita que se atraviesa en mi camino y vuela por culpa de mi tacón, metros más adelante.

Mejor.

Sonrí, notando mi pecho más relajado en mi descarga con esa pobre piedrita, dándome

palmaditas.

Mucho mejor.

DENICIO

Mi hermana Hope, cuando yo tenía aproximadamente unos 13 años, luego de un viaje.

Uno de muchos, que tienen.

Por ser con Caleb, bailarines de reconocimiento público y muchas, no solo partícipes.

Si no, jueces invitados o no de certámenes internacionales.

En una visita con mamá al Holding, cuando papá aún todavía no se había retirado de las T8P.

Y recién llegada de un viaje al exterior por una gira, cual duró casi un mes.

Lo hizo a la metalúrgica con sus niños.

Sonrió.

Tales sobrinos, que son más grandes que nosotros por unos meses.

Y dejándolos con mi padre para que disfruten de su abuelo, merendando alguna colación en la cantina junto a mamá y Caleb.

Tomó mi mano y con un guiño de ojo, paseamos y caminamos por *TINERCA*.

A Hope, también de niña gustaba a acompañar a papá a su oficina.

Observarlo trabajar.

Y ver como dirigía todo este imperio del acero al igual que mí, con la idea en una edad adulta, poder ser parte de todo esto.

—Sigue tus ideales y tus metas, Deni... —Me dijo, cuando no detuvimos a los pies del gran tanque de agua y miraba, su imponente altura con cariño. —...pero, no olvides tu pasión ¿sí? — Prosiguió, envolviendo sus manos a los barrotes de hierro de la escalera que te llevan cúspide arriba para subir.

Y eso hicimos, sabiendo que estaba prohibido.

Solo acceso a los operarios.

Pero, no nos importaba.

Porque, esa tarde descubrí su mayor secreto.

Y que solo compartía con Caleb, mientras de la mano con mi hermana y esa imponente altura, mirábamos su más de 180 grados de vista que no regalaba.

—Las decisiones importantes, los pensamientos a discutir... —Me dijo, mientras pasó su brazo por encima mío y apoyando sobre mis hombros, con más cariño. —...o simplemente para despejar tus ideas, mira el cielo hermano. —Me aconsejó, con un beso final en la sien.

Que fue como un susurro, porque su vista estaba en lo que veíamos ambos y nos rodeaba.

Pero, todo su amor de hermana en ese abrazo y en mí.

Y mi sonrisa aparece ante ese recuerdo, abriendo mi saco de vestir para poder llevar mis manos a los bolsillos de mi pantalón de vestir.

Años después y desde la Altura, donde estoy.

No arriba del tanque.

Pero sí, en una de los grandes balcones y salidas al aire de un piso del Holding, como hago cuando necesito acomodar mis ideas o juntar mis pensamientos o simplemente, disfrutar de la brisa cálida con su altura.

Pero, sobre el murmullo cotidiano del movimiento de toda la metalúrgica, algo llama mi atención, causando que me asome un poco más para ver pisos más abajo.

Un gemido, en voz alta de frustración.

Y me apoyo sobre mis brazos flexionados sobre la orilla de este, descansando mi barbilla en un puño para una mejor visión.

Y ver.

Oculto mi risa.

A nuestra nueva secretaria.

¿Maldiciendo?

Mientras camina con pasitos enérgicos, pero desconforme vaya a saber el motivo, pero se desahoga con un ferviente puntapié futbolero, en una piedrita que se cruza en su camino.

—¿Qué haces, cabrón? —La voz de mi hermano a mi espalda, siento que pregunta.

—Mirando a ocho. —Le digo sincero y sin ánimo, de ocultarlo a Joviano y por un momento, tentado a seguirla.

¿Para qué, dicen?

Ni idea.

Ya que, es obvio que regresa al Holding y nuestro piso.

Joviano también la observa, al ponerse a la par y en el momento que ingresa por unos de los accesos.

Pero, no omite opinión.

Se limita a seguir limpiando sus manos, de restos de aceite de máquina con una pequeña toalla que trae y verla como yo, hasta que se pierde de vista.

Vestigios y que tipo huella, manchan también parte de la camiseta que lleva como su pantalón de vestir mora.

Esta mañana temprano, impecables y perfectamente planchados.

Ahora.

Revelando que estuvo montado a uno de los motores acondicionándolo, para su uso óptimo.

Elevo una ceja, notando que también tiene el rostro como pelo, con grasa mecánica.

—Apesta viejo.

Ríe a carcajadas y yo, también lo hago.

JOVIANO

Me río, ante la cara de mi hermano.

Perdí la cuenta, de prendas que pasaron a la historia por ensuciarlas al hacer mecánica.

Pero a veces, las ganas me pueden y en tiempo, al tener en mis manos una llave 14 y frente a un motor.

Olvidando por completo o más bien.

No querer perder ese momento valioso, en una muda de overol.

Debería, lo sé.

No me miren feo, acusando que derrocho y no cuido la ropa.

¿Cómo, les explico?

La emoción, me gana.

Como, cuando sabes que después de la cena hay un gran postre.

Algo así, como mi favorito.

Lemon pie.

¿Esperan la cena?

Pues, yo no.

Siempre.

El placer primero.

Voy por el postre.

¿Se entiende?

Perfecto.

Tras chequear la hora, Denicio camina unos pasos, pero se detiene en la puerta.

—Papá y mamá, están de visita con los tíos Rodo y Mel. —Me avisa, cual no estaba enterado por andar metido en la metalúrgica. —Preguntaron por ti, que no vieron... —Sonríó ante la idea de verlos, entrando con él.

Ya que, si vemos seguido a nuestros padres a los tíos no mucho.

Ellos también, se retiraron y muy merecidamente.

Mamá y tía Mel, se dedican a disfrutar su hogar o juntarse con nuestra otra tía Lorna y gozar de sus nietos, cual implica viajes a África o simplemente, tardes de limonada y charla, junto al nana Marcello o todo el clan familiar, en acompañar a nuestro tío Holywood en unos de sus desfiles como apoyar las exhibiciones en alguna galería de arte a Serena.

La hija de ambos y en encamino, hacer una prestigiosa artista plástica.

DENICIO

—¿Tú, vienes? —Me pregunta, ya frente al ascensor y momento que se abren las puertas.

—Ya estuve con ellos... —Murmuro, mientras ingresamos los dos y saco mi tarjeta personal para pasarlo por la ranura especial al lado de las botoneras, seguido de apretar planta baja.

Cual descende con nosotros dentro y haciendo caso omiso a los llamados de los otros piso.

—...pero voy, tengo algo de tiempo libre... —Vuelvo a controlar, la hora de mi reloj pulsera.

—¿Entrenas? —Me pregunta y asiento, rotando un hombro.

—Hermano, esa mierda te duele ¿Estás seguro? —Está preocupado.

Y palmeo, el suyo con cariño.

Sufro de dislocación en un hombro.

Lesión en la que mi hueso del brazo superior, se sale de la cavidad en la parte del omóplato.

Y por tal, una vulnerable luxación en esa articulación por la movilidad constante del uso de mis brazos cuando entreno.

Sip.

Como papá, tengo pasión por el ring.

Imposible, no.

¿Recuerdan que les dije, que pese a ser idénticos no en lo pasional?

Bien.

Joviano las máquinas y Tesar, la música.

El mío, las luchas.

Sangre, sudor.

Mucho sudor.

¿Y por qué, no?

Hasta lágrimas.

Pero, del esfuerzo y la adrenalina en algún as alto, por la fuerza muy poderosa que flota tanto en mí, como rival con cada golpe y midiendo nuestra próxima embestidas y ataques.

Una que, se adueña de mi piel al igual que mi sistema.

Porque la lona, las cuerdas y un par de guantes.

Es mi pasión.

Y aunque, lo práctico amateur y de puro placer a la actividad, lo hago ocasionalmente en enfrentamientos en el *Círculo*.

Club de lucha, fundada por papá y socios, habilitada legalmente al vale todo.

Tanto de luchadores como miembros y público con jerarquía titulada, como los *Chacales*, *Dingos* y los *Latrans*.

Creación ya de años, pero que solo se ingresa por ser socio o invitado por uno y después que

nuestro viejo, siendo adolescente lo hacía en luchas clandestinas, estilo universitaria y citados en lugares con horario que se hacían previamente y a través de mensajes de textos, para evitar posibles infiltraciones de la policía.

Pero ahora, lícitamente y en fechas determinadas, por miembros afiliados del *Círculo*.

Y por ese motivo y mi afición a las luchas arriba de un ring, la siempre preocupación de mi familia.

Ya que, un golpe certero o fuerza mal controlada como entrenamiento furtivo y ya haber sufrido algunas dislocaciones de hombro, la articulación por más atención médica o recuperación a base de tratamientos, puede volverse inestable, propensa a repetirse y empeorar.

—¿En el pen? —Pregunta y niego, saliendo ya y caminando por un extenso corredor de la planta baja, que nos lleva a la recepción principal como cantina.

—No. —Digo, saludando ambos a activos como clientes que cruzamos con la barbilla. —En el piso 30. —Acoto.

Ya que, solo algo de bolsa y sogas es mi programa de hoy.

Mini gimnasio que el viejo hizo en la puerta anexa de la oficina, compuesta por una pequeña habitación con cama.

Dos plazas, obvio.

Baño y otro, acondicionado con lo justo y necesario en equipamiento para entrenar.

Construido cuando estaba en auge el nacimiento de las T8P y papá necesitaba que sus días se convirtieran en más de 24h y no estaba en el plan, regresar al hogar.

Época de su primer matrimonio y antes de conocer a nuestra madre.

Mujer que no llegamos a conocer, por ser mucho antes de nuestros nacimientos.

Inclusive de Juno, Tate y Hope.

Por triste infortunio de la vida, como también de ese hermano mayor y muy querido, que no pudo ser.

Dónde tanto papá antes de conocer a mamá, como después con ella y ahora con todos nosotros.

Y hace mucho ya, completando las piezas de ajedrez diseñadas como hechas por la metalúrgica misma, en su acero perfecto y esmerilado.

Dejó cada fecha una como regalo y señal, que no se lo olvida y seguimos visitando y llenando de flores, al igual que su madre y ese ángel casi hermana, Juli.

—Mierda... —Joviano maldice, casi llegando a la cantina. —...olvidé a Muriel...

—¿Quedaste, con ella? —Pregunto, con la puerta del bar a medio abrir.

Y asiente, con un resoplido y puño en su frente a modo reproche por su olvido.

Escaneo su facha post mecánica.

Que el Holding como todo *TINERCA*, esté acostumbrado a verlo de príncipe para luego mendigo por culpa de los motores, nada nuevo.

Suspiro para mí, mismo.

Pero en una cita, imperdonable.

Y más por Muriel, viniendo de mi hermano.

—¿No traes ropa?

Niega.

JOVIANO

—Tesar regresó al pen... —Dice, sacando su móvil. —...mandaré a alguien por algo de ropa para ti. —Me murmura, mientras ingresamos a la cantina llamando a nuestro hermano que me busque algo, luego a Marcia ejecutando las órdenes.

Cual, no escucho lo que debaten.

Por ver la sonrisa de mamá al vernos como papá y tía Mel, desde su mesa y al tío Rodo muy alegre, haciéndonos señas con su mano en alto y la otra degustando.

Estrecho mis ojos.

¿Carne?

Se me escapa una risa.

¿A esta, hora?

Capítulo 6



—Necesito, que vayas al pen Aurora. —Marcia me pide, tras colgar su celular y sacando del bolsillo de su chaqueta, una tarjeta magnética de edificio.

—¿Pen? —No entiendo, sentada a su lado y tras la recepción, dejando una carpeta.

—Al joven Joviano, le urge una muda de ropa...

¿El gemelo adicto al café y maleducado?

—Penthouse, cariño... —Señala la tarjeta ya en mis manos y con ademanes que me ponga de pie, mientras por el intercomunicador habla con alguien sin perder tiempo.

Seguido de colgar y sobre su silla sentada, se gira a mí.

—...el chófer, ya espera por ti en el estacionamiento de subsuelo. —Me explica, entretanto cuelgo mi carterita y recordando lo que me mencionó el sábado.

Que mi trabajo implicaría, también trámites y mandatos de ellos personales.

—Solo pasa sin llamar. —Me indica. —Su hermano Tesar, te espera para entregarte la ropa...

—...y regreso... —Finalizo.

—Exacto. —Da fin y como toda explicación, volviendo su atención al teléfono que llama y atiende presta.

Ok.

Subsuelo.

Chófer.

Penthouse y ropa.

Y Volver, para que el cretino de mi tercer jefe se cambie.

Me encojo de hombros, ya camino al ascensor.

Puedo con ello.

JOVIANO

Tomamos asiento junto a ellos, pero sin antes besar con cariño la frente de mamá como tía Mel sin importarles mi facha mecánica por estar acostumbradas, ayudando a deslizar las sillas vacías para nosotros a su lado, seguido de palmear a modo saludo al tío Rodo y papá.

Un tío.

Que sip.

Merendando una casi ternera, devorada en su plato y con ayuda a una gaseosa entre sus manos, para que pase con cada engullida masticando feliz.

—¿Eso, es sano tío? —Pregunta Denicio, bajo nuestras risas mientras acepta de un muchacho. Personal del buffet, un té.

Inclusive la de papá, sentado en la esquina de la mesa y usando como base de apoyo de unos papeles que lee, una pierna cruzada sobre su rodilla mientras hace anotaciones laterales.

Acomoda sus lentes, en el puente de su nariz.

—¿Sano? —Murmura con su voz grave, pero baja y señalando con su pluma al tío. —Mi culo... —Acota, elevando su ceja.

La que le atraviesa una cicatriz, por una lucha pasada.

—...merendar esa mierda a esta hora, no... —Reprende, pero sonriendo ante nosotros y rascando su mandíbula para ahogar la risa, por la cara del tío ante su sermón que hace contacto visual, con el viejo.

—Come mierda... —Lo señala, con una galleta rellena de crema que roba del platito que pedí de colación, un lado de su sien. —...ayuda a que este cerebro siga siendo inteligente y programe mucho...

—¿Ayuda? —Repite papá, arqueando más su ceja.

El tío se endereza más sobre su silla.

—Junto a mi desayuno de leche con cereales, de todas las mañanas... —Me mira mientras come la mitad, sin importarle que segundos antes digirió un bistec. —...chocolate con relleno de crema lo mejor. —Saborea lleno de placer, sacando otra. —Cuando éramos muy jóvenes con su padre, las comía así... —Nos muestra como abre ambas tapitas, para saborear su crema.

—¿Y qué te pasó? —Con Denicio, preguntamos al mismo tiempo.

Hace un puchero.

—Crecí... —Triste.

Y tía Mel, lo abraza con amor y riendo.

—Es tan raro, pero lo sigo amando... —Gime, besando su mejilla.

—Siempre serás nuestro niño bonito y querido, Rodo. —Mamá también, enternecida y riendo lo consuela.

Papá los mira con depresión y con su peor cara de mierda a mamá, cruzando sus brazos en su pecho.

—¿Él? Yo soy menor, por lo tanto el niño bonito y querido, yo rayo de sol... —Su pulgar va a tío Rodo. —...no, este extraño.

Mamá le rueda los ojos.

—Herónimo, este extraño es tu mejor amigo y lo más cercano a un hermano que tienes...

Papá bufá.

—Cierto. —Lo recuerda, pero mirando caprichoso al tío Rodrigo.

—¿Me están, sangrando los oídos? —El tío mira a papá ante su dicho y voltea horrorizado a tía Mel, por ayuda. —Se siente, como si están sangrando... —Toca sus orejas y ahora sus ojos en mamá, para luego a la tía de vuelta. —¿Me están sangrando? —Sufre, porque papá lo pelea.

Tía Mel blanquea sus ojos, riendo más.

Y yo me atraganto, con mi café de malta que pedí.

Obvio, por mamá presente.

Quien levanta un brazo por mí, para darme palmaditas en la espalda como de niños cuando nos pasaba y por las carcajadas que a todos nos dio.

Nada nuevo y siempre, recurrente las salidas de papá con tío Rodrigo.

Muchos años de amistad y cual, el amor entre ambos es incondicional y como de hermanos.

Que con mis hermanas y hasta nosotros creciendo, fuimos testigos de como se lo demuestran.

Tomándose el pelo e insultándose, el uno al otro en broma.

Como solo los hombres lo hacemos.

Y que, nunca cambia.

Y si lo hace.

Con mi Denicio en la mesa, nos miramos y sonreímos.

Solo, por ciertas arrugas del tiempo pasando en los cuatros.

Pero, lindos signos de vivir.

Huellas de alegría.

Como la sonrisa del rostro pecoso, de nuestra dulce mamá y con su siempre "llego tarde" que tanto queremos y papá idolatra, siendo sostenido por una pluma de plata.

La carcajada y el humor tan particular de tía Mel, llevando su pelo esponjoso ahora más corto que a lo joven y vimos por fotos.

El tío Rodrigo donde el suyo de un castaño, ahora se mezcla con tupidas canas, que ahora es acariciado por la tía mientras lo besa con amor, pero ahora en los labios y él, reacciona devolviéndolo con su inigualable y registrada.

Heredada también, nuestro cuñado Caleb.

Sonrisa a toda potencia y de mil voltios, mientras da otro sorbo a su gaseosa.

Y luego papá.

Nuestro viejo querido.

Que también canas ensortijan su pelo avellana, ya lejos de peinados pulcros por trabajo.

Y ahora los lleva suelto a sus famosos putos rulos, riendo por otra ocurrencia de los tíos, mientras deja a un lado la carpeta para escuchar atento a lo que responde mamá con risa y dando un sorbo a su fiel batido rosa de color sospechoso.

A su rayo de sol, como la llama.

Porque, para el viejo es la luz de sus ojos.

Mirada de un azul tan intenso y que solo, heredaron dos de nuestras hermanas.

Y según mamá.

No tenemos idea los seis, el por qué.

Ya, no le pregunta más de que color son.

Capítulo 7



Un enorme y del verbo montón, para que se den una idea.

Rascacielos es lo que me recibe, siendo llevada por el chófer y veo asomada sobre mi lado de la ventanilla muy asombrada, cuando el coche se detiene en una lujosa entrada de estacionamiento, esperando para ser abierta automáticamente y que te conduce al subsuelo.

Edificio de diseño como construcción, arquitectónico y de última generación.

De metal y vidrio, donde en gigante y colosal su nombre.

EL BLUSTERY.

Pondera desde su altura y domina los cielos, haciendo honor a su nombre.

Y no puedo evitar, que se me escape un silbido de admiración, no solo por tantas cámaras de seguridad.

Sino también.

Por su interior, cuando descendemos una vez dentro por las rampas en ese blanco perfecto, limpio y luminoso, igual que Holding.

—Solo, será unos minutos. —Le digo al chófer, sobre su asentimiento a mi espera, cuando bajo del coche.

Y mi asombro y admiración, no solo crece una vez dentro del ascensor al ingresar y cuando, paso con cierto miedo la tarjeta por una ranura extra y en grande en un sofisticado display, que me indica "el pen" con su mayúsculas PNTHS y sube.

También, al abrirse las puertas el gran hall en marfil y madera lustrada, que me recibe en el último piso.

Y mis ojos de clase media, no creen lo que ven.

Porque, todo es lujo y confort.

Recordándome, esas revistas de diseño con casas e interiores de glamour.

Y respiro un fuerte aire sobre mis dudas, de desobedecer a Marcia de entrar directamente y solo, limitarme a golpear.

Pero asomada y apoyando un lado de mi rostro en la imponente puerta doble en madera tallada y no registrar sonido alguno, hago como ella me dijo.

Y deslizando con suavidad otra vez la tarjeta en un lector a un lado de esta y bajo otra

exhalación de aire, retenido en mis pulmones.

Como enderezando también mi postura, al apoyar mi mano en el picaporte de la puerta.

La giro y entro.

Dándome la bienvenida, una enorme sala.

Porque los ambientes, tanto del comedor, cocina y living, se dividen solo por desniveles y dónde, una enorme escalera en granito en un extremo, te lleva un piso más arriba.

Calor avergonzado, me colma.

Por las habitaciones, supongo.

Y camino algo indecisa, observando mobiliarios como adorno.

Todo es elegancia y estilo.

Hasta la música clásica, que colma el ambiente.

Pero frunzo mi ceño al sentirla más y con cada paso que doy, dejándome llevar por ella.

Porque su sonido, no solo es hermoso.

Sino.

Vivo y muy real.

Tanto.

Mierda.

Que asomándome sobre un enorme tabique de adorno y estilo greco.

Veo a su ejecutor.

Uno de mis jefes.

Allí, estaba él.

Tesar.

El número tres.

Sentado frente a un piano de cola en color negro como la noche que se avecina en horas, pero que brilla en su oscuridad y refleja como espejo, parte de los muebles.

Quedando idiota.

Hipnotizada.

Y silenciosa.

Dejándome llevar, por la maestría en como toca.

Ahora con una simple camiseta y solo, llevando pantalones holgados de lino.

De suave género como sus dedos.

Porque, se mueven y ejecutan cada tecla, como si acariciara a cada una mientras la melodía nace de sus manos.

Una clásica.

¿Dulcemente triste, existe?

Ni idea.

Pero tan linda, que por más que solo la escuchas, puedes ver los colores de cada nota musical y te hace cosquillas, en partes del cuerpo que no sabía que podían intensificarse.

Y no ayuda a relajarme tampoco, cuando al elevar apenas su mirada nota mi presencia, sin dejar de interpretar.

Ojos castaños como su pelo que me miran con intensidad, sobre sus brazos trabajados que se mueven armoniosamente al compás de la melodía.

Para luego, una mano sin perder ese afrodisíaco equilibrio, ofrecerme con una palmada lugar en el espacio que sobra de la banqueta que está sentado frente al piano, mientras su sonrisa no abandona su rostro y aparece ese hoyuelo izquierdo tan pecador como angelical.

Uno muy concentrado como sus dedos, que no dejan de interpretar como acariciar las teclas.

Niego, algo tímida.

—¿Vienes, por la ropa de mi hermano ocho? —Quiero preguntar por qué, me dice así, ya que hoy temprano lo mencionó.

Pero, su voz grave con tono dulce mientras señala con su barbilla un bolso de deporte en uno de los sofisticados sillones, me desconcentra y me limito a asentir tomando este, bajo la música entre sus dedos que no solo jamás termina.

Sino, que sigue con maestría y sin fallar o equivocarse.

Y aunque, no obedezco en sentarme a su lado.

Hago unos pasos, para terminar de escuchar su melodía.

TESAR

Sonreí complacido, cuando noté que ocho venció su timidez y se acercó por más que no tomó asiento a mi lado.

Y porque, pese a las notas musicales interpretando a Chopin, podía percibir su suave respiración algo acelerada producto de su nerviosismo.

Y mis dedos, se alimentaron de ella.

De nuestra ocho.

Ya que ella, bajo mi música era como un bonito telón de fondo perfecto, entre mis últimas notas de mis dedos tocando el piano.

Y me quedé rendido ante su ingenuidad, cuando a modo felicitación la vi que me subía los dos pulgares arriba y olvidó por un instante, que era nuestra secretaria.

Y mi corazón golpeó y algo dentro mío, se expandió.

Al verla marcharse apurada después de eso y con la excusa desde su distancia, que el chófer de la empresa aguarda por ella.

Y darse cuenta que mi música terminó y ambos, nos quedamos mirando en silencio.

¿Y eso?

Observo mis manos, aún descansando sobre las teclas de mi piano, pero golpeo mi frente contra la madera ébano y bajo el sonido de la puerta de entrada cerrándose, porque se fue.

Carajo.

No.puede.ser.

Creo que estoy perdido, maldita sea...

AURORA

¿Pero qué, mierda fue todo eso?

Es lo que me digo, ya en el subsuelo del edificio al abrirse las puertas de vidrios automáticas y apoyándome, en la pared más cercana del estacionamiento.

Diviso el coche de la empresa, que aguarda a mi espera en uno de los parking vip a metros de mí.

Pero, no atino a moverme por miedo a que flaqueen mis piernas hasta que, no solo mi respiración tenga controlada.

Sino, mi sistema nervioso también.

Palpé mis mejillas.

Ardían.

Carajo.

—No...no...no... —Me reprocho, negando mi comportamiento con uno de mis jefes.

Aunque, él fue agradable y hasta cierto punto, digamos hospitalario.

No ético.

Porque, yo olvidé por esos embriagadores minutos, que era una activa.

La secretaria de ellos y mierda.

No había pasado ni 24h y como grupie tonta, me quedé sobre mis pasos escuchándolo.

¿Y le elevé, mis pulgares a modo felicitación?

Miro mi rostro reflejado, en un panel de vidrio.

—¿Y con esta cara de idiota? —Gimo, al notarme mis expresiones, confirmándomelo. —¡No puede ser! —Exclamo, echando la cabeza hacia atrás y tapando mi rostro con el bolso.

¿Por qué, son tan lindos?

¿Por qué, son tan sexis?

¿Por qué, mi sentido del olfato es tan bueno y desde mi lugar podía sentir, lo bien que olía el perfume que tenía puesto, en perfecta armonía y juego con su piel?

¿Por qué, jodidamente tengo un libido de mujerzuela barata y pensamientos sucios?

Quiero llorar o hacer un berrinche tipo cría de seis años, pero desahogo mi fallo profesional con un fuerte pisotón de mi tacón al suelo.

Y acomodando mejor mis prendas como pelo y ante un nuevo respiro, con series repetitivas de aire tomando.

Me encamino a la espera del chófer por mí, y el bendito bolso con muda de ropa entre mis manos para el jefe cretino.

Llegando al Holding y tras agradecer al conductor a los pies de las escalinatas, Marcia por celular me indica que lleve el bolso a la cantina dónde esperan por mí.

Y la idea me agrada.

Porque una lata de gaseosa bien dulce y fría en solo pensarlo, revitaliza mi organismo y opaca mi conducta babosa con el gemelo ángel, pero caliente como infierno en el pen.

Busco a *mister agradable* en el colmado lugar, cuando ingreso.

Un mar de activos de la empresa, tanto de trajes de vestir como el azul overol, mientras paso entre mesa y mesa.

Hasta que lo diviso.

Corrección.

Él lo hace con su endemoniada, perfecta y adónica cara agria, mirándome y con un gesto de supremacía.

Sin emitir palabra y ademán de una mano, señalando una de las sillas vacías cuando llego.

Puto cabrón.

Para indicarme, que deje el jodido bolso en ella.

Está solo, pero la mesa que ocupa denota por las bandejas aún si ser levantadas con restos de comidas y bebidas, que estuvo acompañado momentos antes.

Su mano vuelve al bolsillo de su pantalón de vestir, mientras estira más sus piernas una encima de la otra cruzadas, de forma relajada y extendida sobre otra silla.

Y esa media sonrisa malditamente sexi con ese hoyuelo izquierdo como su otro hermano, pero sin ser de ángel.

Más bien, con demandas del diablo.

Aparece.

Como su mirada que se encontró con la mía en él, a la espera de una orden si necesita algo más.

Pero no lo hace y solo, se limita a vaciarse dichos bolsillos de celular como llaves de su pantalón sastre mora, con vestigios de mancha de aceite de motor al igual que la camiseta que lleva de hoy temprano al ponerse de pie.

Altura y cual al hacerlo, un escalofrío nos separa por su proximidad y quedar a mi nivel su

pecho, por su elevada talla.

Uno tonificado y fuerte, pero sin exageración y como hoy en la mañana, acusando la tela el suave ir y venir de su respiración mientras me inspecciona unos segundos y cuelga, el dichoso bolso en uno de sus hombros.

Seguido de inclinarse algo y para susurrarme.

—Dos de azúcar y puro a las 7:30h, cada mañana... —Una voz bajita, jodidamente sexi.

Y cuando creí que se iba, por hacer sus primeros pasos caminando y mirarlo por sobre un hombro, se detiene y gira a mí.

Y guau.

Sonriendo a medias entre serio y seguido de diversión.

Escurridiza, pero sonrisa en fin.

—Lo siento, ocho... —Me dice y sin más, se marcha.

Dejándome atónita y mis ojos abiertos por asombro.

¿Eso fue una disculpa, por lo de esta mañana?

Veo como su espalda, se pierde al cruzar la puerta de la cantina.

¿Me pidió, perdón?

Pero, algo llama mi atención y me deja más pensativa.

Me cruzo de brazos.

¿Por qué, me dicen ocho también?

¿Puntuación?

Otra cosa, no se me ocurre.

Y aunque suena superficial, una sonrisa estúpida nace en mi rostro mientras regreso a mi piso y observo entre los ventanales, como nubes insipientes en sus grises amenazan una pronta lluvia.

Que tres bastardos hermosos te den puntuación ocho, no está nada mal.

No me considero una belleza, pero me siento cómoda conmigo misma.

Como quien dice, una más del montón, pero simpática y trabajadora.

Cuerpo normal y altura promedio.

Ojos oscuros al igual que mi pelo, que bien podría decir que lo llevo con mucho orgullo, suelto casi siempre por su lacio y largo.

Un grueso y lejano relámpago, me saca de mis cavilaciones snob y me recuerda, que no traje paraguas.

—Mierda... —Maldigo en voz baja por eso, entrando al ascensor y saludando algunos compañeros.

Capítulo 8



El resto de la jornada, transcurre normal.

Yo, eficiente gracias a las indicaciones y directivas de Marcia.

Y el personal, ultimando detalles finales del día mientras paso mis labores a la computadora como atendiendo el teléfono a cada cliente como persona, solicitando al único hermano que quedó encerrado en la oficina.

Denicio.

—¿Deberías, comer algo? —Marcia me recuerda, tras la recepción.

—Lo hice. —Digo, señalando y colgando de mi silla mi carterita, que sobresale un paquete abierto de galletas dulces a medio comer.

—Eso, no es almuerzo cariño... —Me reprocha. —...ve y come algo sustancioso en la cantina. —Me ofrece.

—Pero... —No me atrevo.

Aún el jefe número dos, sigue en el Holding y solo falta un par de horas, para que termine mi horario.

Niega, obligando a que me ponga de pie y me vaya.

—El señor Mon como sus hijos, no permiten que se salten su tiempo de almuerzo a ningún operario como activo, Aurora. —Me indica. —Yo lo hice y ahora, es tu turno...

Si, es verdad.

Marcia fue por su almuerzo y por ser mi primer día algo ajetreado lo pasé por alto, aunque no me molestó.

Pero viniendo a mi mente esa lata de gaseosa fría y dulce que nunca compré, al final me decido.

—Ok. —Digo, cruzando mi carterita sobre mí.

Pero, señalo la oficina del jefe.

—Si me necesita, me avisas ¿si?

Y con el asentimiento de mi predecesora, me marché feliz por mi prometida gaseosa y un buen bocadillo sustancioso.

Aunque el día está nublado y con fuertes posibilidades de lluvia, me decido por no conocer y siendo mi primer día de trabajo a compañeros.

Ya que, quiero almorzar fuera del predio y no, en la cantina.

Junto a unas escalinatas anexas y tras el Holding.

Cual, no soy la única.

Ya que a varios percibo en dispersos lugares, pero más del sector metalúrgico.

Solo, unos pares como yo de vestimenta informal mientras doy con buena gana un mordisco a mi comida, sobre una tipo bancas de descanso que predominan en el predio y cerca de otro estacionamiento, fuera del que es del Holding.

Más pequeño en tamaño, pero cual está casi lleno en su totalidad por ciento de autos aparcados.

La idea de mi tiempo de descanso y comida escuchando música, me tienta buscando mis auriculares del interior de mi carterita para conectarlo en mi celular.

Pero al ponerme el primero en mi oreja bajo la música ya sonando, algo llama mi atención.

Tanto que migas de mi almuerzo masticado y por quedar mi boca a medio abrir cae, provocando que con la servilletita de papel, limpie de ellos mi camisa y zona de pecho ante la probabilidad de una propensa mancha.

Al ver.

Oh mierda...

A mi jefe, número uno.

El rarito y que su gama de ánimo, oscila de un lado a otro por lo volátil que es.

Si, ese mismo que piensan.

El adicto al café puro y colombiano.

Y bajando, no de una motocicleta negra como hoy, cuando el muy bastardo me empapó.

Si no, de un deportivo en color azul.

Cual, por ser una apasionada de lo motores como mi amiga Ariel.

Reconozco, pese a la distancia un Jaguar XE.

Y por tal, juraría que ni trabajando horas extras y casi el resto de mi vida, alcanzaría para poder comprarme uno.

Ni siquiera, la puerta del conductor donde descendió y estacionó a metro de la puerta de ingreso, pero acceso trasero.

Y yo, babeo.

Porque me quedo mirando a Joviano estupefacta e impresionada, al ver este hombre jodidamente hermoso, ahora llevando una sencilla camiseta blanca, pero tan devastadora como esos jeans gastados y claros, que le caen indescritiblemente bajo sus cadera, pese al cinturón en cuero puesto mientras rodea para abrir la puerta del acompañante.

Pero, nadie sale de ella.

Solo se limita seguido a eso y con un trotecito.

¿Y muy feliz?

En el mismo momento, que se abre la puerta de acceso trasera del Holding.

Ir en busca.

Recibir.

Y con una sonrisa de par en par y que hasta yo, la siento donde estoy.

Por lo bonita, que es.

A una muchacha en silla de ruedas, siendo empujada por un hombre de traje oscuro.

Muchacha que también percibo, pese a su rojiza cabellera tan larga como la mía, pero ondulada cubriendo parte de su rostro, que sonrío.

Mucho.

Al verlo y que besa un lado de su mejilla tan feliz como él, cuando la rodea con sus manos por

abajo de ella para levantarla y llevarla entre sus brazos.

Y luego, dejarla con sumo cuidado y amor, en el asiento del acompañante mientras la persona que la trajo y desplegando la silla, la guarda en la cajuela.

Auch.

Eso, fue lindo y muy romántico.

Y no entiendo, por qué.

Ya que, apenas probé mi almuerzo tardío.

El que mi estómago duela, mientras los veo marcharse.

Y no se me pasa en lo que queda de mi primer día, pero lo resisto con una pastilla contra una probable acidez del tamaño de Brasil y un último sorbo de un té digestivo, mientras saludo a Marcia para retirarme.

Ni me molesto en tocar la puerta de la oficina del jefe dos, ya que Marcia me dijo que está entrenando.

Me encojo de hombros, recogiendo mis pertenencias y bajo la lluvia intermitente, que se desató y sin atisbo a mermar por sobre los refucilos, que se sienten e iluminan desde los ventanales.

Supongo, en algún gimnasio.

Mis ojos, van al cielo negro y lluvioso.

Carajo...

Solo espero, poder conseguir un jodido taxi con este tiempo.

Pero esa alternativa, una vez fuera y bajo el techo de entrada, junto a muchos compañeros de trabajo, no se presenta.

Mención aparte, que las líneas de taxis llamados por móviles, da constante ocupado desde el celular.

Y resignada, no queda otra.

Poniendo mi carterita sobre mi cabeza y sostenida por mis manos para que me proteja, algo de tormentosa lluvia y vea mejor.

Y como muchos valientes compañeros, que comienzan a hacerlo.

Me largo en mi Carrera, descendiendo por las escalinatas y a la única opción, cuadras más allá.

La parada de autobús.

Un par de calles más y llego al reparo de ella me aliento y luchando, no solo a la calle que me encuentro cruzando y empieza a inundarse, haciendo frente a su agua acaudalada que tirite de frío, ya totalmente mojada y bajo la cortina de gruesos truenos, destellando en la tormenta.

También.

Ay, no puede ser.

Contra uno de mis zapatos que al llegar al otro lado de la acera, que por la oscuridad de la tormenta y la insipiente agua propasando esta, no vi una rejilla de resumidero y el tacón se clavó en él.

Impidiendo, que siga mi carrera por resguardo del temporal y quedar descalza de un pie.

—¡Maldición, no! —Me vuelvo sobre mis pasos, inclinada para sacar mi zapato sin ánimo a soltarse.

Y uso de todas mis fuerzas, sin importarme que estoy hecha sopa bajo la lluvia.

Me salieron una fortuna y debo recuperarlo.

Lágrimas asoman mis ojos ante la impotencia y notar, que no sede por más fuerza sobrehumana que hago.

Y por el frío mojado, calando mis huesos.

Intento con otro duro empuje hacia mí, pero es en vano.

Y con ello, se va mis últimas fuerzas temblando de tanto de frío, que mis dientes castañean entre sí.

Sigo flexionada sobre mis rodillas y bajo la Lluvia, porque no pienso abandonar mi zapato.

Pero, de golpe.

Ya la copiosa lluvia, no cae sobre mí.

La puedo sentir, pese a mi ropa mojada como pegada contra mi espalda y cuerpo, pero que cae sobre mis lados.

Ya que, algo me protege de ella.

Y me obliga a mirar por sobre uno de mis hombros y elevar mis ojos.

Porque, es muy alto.

Para nivelar y poder ver, lo que me protege de la tormenta mientras intento como puedo, hacer a un lado todo mi pelo mojado y que por el agua, se pega de forma pesada en mi rostro tapando mi visión.

Y notar.

MI.DIOS.QUERIDO.

Un elegante paraguas negro y de vestir, abierto encima mío.

Protegiendo.

Cubriéndome.

Y sostenido por una mano firme y enfrentando la lluvia, bajo nosotros.

Por uno de mis jefes.

El número dos.

Denicio.

Llevando un traje a medida impecable ahora, que parece un azul oscuro.

Y no entiendo nada.

Porque Marcia, me dijo que estaba entrenando y lo imaginé en otro lugar.

Observo al hermoso hombre serio y con una ceja elevada, que tengo de pie al lado mío.

Y sin importarle, que se eche a perder su fino género por mojarse esa parte, al estar descubierto desafiando la lluvia y por cubrirme a mí.

Repito.

A mi peersona.

Y palpitaciones fuertes, dentro de mí...

Capítulo 9

DENICIO

—¿Y la chica nueva? —Digo, al elevar mi vista de unos papeles que tengo en mis manos y salir de mi oficina, notando a Marcia sola.

—Está almorzando, joven Denicio. —Me explica, mientras focalizo en su silla vacía.

Y sacudo mi brazo al elevarlo, para poder ver la hora en mi reloj pulsera bajo mi camisa.

—¿Pero, es tarde? —Casi el cierre.

Y no me gusta ni mierda.

¿Por qué, dicen?

Ni idea.

Lo deliberaré esta noche, mirando el techo de mi habitación en la cama.

—Su primer día... —Me explica. —...motivada, la emoción de ello, los encargos...

Elevo una mano, para que no continúe.

Ya...ya, mujer.

Entendí.

—Iré por unos papeles hasta la metalúrgica. —Le digo, entregando los documentos que llevo en la mano a ella. —T8P Indonesia... —Sigo, mientras los recibe. —...el viejo ya los chequeó en la cantina y firmó, envíalos por favor. —Pido. —Tienen que llegar antes del containers con su carga vía naval a Yakarta. —Ordeno.

—Sí, señor. —Eficiente como siempre.

Miro lo que me rodea.

Al igual que los activos del piso.

Cada uno en sus quehaceres, cuando me giro.

Bien.

Pero, de mis pasos al ascensor, volteo.

—No me pases más llamadas Marcia, después de la metalúrgica entrenaré... —Y sin más, la saludo con una mano en alto.

Aflojo algo la corbata de mi cuello, mientras espero que el ascensor abra, cual lo hace justo y a la par.

Miro por el ventanal, la vista gris y nublada que nos regala.

De unos lejanos truenos, anunciando una noche lluviosa.

Mierda.

Tras chequear los convoy de viajes por ruta, ya cargados con el acero y a espera de mis órdenes como firma, de partir en la madrugada de mañana, cual lo hago entregando al jefe de cargas y mantenimiento.

Con una palmada de satisfacción en su espalda a modo felicitación, por estar todo en orden y con el pertinente control que nos gusta con mis hermanos y devolverle el casco que utilicé pese a que estamos en el exterior, pero frente a tanta carga pesada.

Doy finalizada mi agenda del día, mientras regreso de vuelta al piso 30.

Pero, me detengo y dejando de releer otra documentación, que llevo conmigo.

Por ver escalinatas más lejos.

Las de un extremo y parte trasera del Holding.

A ocho, sentada en ellas tomando su almuerzo tardío.

Uno, que en realidad no come.

Solo mantiene en una de sus manos, mientras la otra limpia con apuro y con una servilleta de papel, su pecho de dejos de esta, seguido de hacer a un lado sus auriculares.

Por estar atenta y yo, sigo su mirada.

Desde otra distancia, al estacionamiento anexo y posterior del predio.

A mi hermano.

Joviano en su coche y bajando de este, en busca de Muriel.

Sé, como actúa mi hermano frente a ella.

Sé también, lo mucho que haría Joviano por Muriel.

Y sus movimientos como expresiones lo dicen, al tomarla con ese cuidado religioso entre sus brazos de la silla de rueda, para cargarla y con suavidad, dejarla en el asiento del acompañante.

Y las sonrisas de ambos, llega a mis oídos.

¿Imposible, dicen ustedes?

Las entiendo.

Pero, créanme.

Hay cosas, que pese a no tener ruido.

Se pueden oír al sentir las.

Y mi vista baja, solo por unos segundos pensativo ante esa escena.

Cuales las elevo, al escuchar el sonido ronco de su Deportivo, marchándose.

Y miro a ocho que con ellos, sus ojos también se van y pese a que ya, se perdieron de vista saliendo de *TINERCA*.

Sigue su mirada perdida.

Supongo, una profunda.

Y pensando, tal vez en ellos.

Niego, retomando mi caminata y sonriendo.

Una triste.

Pero, sonrisa al fin.

Necesito entrenar...

Mucho.

Y lo hago.

Hilos de sudor, recorren mis pectorales y llegan a mi bajo vientre, para humedecer lo único que llevo puesto.

La cintura elástica de mi pantalón deportivo, por cada embestida y golpe fuerte a la bolsa.

No me importa.

Como tampoco, que mis brazos desnudos brillen por la energía exigida y donde mi transpiración, se acumulan entre los surcos de mis músculos tensos sacudiéndose como gotas, por los consecutivos impactos de mis guantes de boxeo colisionando certeros.

Y provocando, que la bolsa.

Una suspendida del techo y como péndulo, vaya y venga recibiendo de mí, más y más ataques.

Esquivándola con movimientos precisos, mis hombros muy juntos y en posición de espera, pero siempre con mis puños en guardia y golpear.

Golpear mucho.

Una hora o tal vez dos.

Con la serie de sogas y trote exigido, en la cinta para entrar en calor previamente y como cortina de todo, la tormenta llegando y amenazando, que será diluvio.

Y dando por finalizado con un último golpe y abrazando la bolsa, cuando vuelve contra mí, para intentar recuperar mis pulmones como fuerza dejada y donde el sabor salino de mi sudor siento en mis labios, mientras intento secar este o hacerlo a un lado, con el puño de mi propio guante puesto.

Y con un último trago de oxígeno y rotando mi cuello como mis hombros, para aflojarme.

Y notando que se portó, el propenso a dislocarse.

Bien.

Pero masajeándolo, tras sacarme los guantes de boxeo y beber un energizante de la propia botella.

Putas humedad por culpa del clima, que hace de las suyas.

Me dirijo al baño, por una ducha reparadora.

Agua caliente que me saca la tensión desnudo bajo ella, mientras dejo que su calor sin una gota de fría, golpee mi omóplato como espalda apoyando mi frente en los húmedos azulejos para regenerar energía.

Y minutos después, abotonando una camisa limpia y la opción de un traje azul que cuelga de un perchero de pie junto a la cama y sin olvidar el paraguas a mi espera en la puerta de la oficina.

Salgo del piso 30.

Uno ya vacío, por lejos de la hora primetime de trabajo y sin necesidad de mi tarjeta personal, bajo los consecutivos truenos que acechan afuera y a juego, con la intermitente lluvia que se desató.

Solo toco la planta baja, una vez dentro del ascensor y en un Holding, casi vacío y sin más, que la guardia de turno nocturno.

Uno de los cuales me recibe, al acercarme el coche de la empresa por ordenarle al chófer que regrese a su casa, dándole fin a su jornada y más, por este aguacero.

Aunque con Tesar y Joviano, somos por nuestro apellido la reputación de las T8P y conlleva ello a seguir el mandamiento empresarial.

Gente con poder y dinero.

Y dónde, se conjuga por eso que se tiene el sartén por el mango y por tal.

Manipular la gente o demás, sin consecuencias.

Error.

La parte física y sin vida.

Metalúrgica.

Se mueve y tiene esta, gracias a la humana y por eso, hay que cuidarla.

Conservar y hasta defender, si es el caso.

Para que nuestra gente, se sienta en su ambiente laboral relajado con su rededor.

Porque entonces el rendimiento siempre es al tope, ya que la mano dura con el personal no crea conductas poco profesionales.

Y por eso al pen tomo yo el control de mi regreso, recibiendo en el aire las llaves del auto que me lanza el de seguridad al bajar de él.

Y dándole las buenas noches y saliendo del predio.

Me interno entre las desoladas calles, bajo la noche llegando y en la interminable lluvia que sin ánimo a menguar, cae de forma furiosa.

Pero cuabras más adelante y por ir a una velocidad moderada, sobre el asfalto con acopio de agua.

Me freno, asombrado y por ver.

Por segunda vez, sola a ocho.

Pero ahora luchando, no solo contra la tormenta que se desata afuera.

Sino, también.

Inclinada y casi sentada, contra el piso de la acera empapada y pasada totalmente por agua y luchando lo que parece, contra uno de sus zapatos atascados por alguna rejilla de drenaje de la acera.

Y mis ojos, no se deciden.

Como mi genio tampoco.

De reprocharla por hacer algo potencialmente peligroso, sola y a esta hora de la noche bajo esta tempestad o seguir quedando como idiota, mirando la escena sin poder creer.

Pero mis sentidos toman la iniciativa, antes que mi cerebro lo procese.

Y es bajar del coche, para encontrarme segundos después.

Con mi paraguas, abierto para ella.

AURORA

Quiero hablar.

Pero el frío húmedo que sufro, no me lo permite y más con mis labios temblando.

Digo algo intangible que ni yo me entiendo por mis dientes castañeando, cuando en silencio se inclina a mi lado y con su mano libre como de un movimiento, saca mi tacón atascado.

Quiero decir gracias, pero tampoco me sale.

Y no solo, por seguir congelada y totalmente empapada.

También, porque el jefe dos no me da tiempo, por uno de sus brazos rodear mi hombro y ayudando a ponerme de pie semi descalza.

Y sin perder tiempo, como sin hablar.

Me conduce hasta su coche, que quedó detenido en la acera de enfrente con sus luces iluminándonos y aún, con su limpia parabrisas yendo y viniendo, encendido y aguardando por nosotros bajo esta copiosa lluvia.

Capítulo 10



Las puertas del ascensor, se abren con nosotros dos en el desolado piso 30.

Al igual en la oficina por Denicio, pero esperando que yo pase primero envuelta en su saco de vestir que, pese a negarme y una vez dentro del auto, me obligó a que me cubra con el cuándo se lo sacó.

—Vas a enfermar, si no recuperas calor... —Al fin habla, mientras entra a una puerta anexa que jamás noté.

Y vuelve con algo entre sus manos.

—La puerta del medio, es un baño. —Me indica. —Una ducha caliente, sacaré el entumecimiento y frío que llevas... —Prosigue. —...y la de la izquierda una habitación, esto te servirá después... —Me entrega ropa seca y doblada.

La miro entre mis manos, junto a mi zapato.

El jodido zapato atascado.

—Lo siento. —Suelta. —No hay muda femenina. —Se excusa, al notar mi mirada fija en las prendas dobladas.

—No...no es eso. —Le digo, rápido y agradezco con un gesto. —Solo, que pude haber regresado, a mi casa...

—¿Vives lejos? —Me interrumpe.

—Algo así...

Y niega, acercándose al gran ventanal con su vista de 180 grados dándome la espalda, para ver como la tormenta no mengua y se ilumina como el mismo día, por los truenos.

—Con el temporal y cruzando parte de la ciudad con el agua sobrepasando las calles y la congestión vehicular... —Voltea a mirarme. —...un caos.

Mirada seria.

Pero, lleno de calma.

Una absoluta como la serenidad que emana de pie y poca distancia, observándome con sus manos en los bolsillos de su pantalón sastre de vestir y sin importarle que un lado de la camisa blanca que lleva puesta.

La zona de un hombro e izquierdo y como gran parte de su brazo, está mojado también.

Más bien empapado y por cubrirme a mí, en su totalidad con su paraguas antes.

Señalo su brazo.

—Deberías, también... —Solo me atrevo a murmurar.

Cual se mira por eso.

Y mi mandíbula se desencaja.

Madre de Dios.

Porque, sonrío como toda respuesta.

Sip.

No es colosal ni de oreja a oreja.

No pidamos tanto.

Más bien, solo una de las comisuras de sus labios arqueada hacia arriba y desde su lugar.

Pero, encandila.

Lo juro.

Porque, no solo aparece ese único hoyuelo igual a sus hermanos.

Sin poder determinar, si es hoyuelo ángel o hoyuelo demonio como ellos.

Sino.

Que su mirada, también lo hace.

Porque, este chico sonrío con los ojos.

Y cuando lo hace, el lindo color castaño de su mirada, parece líquido.

TESAR

—Lo lamento mucho... —Veo con un bostezo como Joviano le dice a Muriel, desde mi rincón y mientras pongo las manos bien dentro de los bolsillos de la gabardina larga que fue lo primero que encontré.

Por estar algo dormido en uno de los sillones del pen y ante la llamada de Joviano mientras se despide desde la acera, cual su deportivo quedó y siendo enganchado a una grúa se lo lleva.

—Fue divertida la espera del auxilio mecánico bajo la lluvia... —Le dice a mi hermano sin tomar importancia que por eso, porque hasta ahí llego la cita de ambos.

Salto sobre mi sitio, para entrar en calor.

Aunque la lluvia cesó, el frío húmedo de mierda no.

Y llevando los jodidos pantalones de lino y una zapatillas livianas, el puto aire fresco de la noche lo siento igual y por más que envuelvo sobre mí, más el grueso abrigo.

Sonrío y obligo a sacar una mano para saludar a Muriel desde mi lugar, al notar el auto que vino por ella manejado por su padraastro, cual saludo también aprovechando con otro gesto en alto.

Pero, como siempre.

Joviano haciéndose cargo de ella y al levantarla con cuidado, la deposita en el asiento seguido de abrocharle el cinturón de seguridad; sonriéndole con cariño.

Y con algo que no llega a mis oídos que le dice y un beso en su mejilla, la despide.

—¿Eres mecánico y se te quedó el auto? —Le digo una vez solos, cuando se acerca hasta donde estoy y mi coche que sigo apoyado. —No jodas ¿Un Jaguar? —La risa me puede.

Y su puño, no se hace esperar.

Certero pega en mi hombro a modo reproche, pero sonriendo también mientras abre la puerta del acompañante.

—Besa mi culo. —Gruñe sobre mi queja mezcla con risa frotando la zona golpeada y yo, subiéndome al del conductor.

A Muriel conocemos desde la adolescencia.

Imposibilitada de caminar por un accidente automovilístico y dicho incidente, motivo de nuestra

presentación y después de esta larga amistad.

Por ser testigo de ese hecho y estar en el lugar de la tragedia, nuestro hermano Denicio.

Que siempre y temprana edad, aficionado al deporte y vida saludable.

En una de sus salidas y aprovechando siempre las horas tempranas de la mañana en época de deceso escolar para salir a correr.

Al pasar por el lugar y momento preciso, no solo vio la colisión por una imprudencia al volante en una avenida.

Sino también.

Fue él, que al sentir el impacto y sin pensarlo dos veces.

Socorrió a los involucrados y llamó desde su móvil a las ambulancias.

Y entre ellos a Muriel, que iba en el asiento trasero de uno de los coches y de la mano de su padre.

Cual falleció en el accidente y ella, con la secuela y tras varias semanas de hospitalización, de una parálisis permanente por daño irreversible de su columna.

Donde visitó en esos días en los ratos que pudo para ver su evolución y del primer instante, por ser hija única y como único familiar en la ciudad su madre.

Una sola y ahora viuda, ante todo lo que se avecinaba.

No solo congenió con la mujer, también con ayuda de Tate al saber las circunstancias y triste final, sin su padre Muriel y su diagnóstico.

Nuestra hermana mayor siendo reconocida en el área de la medicina por ser una de las mejores doctoras oncológicas infantiles y llevar la dirección del hospital Infantil de papá, puso en movimiento todos sus contactos para el bienestar de Muriel.

Desde tratamientos hasta terapia para la pérdida de la función muscular, al igual que fisioterapia a cargo de un centro capacitado y dueños, Dante y Tini.

Matrimonio y mejores amigos de mi hermana Tatúm y Cristiano, expertos en el tema.

Cuales a base de esfuerzo y mucha dedicación por Muriel, de la mano de su madre y Denicio encariñándose con ellas, hubo frutos.

Porque la estimulación medular, activó esas zonas neurales y aunque con sus rodillas, no hubo movimientos tras meses de tratamiento y ejercitación.

Si hubo, de parte de su cadera.

Alegría como festejo por ellos y también por nosotros una tarde.

Ya que mamá, enterada de ello y muy conmovida.

Se acercó una tarde al hospital presentándose, llevando unos presentes y a nosotros con ella.

Y de ahí, una amistad se forjó.

Nuestra madre con la de Muriel.

Y nosotros con ella.

Mucha.

Miro con disimulo a Joviano que pensativo, taciturno y en su silencio de casi siempre, solo se limita a mirar a través de su ventanilla mientras manejo.

Porque, en especial mis dos hermanos con Muriel.

Por mis demandantes tiempos, al llevar una ajustada agenda por mi amor a la música de temprana edad.

Pero siempre los cuatro, por más pausas y alejamiento de alguno por motivos de estudios en edad universitaria.

Y dónde, en uno y por un periodo de poco más de un año, Joviano se ausentó por ser el único de los tres en hacerlo en el extranjero.

AURORA

El baño me sentó bien.

Gracias al agua caliente mi cuerpo entumecido de frío, se recuperó como mi miedo latente por la ducha rápida que me di y a esa velocidad, también me cambié con esa ropa seca que me ofreció.

Un pantalón de gimnasia y una camiseta mangas largas de hombre, con un lindo diseño de autos de carreras en su frente.

Ambas prendas, talles más grandes.

Pero lo resolví con ambos, doblando sus mangas para no pisarlos y que mis manos estén a la vista.

Rápidamente, también sequé mi pelo con la toalla de mano.

Y descalza pero reconfortada y limpia, sin antes acomodar lo mejor que pude, tanto el baño como habitación, salí por esa puerta anexa a la oficina.

Para encontrarme a jefe dos sentado en su escritorio y chequeando algo de su laptop, pero al verme lo cierra y con su pluma en mano, señala la silla vacía frente y del otro lado de él como a la taza de café caliente.

¿Él lo hizo, mientras me duché?

¿Para mí?

—Si. —Dice respondiendo a mi duda y como leyendo mi mente, mientras tomo asiento y su turno de ponerse de pie. —Bébelo todo, el azúcar y su pureza activarán tu organismo, yo debo cambiarme también... —Me indica, mientras camina e ingresa al anexo.

Sin dudar.

Ni siquiera, titubear al dejarme sola en esta oficina.

Una enorme como sofisticada y por la enormidad de mis pensamientos incómodos y de que mierda hago acá, la siento pequeña.

Dios...

DENICIO

—Carajo... —Suelto, ya solo.

Carajo, carajo y carajo.

Cierro mis ojos, apoyado contra la puerta cerrada, una vez en la habitación.

Y mi estómago se hunde, por lo que mi cerebro repite sin pensar.

Pero los abro, sobre un punto fijo en la cama.

Que ella, se veía con esa ropa nuestra, jodidamente bien.

Y ver la cama y en mi cabeza, la oración anterior.

Linda, pero jodida combinación.

Froto la zona de mi pecho, que le falta aire.

Mierda, ¿por qué?

No lo sé.

Pero, este puto síntoma.

Y desabotono mi camisa y me lo saco como si me debiera dinero, lanzándolo contra la cama y buscando, la primer cosa que encuentro para reemplazarlo.

Es cortesía.

Niego, porque no lo puedo creer.

De la señorita ocho...

Capítulo 11



Junto al último sorbo de mi taza, recuperada un cien por cien me pongo de pie con la idea y observando por el inmenso ventanal, que ya es hora de mi partida.

Con algo de suerte y la condenada lluvia parando y convirtiéndose, solo en algo molesto por ser poca, consiga algún taxi perdido.

Sip.

Decidida busco de mi carterita, pero me detengo.

Un momento.

Miro silloncitos y hasta el escritorio.

Porque, no la veo.

¿Dónde quedó?

Solo diviso mi par de zapatos, que dejé en un rincón y fuera de la alfombra para no mojarla.

Pero, mi bolso en ninguna parte.

Como tampoco recuerdo y haciendo memoria, en qué momento me lo saqué.

El sonido de la puerta abriéndose me hace mirar en esa dirección, viendo a Denicio saliendo.

Y aunque mantiene el pantalón de vestir, pese a la humedad.

Baba.

Ahora reemplaza a su camisa mojada, un bonito suéter liviano escote en V, que indica nada debajo de él, por la vista y parte de su cuello como pecho.

Uno tonificado y sin una camiseta debajo.

Mierda.

Eso es lindo.

Se los arremanga de un movimiento hasta la altura de su medio brazo, mientras camina al frigo bar para sacar una botella de energizante.

Y arrugo mi ceño, por la hora.

¿Eso, es bueno?

Bebe y me observa a través de ella y esperando una respuesta.

Supongo a mi mirada interrogante.

—Mi cartera. —Digo, volviendo a mirar todo lo que me rodea.

La cierra con su tapa, para dejarla sobre un mueble y responder.

—Mi coche.

Ohh.

Algo nerviosa pero intentando disimular, entrelazo mis dedos frente a mí, cosa que falla, ya que sus ojos bajando a mis manos lo delata.

Rayos.

—No te preocupes, mandaré a alguien por ella... —Camina hasta su escritorio para buscar su celular.

Pero sacudo mi cabeza negando y caminando hacia mis zapatos y sin importar si están mojados, me los pongo.

—No hace...falta. —Digo algo ansioso. —Iré yo, por ella...

Más bien.

Apurada e incómoda y en el proceso de ponérmelos, intentando no caer con ayuda de una mano apoyada en la pared.

Su mirada seria está puesta en mí, observándome y con su móvil en la mano quedando suspendida en el aire y a mitad de viaje por llamar.

¿Dije seria?

Sip.

Una, por demás seria y lejos de esa sonrisa escurridiza.

—La tormenta se detuvo y es tarde, ya puedo conseguir un taxi... —Me excuso. —...debo irme... —Camino con pasos torpes a la puerta pero sin antes, un. —...gracias por ayudarme... —Señalo la camiseta. —...y la ropa...

—Ni mierda. —Suelta de golpe. —Yo te llevo. —Como si nada.

Porque, como si nada guarda su celular y toma las llaves del auto.

Y como si nada también, con ambas cosas camina a la puerta donde quedé.

—¿Usted? Pero, no puede... —No sé, ni que decir.

—Claro, que sí. —Da por hecho.

Y mi ceño se frunce, mientras intento acomodar mi pelo por más que lo sequé, muy mojado y seguro que despeinado, fuera de mi rostro.

—¿Perdón? —Murmuro, cuando pasa por mi lado.

—Perdonada... —Natural.

¿Eh?

¿Me está, jodiendo?

Miro su rostro.

Inmutable cuando se detiene a mitad de la recepción y notar, que no lo sigo al ascensor.

Solo su boca, refleja que no está en coma facial el muy jodido.

Una muy linda y perfectamente, comestible.

Ya que, la muerde levemente a mi espera.

¿Por poca paciencia?

Y auch por segunda vez en el día, porque lo hace más bonito.

Pero no puedo continuar con mi análisis de esta noche de sucesos locos.

¿Por qué, dicen?

Porque la locura aumenta con el ascensor abriéndose en ese instante y con Denicio, miremos sin entender.

Por su lado supongo, curioso por quién a está hora de la noche y fuera del horario laboral.

Y el mío.

Ay, no puede ser...

De asombro.

Por ver aparecer a sus dos hermanos restantes, salir de él.

Miro el techo.

¿En serio?

Uno que parece y pese a estar vestido simple como casual, que por el largo abrigo que lleva muy de vestir, obligado a salir de casa sumando su pelo disparado y onda recién me levanto.

Y el otro.

Como lo vi hoy, sobre las escalinatas traseras del Holding.

Con su pecadores jeans gastados y prelavados, pero ahora llevando un abrigo por la fresca de la noche.

Y no entiendo nada.

Al intentar deducir, las caras de ambos al verme.

Ok.

Ya sé.

Mi condición en este momento, no es presentable y tampoco favorecedor.

Sin mencionar, que hoy fue mi primer día de trabajo y presentación.

Y supongo, que por ello sus expresiones.

La de Tesar, dentro de su asombro.

Un diminuto destello alegre, apareció en sus ojos y lo acusa, su hoyuelo angelical por la sonrisa que dibujan sus labios.

Y la de Joviano.

Bueno.

Ese es otro tema aparte y digno de un debate.

Ya que, su mirada resbala por mi cintura y caderas, con muy poco disimulo.

Pero, que atrevido.

Y tuerce su boca en un gesto en cual no entendí su significado, seguido de clavar la mirada en el piso.

Cerdo engreído.

JOVIANO

¿Pero, qué mierda?

¿Qué, estaba ocurriendo acá?

A la grúa le di indicaciones que mi coche lleve a la metalúrgica.

Ya que en la comodidad de su gran tamaño con un sector refaccionado para mí, y mi mundo de las herramientas con una fosa mecánica propia.

Mi taller personal.

Había pedido a Tesar que me deje en el Holding.

¿Mi plan?

Pasar la noche acá, revisando el desperfecto de mi jodido auto.

Pero antes con mi hermano, ir por una taza de algo caliente.

¿Yo?

Obvio.

Me café Colombiano que puro y como me gusta, activaría mi sistema para una placentera madrugada de desvelo en el taller.

Y Tesar, alguna bebida caliente con un delibery de pizza, ya que su estómago rugiendo a esta hora de la noche mientras veníamos y por el frío que pasó al buscarnos, le pedía calorías.

Y sé, que asombro es lo que sobró, tanto en mi hermano como yo.

Cuando al salir del ascensor al piso del viejo.

Encontramos a estas horas de la noche a Denicio con una extraña muda de ropa y a ocho también.

Y con.

Mis ojos no pueden evitar, resbalarse sobre su figura mirando.

Pantalones deportivos, de uno de mis hermanos y una camiseta mía.

Y tengo que obligar mi rostro con mi mejor cara de piedra a bajar al piso y con una forzosa mueca en mis labios, para retener la carcajada en auge que amenaza mi pecho.

Porque, todo lo que viste y calza la linda ocho.

Nada favorecedor.

Unas tres tallas más grande.

Sin mencionar, la expresión de pánico en su rostro sin comprender nada.

Uno, muy pálido y dónde acusa tanta movida, por culpa del aguacero con vestigios sus ojos de sombras negras por corrido el maquillaje.

No te rías, Joviano.

Y por su pelo negro muy mojado aún y que, con su largo por los lados cubriendo parte de su cara.

Lo hace un poco espeluznante.

Algo así como la chica de la película del Aro, pero sin la mierda de la sangre y el estanque de agua cuando sale del televisor.

Aterrador.

Sip.

Elevo mi vista y mierda.

Pero, dulcemente aterrador.

Y eso, jodidamente me enoja más.

Carajo.

Soy un puto bipolar.

Si, sé lo que piensan.

Culpa de mi padre y sus genes Mon.

TESAR

No pude evitar sonreír.

Mucho.

Imposible, no hacerlo.

Ver a ocho desprolijamente bonita, con mis pantalones viejos de gimnasia que dejé olvidados en el piso y llevando una camiseta de uno de mis hermanos.

Y aunque no entendí ni mierda la situación en que nos encontrábamos los cuatros a esta hora de la noche, si capté que el motivo fue el temporal que se desató y pese a que mermó, amenaza aún por los esporádicos refucilos y nubes gruesas copando el cielo y destellan desde los ventanales.

—Yo, debo marcharme... —La vocecita de ocho, suena entre los tres. —...siento si causé, algún problema... —Mira a nuestro hermano Denicio, mientras pasa por los tres para llegar al ascensor. —...pero agradezco... —Como si reiterara. —...la ayud...

Pero un estruendoso trueno lejano, la interrumpe de su agradecimiento.

—Yo te llevo. —Decimos al mismo tiempo y tipo coro con mis hermanos.

Y nos miramos por eso.

¿Eh?

¿Y eso?

Y no sé, que pasó.

No fue, como otras veces.

Que cuando con mis hermanos en forma sincronizada y cual también ocurre con nuestras hermanas, hablan de forma y tiempo igual.

Provocando y siendo motivo de risas al escucharnos, los que están a nuestro alrededor.

Ahora, no sonrisitas.

Ni mía como de mis hermanos, observándonos profundamente.

¿Sin ceder?

¿O más bien, negociar?

Denicio serio y solo cambiando el peso de un pie con su postura, denotando descontento con una de sus cejas elevadas.

Joviano cruzado de brazos sobre su pecho y solo frotando con uno de sus dedos, su labio inferior pensativo.

Tal vez, deliberando.

Y mi sonrisa se expande.

Ni idea.

Pero tomando un hombro a ocho con familiaridad.

Tranquila nena, no te asustes.

Y obligando a que retome, pero conmigo.

Obvio.

Hacia el ascensor.

Sin dejar ambos de caminar y pese a intentar justificarse la linda secretaria, que no es necesario.

Pero yo, quiero hacerlo nena.

Mientras llamo al ascensor, volteo a mis hermanos y los señalo con mi mano libre.

—Tú. —Digo por Denicio. —Muestras mucha piel... —Indico su suéter, sin nada bajo. —...y vas a enfermar con tus pantalones húmedos... —Turno de mi índice en alto a Joviano con su mejor cara de culo.

Qué risa.

—...y tú, tienes un auto que reparar ¿Pensabas llevarla, sobre tus hombros? —Le recuerdo su Jaguar, metido y a su espera en su taller de la metalúrgica.

Ya dentro del ascensor con ocho a mi lado, me señalo con mi pulgar.

—El único que puede, yo... —Elevo mis llaves y las hago sonar divertido. —...tengo mi coche óptimo. —Aliso mi grueso abrigo. —Y estoy abrigado y seco.

Las puertas se cierran con mi reverencia a modo despido a mis hermanos victorioso y una ocho, que todavía no sale de su asombro.

Bonita...

Y dejando a Joviano como Denicio sobre sus lugares y con su mejor cara de mierda, pero sabiendo que estoy en lo correcto.

Lo siento, chicos.

Mis hermanos: 0

Tesar: 1

Y la risa me puede, dentro del elevador.

Capítulo 12



—Listo. —Tesar tras abrir la puerta del coche de Denicio, me dice entregándome mi cartera olvidada.

—Gracias. —Le murmuro, revisando que en el interior nada se haya percutido por culpa de la lluvia.

Y suspiro aliviada y hasta sonriendo que mi billetera como credenciales, no.

—Eso, fue lindo. —Dice.

Y lo miro sin entender.

Su rostro alegre se alza más, pero niega a modo olvídale en el momento que su mano con la llave de un auto, apunta casi frente nuestro para que un deportivo amarillo pestañee sus luces por la alarma desactivándose, en un sector y plaza de la entrada afuera del Holding.

Y mi boca, cae.

TESAR

—¿Un Porsche Cayman GT4? —Ocho me dice, observando asombrada mi coche y hasta inclinada, para ver el diseño de su carrocería como las pulgadas de sus llantas deportivas.

Abro su puerta.

—¿Te gustan y sabes de autos? —Digo y me frunce la mirada, como si le hubiera dicho que vayamos a patear bebes pandas por deporte.

—¿Qué, si me gustan? ¡Amo las máquinas! —Me refuta.

Su dedito toca el techo.

—Motor central y capacidad para dos pasajeros, 24 válvulas flat con cabeza de aluminio y con 385hp a 7400rpm y caja manual de 6 velocidades... —Me dice finalizando, seguido de cruzar sus bracitos con autosuficiencia.

Guau.

Interesante.

Y me reí por eso y esbozó una sonrisa.

Una sincera, grande y muy bonita.

¿Lo más lindo?

Que no se da cuenta de ello.

Porque, por un instante y descubriendo su pasión por los motores, mientras me explicó el del mío.

Cual, sabía muy bien.

Ella, olvida su puesto.

Cómo, dónde estamos.

¿Y lo más gratificante?

Que yo soy su jefe.

Solo somos mientras subimos a mi auto y abrochamos el cinturón de seguridad.

Simplemente, Ocho y Tesar.

Sonrí, encendiendo el motor.

Y nada más.

Como en el siguiente momento, acabamos siguiendo nuestros instintos.

Reír y charlar, con algo más de confianza.

Sip.

Para contarme mientras manejo y nos internamos por las calles y ya fuera, de cierta vergüenza.

El incidente con su zapato, como mi hermano la ayudó y el motivo de que los vimos en el piso del viejo.

Pero, mi estómago ruge en una detención de semáforo y ocho me mira raro.

—Lo siento. —Me disculpo palpando mi vientre.

—¿Tienes hambre?

Sonrí.

—Creo que sí. —Asiento ante un segundo rugido, que la hace sonreír ahora a ella. — Joviano, me había prometido pizzas... —Mi turno de relatarle, porque nuestra aparición repentina al piso.

Señala con su mano en alto y sobre mi limpia parabrisas que va y viene por la lluvia, que aunque no es fuerte, si continua a una distancia y metros más adelante, una casa de comidas rápidas muy conocida y abierta las 24h con su atención al público.

—¿No te importaría? —Murmuro famélico.

Niega y yo, vuelvo a sonreír agradecido y poniendo giro.

Minutos después y sin importar nuestras fachas.

Y con bandeja de nuestros pedidos, buscamos sentarnos en una mesa junto a una de las grandes paredes de vidrios y se puede ver la calle algo desolada de movimiento, tanto de vehículos como gente.

Solo unos pocos estacionados y como nosotros, en mesas dispersas degustado de las hamburguesas con sus papas y vasos de gaseosas.

Cuando me termina de relatar algo de ella.

Familia compuesta por su hermano mayor con sus padres, pero hace poco más de un año se mudó sola a un pequeño departamento, pero es como si no lo estuviera por su mejor amiga de Rusia, Ariel.

Yo entre bocado y bocado, voy por mi segunda hamburguesa.

Dónde ella apenas toca la suya, pero si disfruta de sus papas.

Tanto.

Que le ofrezco las mías y entre agradecida y vergonzosa, las acepta.

Y carajo.

No sé si satisfecho y arrodillado, besar mi bendito cerebro por esa actitud o darme a patadas mental y cubrirme más, con la gruesa gabardina que llevo puesto.

Porque, ver Aurora mordisquear la papa frita entre indecisa pero a su vez, pensativa mientras me cuenta sus estudios, formación y tras ello, postularse a nuestra empresa familiar.

Mierda.Mierda.Mierda.

Y jugar inocentemente, con esa papa en sus labios y a medio comer.

Mi mente puta, divaga a mi pene.

Jodida verga que se pone dura por lo sexi que la hace sin esfuerzo, mientras le suplico mentalmente que se la coma y yo disimulo, cruzando un pie sobre el otro y bebiendo grandes tragos de mi gaseosa fría.

Carajo, necesito más hielo.

—...cual me notificaron que gané el puesto, semana atrás... —Finaliza ocho y yo, no entiendo nada.

¿Me estaba hablando del concurso y vacante de secretaria?

Ni idea.

Estaba en mi lucha que a mi jodida pene le llegue el memo que baje.

Pero con ello, termina de meter su papita a su boca y comerla.

Gracias Dios, suspiro agradecido.

Pero luego, toma otra volviendo a jugar de forma ingenua con ella en sus labios.

Y quiero dejar caer y golpear mi frente, contra la mesa.

Carajo.

Yauch...

—¿No pruebas tu hamburguesa? —Un último intento desesperado, para que abandone las papas pornos.

Niega, con cierta timidez.

—No soy muy fans de las hamburguesas... —Me dice sincera y ofreciéndomela.

Y mis ojos se abren.

Cual, eternamente agradecido.

Porque, esa declaración, hace que me olvide de su forma sexi y linda de comer papas.

Ríe ante mi cara.

—Aunque la comería si pasara hambre, no me agradan y no es lo que pediría en un bar...

Señalo el lugar y ríe más, por eso.

Es hermosa.

—No podía permitir que el jefe, muriera de inanición... —Me explica alegre.

—Tesar. —Corrijo. —Solo dime a secas, Tesar...

Piensa mi ofrecimiento.

Sin papas pornos, gracias a Dios.

Solo, bebiendo otro trago de su gaseosa.

Deliberando.

Y esta llega, con otra sonrisa.

—Ok... —Murmura. —...Tesar. —Extiende por sobre la mesa, su mano libre del vaso. — Aurora, sin el señorita delante. —Negocia y nuestras manos, se entrelazan conformes.

Y fue como una bofetada de calor, sentir las juntas.

En cada puta y jodida célula de mí.

Pero, de la forma linda.

Y por segunda vez, en este día.

Gimo para mis adentros, mientras nuestras manos siguen estrechadas.

Tales que después que el viejo se retiró, miles apreté por negociaciones cerradas en fiestas

mercantiles o reuniones de esa índole, para ser presentados a potenciales clientes como reconocidos en el mundo de los negocios.

Pero esta, no se compara ni la cambio por nada.

Porque, este acuerdo.

Mierda.

Lo firma, mi corazón...

Capítulo 13



Aunque no dormí las horas necesarias tras mi incidente aguacero y salvada por mi jefe dos, Denicio anoche.

Seguido después de mi partida del piso 30, encontrando mis restantes jefes.

Cara de culo Joviano al verme, pero alimentada y traída a casa por el dulce Tesar.

Me abalanzo, abrazando mi querida almohada en mi hermosa cama y me entrego sin pestañear a un sueño profundo.

Uno reparador.

Para luego horas después y llevando aparte de otra carterita, una bolsa de papel con las ropa prestada, tras un programa rápido con secado de la lavadora.

Y muy puntual en el Holding esta vez.

Que me lo confirma, la sonrisa satisfactoria de Marcia al salir del ascensor y ya viéndome tras el recibidor del piso 30 antes que ella.

No solo, con las documentaciones como agenda de los jefes en perfecto equilibrio y día laboral de *TINERCA*.

Sino, también.

Al entrar a la oficina de ellos.

Y que todo está en orden al igual que el frigo bar de energizantes y jugos frutales, listos para ser bebidos como cajitas de sabor uva y naranja, del gusto personal de Tesar.

Chequeo mi hora.

Las 7:11h.

Y voy derecho a la cafetera, rodando mis ojos.

Porque, solo falta.

Joviano.Manda.Más.Cabrón.

Recordando su petición.

Ok...

¿A quién, quiero engañar?

Más bien, una advertencia.

La solicitud de su café negro y con dos de azúcar a las treinta, cada mañana.

Por eso, lo hago diligente y con la seria posibilidad de escupir en él.

Pero creo que Marcia a mi lado, no lo apreciaría tanto como yo.

Y con un suspiro ante esa lejana y tentadora idea, tras cerrar su tapa con su calor justo.

Me dirijo al ascensor en un piso casi vacío, por ser temprano de la hora de ingreso comercial.

Desciendo y por el acceso trasero del Holding, salgo afuera y en dirección a la zona metalúrgica, con un sol que lucha contra las nubes grises que quedaron de ayer y todavía, amenazan con la posibilidad de más agua.

Sin importarme eso, elevo mi rostro, porque se siente lindo y lleno mis pulmones de ese aire fresco y con olor a lluvia.

Una vez en la entrada y ya reconociéndome el guardia de ingreso, me señala que el jefe se encuentra en su taller personal y de la empresa.

¿Y eso?

Notando mi ignorancia de su existencia, se limita a indicarme por afuera señalando y que costeando la fábrica, es del otro lado del inmenso edificio.

Cual otra vez agradeciendo por ayudarme, retomo mi caminata como búsqueda siguiendo sus indicaciones.

Para encontrarme al rodearlo, que esta zona trasera.

Y mi admiración como asombro, surge de vuelta.

Al notar que fuera de la vista pública como mercante y dónde, descansan como son punto de partida los grandes camiones con su dobles acoplados de última generación que vi ayer con su plata, bermellón y logo de las T8P que con orgullo, llevan y son bandera en sus laterales.

Un umbral gigante tanto de ancho como altura y de uso exclusivo, estilo taller mecánico que hay para estos, sobre un camión como un colosal monstruo de la ruta y transporte hay en el interior y a motor abierto, mientras algunos operarios lo revisan prestamente.

Y al lado, pero metros de distancia.

Carajo, no puede ser cuando entro y lo veo.

El Jaguar de un azul exclusivo, que impacta tanto su color como diseño deportivo al contemplarlo ahora de cerca, de uno de mis jefes.

¿Dije que me gustan los autos, no?

Y créanme que no solo babeo, por los nuevos y alto calibre de alcance.

También, por los antiguos.

Desde un Ford modelo T hasta los clásicos de los '70 y primera mano.

—¿Busca a alguien? —Me saca de mi ensoñación, un empleado que pasa por mi lado llevando un bote de aceite de 2T.

Sip.

También se la lubricación que llevan por ser motores a gasolina, que siendo sometidos a cargas de trabajo muy extensas y pesadas, como el convoy de las T8P por sus constantes viajes y de tramos en kilometrajes largos por tiempo y carga, estos por ello tienen que alcanzar una mayor potencia, para un desplazamiento adecuado en carretera.

—Al jefe. — *Bastardo.* — Joviano... —Digo mostrando el vaso de café, mientras vuelvo a mirar mi reloj.

7:24h.

Sonrío.

Perfecto y puntual.

—¡Joviano, te buscan! —Grita sin medida ni etiqueta el operario en todo el interior del taller, pero en dirección al deportivo Azul, cual tuve un orgasmo mecánico momentos antes.

Y guau.

Sorprendida noto.

No solo, que todos los que están trabajando afanosamente y bajo la música que llena el recinto por una vieja radio, no se inmutan ante esa familiaridad de trato al jefe.

Sino.

Que al acercarme al Jaguar rodeado de piezas como herramientas sueltas y dispersas por el piso y sus lados, porque ahí me señala el hombre, pero sin encontrar al patrón número uno.

Me detengo sobre mis pasos y sobresalto, al verlo aparecer de golpe saliendo por abajo y contra el suelo, de esa máquina infernal en potencia como deportiva, con ayuda de un deslizador cual esta recostado.

Y Santa mierda.

Si antes con su pantalón mora de vestir y camiseta llena de manchas de aceite, era la gloria de los sueños húmedos de cualquier mujer de la faz de esta tierra.

Ahora, llevando un overol en su azul oscuro mecánico.

¿Dije, embadurnado de grasa de motor?

Y cual la parte de arriba y zona de pecho como brazos, los lleva atado a esa estrecha y tonificada cintura, mostrando una simple camiseta blanca sin mangas, sobre sus fuertes como desnudos brazos al igual que la pornográfica tela de ella, también tienen vestigios de marcas y manchas por productos mecánicos.

Es el Edén, hecho hombre para nosotras.

Sin palabras...

Y así me quedo, cuando al ponerse de pie viene en mi dirección y tras limpiarse manos como cuello de sudor y lubricante, para colgarlo luego al trapo sobre uno de sus hombros.

Y tomando el vaso beber de él, con un.

—Buenos días, ocho... —Demasiado bajito para mis papilas gustativas, por focalizar en sus labios y sistema nervioso.

Pero, sobre su mirada de piedra.

¿Un dejo de calidez?

Acaso.

¿Tregua?

Ni idea.

Pero con las altas posibilidades, de juntar mis pulgares como índices y fingiendo una cámara fotográfica con mis dedos.

Hacer un clic.

Así puedo guardar en mi mente, la imagen del lindo pero idiota jefe en mi cabeza y por su caliente atuendo, gracias a su amor por los motores.

Pero me detengo, porque una leve sonrisa aparece en sus labios.

Molesta como hermosa, bajo una de sus cejas elevadas.

Y con ello.

Ese jodido hoyuelo izquierdo con demandas de Lucifer.

Que me acusa y que se dio cuenta, de mi obscena escaneada a su cuerpo.

Y sobre mi pellizco mental, como reproche.

Una gota.

Dos gotas, causando que mire a afuera.

Y tres y ya en acopio, empiezan a caer cientos de gotas de agua del cielo.

—Oh mierda... —Gimo, olvidando a mi jefe y sexi póster viviente de taller mecánico como la

vergüenza, al voltear y contemplar la lluvia que jodidamente retoma hoy también.

No se compara a la fuerza de ayer a la noche.

Y me abrazo a mí misma, mientras me asomo por el umbral de entrada.

Porque, ya empiezo a sentirme incómoda, maldita sea.

JOVIANO

El viejo una vez nos dijo por mamá, cuando recién la conoció.

<< *Ver a su madre ingresar a la cafetería donde me encontraba, fue como sentir al puto sol.*>>

Y al deslizarme fuera del motor y abajo de mi coche.

Experimenté sus palabras.

Al ver a ocho diligente como secretaria al ser puntual con mi café, pero con ese dejo ofuscado en su carita contra mí persona.

Y como cortina de todo esto y nos rodeaba lo que amo.

Mi pasión.

Motivo suficiente para sentir un vuelco en mi corazón, sobre la media iluminación del taller con sus aparatos y herramientas de trabajo y por culpa también, del día nublado ante una nueva amenaza a llover otra vez.

Pero, con ella y todo esto rodeándola.

Yo vi.

Sentí.

Luz.

Mucha luz.

Iluminando el lugar con su aura ingenua, pero que empiezo a comprender con carácter de un cachorrito Pitbull.

Y me gustó, más todavía.

Cuando y por más que quiso disimular, sus ojos me escanearon de arriba abajo, provocando que enarque una ceja, pero trague mi risa.

Lindo.

Mi idea era molestarla.

Hacerla pasar un mal rato.

Si, ya sé.

Veo sus caras.

Pero, juro que de pura diversión y deporte nomas.

Me resulta simpático su carita de odio y ganas de matarme con algún tipo de procedimiento doloroso y hasta creo, que lento.

Repito.

Lindo.

Sin embargo, algo me alerta mientras bebo de mi café.

Porque, ocho al sentir la lluvia que nuevamente golpea.

Su rostro que antes me miraban con odio y haciéndose a fuego lento, se transforman en preocupación.

Y no puedo evitar al verla mirar por la entrada, seguirla y ponerme a la par para contemplarla también.

—¿Le tienes miedo a la lluvia? —Le pregunto, lanzando el vaso descartable ya vacío al tacho de basura del otro lado.

Muerde su labio.

—Solo respeto... —Me murmura, atenta a como cae.

—¿Entonces a los rayos y truenos? —Insisto, apoyándome contra la misma pared del umbral y sin dejar de mirarla.

Sin embargo, la suya se pierde en el chaparrón frente nuestro.

No tengo idea si a mí, me habla o a ella misma.

Pero su voz apenas audible, susurra sincera y hasta con una leve sonrisa en sus labios y lejos ya, de su rabia contra mí de hacerla enfadar a mi placer.

Y hasta juraría, que como jefe de ella.

Solo, como hombre y hasta en los mejores de los casos, un amigo.

Y mi mente, se fastidia ante esa conclusión.

—Los truenos y rayos ahora me dan temor, justamente a causa de eso... —Me dice.

Y empiezo a comprender.

Carajo.

—¿Le tienes pánico al agua? — Y sus mejillas, toman rubor al escucharme.

Y sonrío, porque la hacen linda.

Pero, dejo de sonreír ante el motivo.

La cierta vergüenza, de confesármelo en su silencio a su fobia.

Y mi mente vuelve anoche y ya en el pen y como mis hermanos me comentaron, uno por salvar a ocho de la tormenta y por culpa de su zapato en la calle.

Para luego confirmarlo Tesar, por contarle la misma Aurora cuando se detuvieron por comida y llevarla a su casa.

Pero, una risita dentro de su tristeza se le escapa.

—Puedo con ella... —Dice señalando la lluvia de afuera con su barbilla, pero manteniendo sus brazos cruzados y como si estos, la protegieran de ella. —...debo aprender a lidiar ,ya que es propia de la naturaleza, ¿no? —Me mira sonriendo, mientras afloja sus brazos para que sus manos acomoden mejor su largo pelo negro y suelto detrás de sus orejas.

Y yo, envidia esos dedos.

—...gracias a ese infortunio años atrás, conocí al hombre de mi vida... —Larga de golpe y mostrándome un anular izquierdo vacío de una alianza.

Continuo y sin dejar de sonreír, empujarme juguetonamente con unos de sus hombros.

¿Y eso?

Seguido después a suspirar muy fuerte.

Y sin más.

Lanzarse a la lluvia, bajo mi intento que no lo haga por ese pánico latente.

Y carajo.

Juro, que no entendí ni mierda.

Pero sobre mis potenciales hipótesis y regresando a donde mi hombro se apoyó momento antes.

Me limito también, en ver como ocho con pasitos apurados y cruzando el gigante predio en dirección al Holding, lleva sus manos sobre la cabeza y como si eso, la protegiera de la intensa lluvia.

Largo una carcajada, que hasta mis empleados voltean a verme.

Si, si...a veces río.

Y mis preguntas, nacen.

No debe tener más de 26 años.

Creo.

¿Entonces, eso ocurrió hace poco?

¿Por lo tanto, tiene novio?

Gruño.

—Más bien, un prometido... —Farfullo y me limito a asentir para mí, mismo con mis pensamientos y aunque sin estar muy seguro de lo que quiso decir.

Mi turno, de morder mi labio y mirar el techo.

Genial.

Simplemente, genial...

Capítulo 14



Focalízate Aurora, me dije ya dentro del Holding y saliendo del ascensor al piso 30.

Marcia me da unas documentaciones para ordenar, cual agradecí para despejar mi mente que todavía no termina de comprender.

Rayos...

Me siento en mi lugar y mirando fijamente la pantalla de mi computadora y como si esta, tuviera la respuesta del universo.

¿Por qué, mencioné a Joviano mi mayor pánico?

Es algo, que no quiero que se sepa.

Ya que.

Oculto mi rostro con mis manos.

Ay, no puede ser...

Me avergüenza y mucho.

Putita fobia que no puedo y ni pude superarla, con casi tres años de terapia.

Consiguiendo como único logro, que acepte la cae del cielo como algo de la madre naturaleza y a base de mucho coraje.

Y que en época veraniega y vacacional, solo mire a un par de metros de distancia la jodida y por lo que parece, disfrutable playa con su arena, sombrillas, olas y sol.

Porque, en solo pensar en mis pies apenas mojados por estar a sus orillas.

Siento pánico.

Como que, algo se derrumba en mi interior y esa infinidad de agua, me consume.

Me atrae.

Y que quiere llevarme a lo más profundo de ella, para apoderarse de mí.

Seguido de un escalofrío, que comienza a recorrerme sobre mi miedo palpitante y que crece, causando que me cueste respirar y necesite aire.

Mucho, de este.

Y hasta el punto, que siento que muero ahogada.

Pero no, por la jodida agua.

Sino.

Por falta y necesidad de ese mismo oxígeno.

Y sacudo mi Cabeza, ante el recuerdo agolpando mi mente de esa nefasta vez.

No.

NO.

Mi mano algo temblorosa, busca mi taza con algo de té junto a mi libreta de anotaciones y bebo pequeños sorbos.

Me prohíbo pensar en ese día, intentando que mi cerebro no emita imágenes de lo ocurrido.

Y como siempre, cuando esto ocurre.

Suspiro largamente.

Lo contrarresto.

Y ya, una leve sonrisa aparece de felicidad en mis labios.

Con la imagen, del amor de mi vida.

Sip.

Paradójicamente, ese día cruel para mí.

Conocí al hombre que va ser mi futuro marido.

Observo mi anular, vacío de una bonita alianza de matrimonio y con cierta nostalgia, por el recuerdo de esa golosina.

Por ahora.

Ya que, sé que aparecerá en cualquier momento con ella y formaremos una hermosa familia.

Y se me escapa una risita, mientras abro las documentaciones y comienzo con ellas.

TESAR

—¿Estás de acuerdo? —Denicio me consulta, dentro del ascensor cuando le devuelvo la carpeta.

Uno personal y de fin exclusiva, que el viejo mandó instalar para su uso y ahora el favorito de mi hermano, por la capacidad de un viaje directo del estacionamiento del subsuelo a cualquier piso y sin la necesidad de abarrotamiento de gente en el interior por activos.

Mis manos, se golpean entre sí.

—¡Vamos por ello! —Lo confirmo feliz.

—Solo falta, la aprobación de Joviano... —Murmura, mirando la hora de su reloj.

—El cabrón, está en camino. —Le digo recibiendo en ese instante un mensaje de él en mi móvil, cual tras una ducha, los tres en la oficina.

DENICIO

—Bien. —Toda mi respuesta al salir del ascensor y caminar por la recepción.

Y maldita sea.

Lo que hago a una determinada hora de la tarde, llegando al final de jornada.

Me obligo ahora y sin siquiera, ser las 8h de la mañana.

Aflojar.

Con disimulo, obvio.

Pero, aflojarlo en fin.

Mi puta corbata que llevo puesta y con la seria posibilidad, también de los primeros botones de mi camisa de vestir.

Por la jodida falta de aire, cuando veo a ocho tras la mesa de recepción y en compañía de Marcia.

Mierda.

¿Tanto efecto produce en mí, esta mujer?

Quiero evitarlo y me exijo a no mirarla a sus ojos y me desahogo, con mi vista fija en la carpeta que tengo entre mis manos.

Cualquier cosa, menos a ella.

Porque, son del tipo gitano.

Oscuros y profundos, que atraen.

Mucho.

¿Color mágicos, existe?

Supongo, que no.

Pero, se los dejo a su criterio y me den una devolución luego.

—Hola, ocho... —La voz llena de familiaridad de Tesar y con ese encanto muy de mamá, suena.

Y sí, lo que imaginan también.

Apoyado otra vez de esa forma holgada sobre la recepción, mirando con descaro y cariño a Aurora.

—...señor... —Solo musita.

—...Tesar. —La interrumpe mi hermano. —¿No lo olvidaste, no? Solo Tesar... —Le murmura, descansando más su barbilla en su puño el muy puto, causando que le ruede los ojos.

Lo que no puedo descifrar, si entre enojado o divertido.

Pero logra que ocho sonría, con cierta vergüenza por encontrarme presente.

Ya que el cambio de su postura, continuo a sus ojitos gitanos puestos en mí, me lo dicen.

Nena, no me mires así.

Que estoy a 2.0 segundos, de mandar todo a la mierda.

Desalojar el piso con hermano incluido.

Y solo ser, tú y yo.

Y con esa pared como todo complemento detrás tuyo y contra ella.

Miro su silla, con cariño.

Sonrío.

Y tal vez después, con ella también.

Yo sentado y con ocho encima.

¿Se entiende, no?

Bien.

—Ok...Tesar... —Su voz nombrando a mi hermano fuera del protocolo y del ascensor abriéndose para aparecer Joviano, me saca de mis pensamientos.

—Hermanos, Marcia, ocho... —Nos saluda llegando.

Ya no hay aceite, tanto en ropa como manos y su pelo aún húmedo, acusa su ducha reciente mientras alisa el cuello de su camisa como del traje que lleva puesto al igual que nosotros.

AURORA

Ya sé.

Pensarán que soy una babosa.

¿Pero quién no, cuando tienes a tres sexis hombres frente tuyo?

¿Y encima, tus jefes?

Disimulo este nerviosismo que siempre son ellos dueños, simulando que estoy frenéticamente ocupada acomodando unas hojas, mientras siguen del otro lado y frente de Marcia como mío.

Carajo.

Uno, un ángel vestido de traje gris, pero de tonos claro y que con esa sonrisa angelical, solo falta y promete.

Y yo quiero estar presente, cuando ocurra.

Que enormes como blancas alas broten y salgan de él, para expandirse suaves y armoniosas tras su espalda.

Mismo rostro a su lado.

Pero, el demonio.

El Satanás en persona.

Tan jodido y bastardo, como caliente.

Y lejos de su pagana, pero pecadora imagen de sus prendas con aceite y grasa de motor, incitando a que tus nuevos mandamientos sean los capitales.

Ahora vestido de traje también, pero llevando uno de un azul claro y contrapesando el pulcro blanco de su camisa.

Haciéndote dudar por su postura.

Una relajada ahora, mientras relee el contenido de una carpeta que le alcanzan pareciendo un angelito como Tesar con ese rostro clonado y pelo castaño, algo húmedo y denotando una calma absoluta.

Pero a mí, no me joden.

Porque pese a esa singular tregua de momentos antes y que me dio en su taller.

Arrugo mi ceño.

Yo sé, que oculta cuernos del demonio.

Y mi mirada, ahora se posa en el tercer clon.

La balanza.

El término medio, de ambos hermanos.

Serio.

Muy serio.

Y aunque, transmite sobre su traje oscuro arrogancia y poder con una mente llena de exigencias.

A su vez en esa mirada tan igual que sus hermanos, hay matices de ternura como certeza y más, cuando habla.

—¿Qué opinas? —Esa seguridad en su tono de voz y que mencioné antes, consulta a Joviano cuando termina de leer.

Y este, rasca su jodida mandíbula.

Llena, marcada y al igual que sus clones, totalmente incitadora a acariciar.

—Me parece bien... —Responde, mientras los tres se giran y se dirigen a la oficina.

Pero Judas, voltea sobre su hombro y me mira.

En realidad los tres, mientras me lo pide Lucifer.

—Ocho, otro café por favor...

Y carajo, con sus miradas y ese triple hoyuelo izquierdo devastador que tienen y aparecen en simultáneo, por sus medias sonrisas.

—Sí, señor... —Digo volteando a la cafetera y en busca del café secreto, oculto y Colombiano bajo la mesita.

Y agradezco, que les pueda dar la espalda al trío Mon.

Porque mi pecho palpita y obligo a darle palmaditas, cuando una increíble conclusión azota mi mente, mientras preparo la taza como el agua caliente en la cafetera.

No.

No puede ser.

Y quiero reír a carcajadas.

¿Será?

Pero esta, ni siquiera asoma en mis labios.

Perdedora total en ese intento de risa, mierda.

Y muerdo mi pulgar sin poder creer y pensativa, ubicando la tacita de café y porcelana en su platito mientras vierto el café.

Su aroma fuerte, negro y rico con su punto justo de calor, me colma.

Pero, ni siquiera asoma a que desvele mi mente confusa.

¿O certera?

A las jodidas órdenes que le manda, con cada latido de mi corazón ahora.

Uno muy acelerado, por mi conclusión y pensamientos.

Busco la bandejita y deposito la taza acompañado de unas masas finas, para que degusten y que según Marcia, son las favoritas de los tres.

Y camino en dirección a la bendita puerta de la oficina y dónde se encuentran, con mi conclusión.

Una que mi mente como corazón, me dicen que están en absoluto acuerdo.

Golpeo apenas para luego escuchar la dulce y alegre voz de Tesar, que me dice adelante.

Y aflojo mis hombros como mis dedos de una mano, que sostienen la bandeja y no sabía que las apretaba hasta el punto de ver mi nudillos blancos por la fuerza de mis nervios, seguido de abrirla con cuidado.

Y al ingresar como ver a mis tres conclusiones.

Sip.

Lo que leen.

Tres, pero con un mismo fin.

Desenlace en realidad y más bien emocional.

Mucho.

Que me cuesta creer, pero vigente y latente muy en mí.

Los miro detenidamente a cada uno.

Y mis palpitaciones acelerándose, me lo confirman.

Que me jodí, como dice la leyenda urbana de estos hermanos.

Porque, me estoy enamorando de los tres.

Carajo.

De los hermanos Jo.De.Te...

Capítulo 15



— Невозможно...(Imposible). —Dice sin creer Ariel, ofreciéndome un vaso de gaseosa.

Y le arrugo el ceño.

Porque aunque soy poco tolerante al alcohol y bebo solo cerveza, me vendría bien en estos momentos algo más fuerte.

Pero me eleva una de sus bonitas cejas, señalando por más apoyada en la barra escuchándome y en la mano que tiene un trapo de limpieza, en dirección a un reloj de pared que indica el mediodía y que por sus agujas mi horario de almuerzo finaliza en breve y de vuelta al Holding.

Mierda.

Y me Consuelo, dando un gran trago a mi bebida y juego con los hielos que le puso, como si fuera un jodido whisky provocando que sonría.

—Que sí, es posible... —Respondo a su duda, seguido de suspirar y sin terminar de creerlo yo, por más que se lo afirmo.

—¿Enamorada de tres hombres? —No se lo cree y repite, cuando busqué desahogarme en su bar y me escapé en mi horario de descanso.

Se inclina algo hacia mí.

—¿Y hermanos? —Formula, intentando no reír con ese dejo ruso en mi idioma, que la hace más linda.

Doy otro trago, asintiendo.

—Los hermanos Jo.De.Te. —Deletreo.

¿Hace falta decirle, que son los famosos hijos Mon?

Para nada.

Como lo mencioné hace mucho.

Ariel también conoce la fama y leyenda popular, de mis sexis y calientes jefes.

Popularidad que traspasa tanto los límites de esta ciudad metropolitana, como los países globalmente.

Ya que su padre, el empresario Herónimo Mon y sus T8P, son potencias mundiales y lo avala la Time como Forbes, sin mencionar los millones de seguidores.

—¿Y qué, sigue? ¿Un trío sexual contigo y tipo orgía? —Su carcajada le gana.

—¿Qué? —Calor invade mi cuerpo, por solo imaginar una cama.

Sábanas sobre un colchón, que se pueda coger de miedo.

¿Y los tres a mi espera en él?

Y mi mirada, vuela al techo del bar.

Más bien al cielo.

Inclusive, más allá de este.

Cristo, ni se te ocurra.

Y vuelvo a Ariel.

—¡No! —Digo, con demasiada efusividad.

Ariel me vuelve a elevar nuevamente su ceja, ante mi reacción.

—амлюбимый (Querida), si amas a los tres... —Concluye. —¿Cómo, manejaras entonces, esa parte?

Y gimo en voz alta y dejando caer todo el peso de mi espalda, contra el pequeño respaldo de la banqueta alta que estoy sentada, con mis brazos pesadamente por mis lados.

—No lo sé... —Me siento derrotada.

Pero, me reincorporo ligero ante otra idea.

—Tal vez, es solo enamoramiento platónico...

Y Ariel asiente haciendo a un lado su rubio pelo detrás de sus hombros, para luego acomodar unas botellas.

—Creo, que tienes que resolver a cual amas de verdad дорогой друг (Querida amiga)... —Deja la última a un lado para descansar su barbilla en su puño, pero esta vez pensativa y continuar. —...y el que tu corazón decide, equilibrarlo con tu hombre... —Me recuerda. —¿O te olvidaste de él?

Carajo.

Tiene razón.

Olvidé por completo a mi primer amor.

Que en solo pensar en él, las mariposas en el estómago no existen.

Porque, yo siento helicópteros.

Siempre y solo, para él...

—Estoy jodida, Ariel... —Exclamo por ser tan mujerzuela. —...esto, no es normal... —Chillo desconsolada.

—¿Poliamor? —Saca su propia conclusión, riendo divertida por mi desgracia.

Le arrugo mi ceño y llevando mis manos a las caderas, la miro enojona de arriba abajo.

—Estás despedida como conciencia... —Intentando, no reír como ella.

Seguido de abrazarla por arriba de la barra a modo despedida, por mi regreso a recepción y ser mi amiga querida.

Volviendo, traté de relajarme y suspiré moviendo mis hombros, para sacarme la actitud molesta que traía conmigo y cortesía de mi poli enamoramiento platónicos.

Si es que, eso existe.

Niego con mis manos firmes y cruzados frente a mi pensativa, mientras detengo un taxi en plena calle para que me lleve.

¿Enamorada, de cuatro hombres?

Porque en solo pensar en cada uno de ellos y liderando mi primer amor, algo en mi pecho se expande.

Y aunque las intensidades son diferentes, es el mismo amor en cada uno y mucho.

Pero Ariel, tiene razón.

—Yo debo aclarar esto y saber a cual amo de verdad... —Me digo bajito una vez que desciendo del coche y tras pagar como agradecer, subo las escalinatas de entrada del Holding.

Pero una risita estúpida, se me escapa en pleno ascensor, provocando que como compañeros de trabajo y clientes dentro, volteen a mirarme curiosos.

—Lo siento... —Me excuse, sin éxito de borrarla de mis labios.

Pero sí, logrando callarla.

Santo Dios.

Y ruedo mis ojos divertida ya en el piso 30 y puntual a mi entrada.

Porque, ni que los hermanos Jodete, sintieran algo por mí.

Hice una novela emocional y juzgatoria de todo esto, cuando los jefes ni enterados como implicados están.

DENICIO

Ya con la aprobación y firma de Joviano cual la única que faltaba de los tres, se puede decir que todo está hecho, mientras satisfecho me levanto de uno de los sillones de la oficina y camino con carpeta en mano, en dirección al escritorio para levantar el teléfono.

—Ocho le tiene pánico al agua. —Su voz suelta de golpe eso, haciendo que mi dedo se detenga del intercomunicador, para llamar sea a Marcia o la aludida.

Guau.

Y me giro para apoyarme.

Mas bien, semi sentarme sobre el borde del escritorio, porque tanto a mí como a Tesar su comentario nos llama la atención, ya que hace a un lado una carpeta amarilla de una de las T8P, para prestar más interés a sus palabras sentado frente a él.

—¿Tipo fobia? —Pregunta curioso, seguido de Joviano asentir.

—¿Te lo dijo? —No puedo evitar, también averiguar.

—Esta mañana, en el horario de mi café... —Y nuestras miradas siguen la suya, depositada en el ventanal tras mío.

Que aunque lejos de una lluvia como las que venían azotando, los grandes nubarrones grises persisten y pueblan el cielo.

Y supongo a los tres, viniendo el recuerdo con el suceso de la tormenta de anoche con ocho como protagonista y por la desventura de su zapato atascado.

Y el común denominador de todo.

El agua.

Caída del cielo, pero agua en fin.

JOVIANO

Viendo con mis hermanos por el ventanal de la oficina las jodidas nubes grises, no hizo falta palabras para que los tres coincidamos con la conclusión.

Y por el breve y continuo silencio, de los tres después.

Niego divertido mientras me tiro a mi placer por el largo del sillón, cruzando mis brazos tras mi cabeza de forma relajada.

Y sin importarme, una mierda que se arrugue mi traje.

Miro el techo pensativo.

Por otra cosa.

Para luego, bajar mi vista a Tesar y Denicio.

Cual sé y que no soy al único, que le viene a la memoria eso...

TESAR

La risa me puede.

Y se siente sobre las caras mirándome raro de mis hermanos, pero entendiendo.

Quiero decir algo más, pero la voz de Denicio llamando por el intercomunicador luego de negar divertido, pero ocultando preocupación.

Creo.

Y seguido del sonido después, de un par de carpetas siendo dejadas por él en la baja mesa y frente nuestro, me lo impide.

—La Opening Summer está a días. —Prosigue, abriendo una y de pie frente nuestro, como queriendo cambiar el tema. —¿De acuerdo entonces, con el okey de lanzamiento? —Nos recuerda las firmas de antes.

Y con Joviano, asentimos.

Cada año y con uno más aproximándose el aniversario de las T8P, se lanza con una mega fiesta como operación de festejo.

Alfombra roja, sea para empresarios de reconocimiento público y mundial.

Activos como operarios.

Famosos invitados.

El clan familiar en su perfecta armonía, compuesta de toda la vida por los Mon, Grands, Montero y Nápole.

Incluyendo nuestra hermana Juno con nuestro cuñado Caldeo y Shabanna, al igual que Amely y Constantine con su hijo Cabul, viniendo del África misma.

Y el sello, de todo esto.

Otra risa, se me escapa.

Lo que esperan el centenar de invitados como la siempre aglomeración de paparazzis y reporteros de sus respectivos canales de televisión, haciendo un mega operativo sea por fotos o conseguir la exclusividad de algunas de sus palabras, desde temprana horas del día del evento.

La presencia del viejo.

Cual resignado soporta toda esa mierda, porque pertenece a sus queridas T8P, pero cóctel peligroso por odiar el tumulto como a la multitud de gente y dónde, siempre está vigente su angina de pecho y por ende, mandada al diablo.

La puerta abriéndose tras unos golpes discretos por ocho llevando un anotador de manos, nos hace voltear a ella.

Y yo, suspiro.

Qué bonita, que es...

AURORA

—Pide a Marcia la agenda con los directorios, del planeamiento de eventos. —La orden de Denicio no pierde tiempo, bien entro. —Ella te conducirá en tu primera vez... —Y la seguridad de siempre en su gruesa voz falla, cuando focaliza en mí.

O titubea.

No lo sé.

Pero su semblante tan igual a sus hermanos, señala un gesto que, en algo no está de acuerdo o le preocupa, de lo que sea que vienen hablando.

Para luego, mirar tanto a sus hermanos como a mí, otra vez y proseguir.

—...yo...necesito irme...disculpen... —Excusarse y caminando en dirección a la puerta, abrirla marchándose.

¿Eh?

—...que te indicará como seguir los procedimientos, para llevar a cabo la organización de ella.
—Continúa por su hermano Joviano, tomando el control poniéndose de pie mientras me entrega una carpeta de la baja mesa, para luego las manos en los bolsillos de su pantalón de vestir.

Y la sorpresa me colma, ante la fiesta próxima y otorgándome, no solo la confianza.

Sino, casi se podría decir el control absoluto de como se lleve a cargo, cosa que me hace entusiasmar.

Porque este monumental evento, es de prestigio mundial.

Pero se eclipsa algo, sobre mi ferviente afirmación de poder con ello con la documentación en mis manos y libretita en mano apuntando, al seguir viendo preocupada la puerta cerrada y con Denicio que se marchó de golpe.

—¿Él, está bien? —No puedo, evitar preguntar.

—El rarito de la familia, después del viejo... —Me dice, como pretexto Tesar. —...estará a punto de una migraña marca Acme o venirle la regla... —Ríe y yo, me trago la mía y la oculto con la carpeta y libretita.

—Está perfecto. —Joviano me dice sonriendo ante su broma, pero muy pensativo, sin poder evitar ver que su mano y que nunca sale del bolsillo, juega con algo entre sus dedos dentro.

¿Nervioso?

JOVIANO

Su carita me dice que no entendió ni mierda, la actitud de mi hermano.

Comprensible.

Y sus ojos negros, vuelven y se encuentran con los míos y todas las razones que tenía tiempo atrás, para pelearla por deporte se evaporaron.

Imposible con ese rostro, mientras intento buscar algún indicio del pasado.

Y por eso, la miro sin poder evitar recorrerla con los ojos de felicidad.

Nena.

Hasta Tesar y a mí, si llega a ser así.

Nos cuesta creerlo.

Maldición, todo esto es muy lindo.

Porque, quiere decir.

Y mis dedos juegan y envuelven más, algo que llevo conmigo siempre en los bolsillos y por muchos años.

Y con Tesar, cruzamos miradas.

Ya que, todo indica que siempre fue.

Y para toda la vida, como dijo mamá esa vez.

La esperada ocho por uno de nosotros en particular y lo que jodidamente, ese número coincide siendo un sello para la familia...

Capítulo 16

DENICIO

Las puertas traseras abiertas se golpearon violentamente por mí, al salir afuera.

Necesitaba aire.

Respirar.

Y lo procure aflojando más mi puta corbata, seguido de los primeros botones del cuello de mi camisa.

A la mierda, lo de verse presentable.

Y la fuerza de mis piernas se descompone, cayendo sobre los mismos escalones y con todo el peso de mi cuerpo, contra un lateral de granito que uso como base de apoyo.

Jodida casualidad.

Tomo un fuerte aire.

Jodida y milagrosa, casualidad.

AURORA

Sospechoso.

Muy sospechoso.

Periodo de calma entre dos sacudidas sísmicas de escala 8, es lo que siento.

Y todavía sin entender, por si me lo preguntan.

En la oficina y con los hermanos Jodete.

Yéndose uno no sé a dónde, para luego los dos restantes.

El dulce Tesar sentado tipo dios griego por lo lindo, de forma relajada en el sillón.

Y el engendrado por el mismo culo de Lucifer, aún de pie y mirándome descaradamente y como si fuera.

Les juro.

La primera vez, que lo hace.

Que me ve y presta atención de verdad...

TESAR

Millones de pensamientos y vivencias con mis hermanos, azotan mi cerebro.

Y nostalgia como emoción se adueña de mí, al verlos uno frente al otro mientras me pongo de pie.

Una.

Descolocada y sin comprender nada.

Ignorando lo conocido.

Y Joviano.

Me trago mi risa.

Tipo coma vertical, el muy cabrón.

Porque, todavía no puede creer lo que sus ojos ven.

Dicen que soldado que huye, sirve para otra guerra.

Y por eso doy mi retirada, pero sin antes palmear fuerte su espalda, pero con cariño a mi hermano.

No solo, para que reaccione el muy jodido.

También y porque la verdad.

Nadie perdió.

Me río en voz baja y feliz, mientras me despido de ambos para dejarlos solos.

Ya que, se ganó y mucho.

JOVIANO

No puedo evitar, no mirarla de arriba abajo.

Escanearla de cuerpo entero.

Y sin importarme y bajo la seria posibilidad de que estén en juego mis pelotas a que me las patee, por la forma recelosa y desconfiada como mira a Tesar irse para dejarnos solos.

Oculto mi sonrisa, mordiendo mi labio.

Es hermosa...

DENICIO

—¿Estás bien? —Con una sacudida de hombros para despabilarme, mi hermano me dice sin sentarse, pero flexionado a mi lado.

—Es ocho, de verdad... —No puedo más que murmurar, lo que razono desde que salí de la oficina confundido. —...realmente la ocho...

Yo, me creí toda la vida muy entero.

Completo.

Muy yo.

Cual el control como orden, siempre regía y lo sigue haciendo por mis venas.

Mi sistema.

Sin embargo, nunca me consideré el líder o jefes de mis hermanos.

Pero sí, como el mayor de ellos, pese a ser trillizos.

He inculcar lo que el viejo profetizaba por la familia, como uno de mis mandamientos.

Amar y cuidar.

Pero el yerro que siento, se mezcla con ese aire que sigo sintiendo en mi pecho.

Y no consigo liberar, por más que otra vez con mi mano, lo froto intentando apaciguarlo.

—Yo también, me la quise coger de cuatrocientas maneras diferentes... —Me consuela por la culpa que siento, Tesar en voz alta con mezcla de suspiro y desaprobación, pero aire divertido.

Lo miro sin decir nada, mientras me lo afirma sincero el muy puto y lo inspecciono unos segundos.

—¿Qué? —Le digo y aunque sigue sin tomar asiento, se acomoda mejor con su postura y me

eleva ambas manos, como si estuviera todo dicho.

—Que también, quise tenerla en mi cama hermano... —Explica y aunque su mirada no está en mí.

Más bien, en todo lo que nos rodea.

Sé que sus palabras reflexivas, no están perdidas en el paisaje.

—...yo dije cuando la vimos, que era un bonito siete... —Me mira de reojo y elevando una ceja con inteligencia muy el viejo. —¿Lo recuerdas, no? Un siete... —Me repite.

Recordándome el sábado que íbamos a *TINERCA*, cruzamos a Aurora en el semáforo en el auto los tres.

—...y tú, lo aceptaste dentro de tu concentración de papeles en tus manos... —Prosigue.

Un fuerte aire exhala, concluyendo.

—...y Joviano, en su reserva de siempre... —Me mira. —...dijo ocho tan sorprendido y asombrado como nosotros. —Sonríe feliz. — Porque, puto destino o casualidad, sintió a su ocho de años atrás y podría apostar mi trasero... —Se pone de pie y estira a placer sus brazos, seguido de revolver mi pelo como si fuera crío de cinco.

¿No me jodan?

Mi hermano el despreocupado y libre de pensamientos como la misma música que toca.

¿Me dilucida, este momento?

Se inclina algo, para que yo solo lo escuche.

—...que fue el único, que no tuvo pensamientos sexuales y cama como todo complemento, con ocho. —Concluye y se marcha, bajando los escalones y sin esperar a que yo responda a eso.

Y carajo.

Dejándome solo y con mis propios pensamientos.

Cavilando y replanteándome, esta sensación que siento en mi pecho.

Queriendo entender, porque me estaba afectando tanto todo esto, ya que Tesar tenía razón.

Tanto él, como yo.

Sexo y ocho, entraban en la misma oración desde que la vimos.

Y en Joviano, no.

Para que entiendan.

Después de la adolescencia y ya, con la adultez con mis hermanos.

Disfrutamos de los placeres que da la vida.

Entre ello, las mujeres.

Obvio.

Un deleite, sin nunca formalizar.

Y sea, grupal o no.

¿Cómo, gráficamente preguntan?

Se lo dejo, a su imaginación.

Pero bajo un reglamento de hermandad, que acordábamos y titúlenlo si quieren basado en números.

Pauta que guiaba el poder absoluto y supremo que una mujer, podía regir en los tres.

Y la clave estaba en el significado de tres y determinados números.

Un 1, era amistad.

Un 3, era sexo.

Y un 7, compartible.

Cifras impares como nosotros y donde jamás, entraba en juego el amor.

Porque, para ese sentimiento.

Esa gran emoción.
Y pasión.
Solo, se necesitan dos.
Par.
Dos únicas personas, para ese amor.
Y fuera de todo rango, si nos incluía a los tres.
Pero para Joviano, siempre existió el ocho.
Su ocho.
Número que él solamente y años atrás, denominó cuando a temprana edad.
Se me escapa una sonrisa, al recordarlo.
Conoció a su primer amor.
Y cifra que marcaba la diferencia.
La suya personal...

JOVIANO

<< —¿Listos? —Pregunté esa vez a mis hermanos.

Denicio afirmó con su seguridad de siempre y sin dejar de sostener la sogá con fuerza entre sí.

Y Tesar nos dio el okey, solo con un gesto de sus dedos impaciente, para que de una puta vez comencemos.

Teníamos unos quince años de edad.

Y nuestras media docena de manos sosteniendo la sogá colgada de la gruesa rama de un árbol y uno arriba del otro, tipo masa humana de tres pisos y sobre, unos cimientos de maderas y bártulos que construimos, esa tarde y que, bajo una última aprobación de los tres y Denicio, liderando esa burrada monumental de adrenalina para nosotros, se lanzó por el aire y llevándonos a nosotros encima de él.

Destino final el agua del estanque de casa, bajo nuestros gritos de guerra y risas.

Carcajadas que aumentaron, cuando casi queda sin hombros Tesar.

Denicio se hizo un festín ahogado, por tragar casi medio estanque.

Y yo, me quedé sin aire por aterrizar de vientre y lleno, contra la dura y líquida agua yodada del estanque.

A duras penas por casi asfixiados de agua en los pulmones y por la pesadez de las ropas que llevábamos mojadas, pero entre risas, nadamos y nos arrastramos hasta la orilla.

Y bajo el consuelo de que otras de nuestras andanzas y consecuencia de muchas anginas y paros respiratorios, de papá por nuestras travesuras desde que comenzamos a caminar.

No fueran vistas por él como mamá, por no estar en la casona.

Y ya, una vez tocando tierra firme.

Ese colchón de hojas por tantos otoños y como muchas veces Juno, nos nombró con cariño junto a Caldeo, por tantos recuerdos de su infancia.

Los tres nos recostamos intentando regularizar nuestras respiraciones, mirando el cielo despejado sobre un sol radiante y para recuperar el calor corporal, sin dejar de reír.

Pero, bajos nuestras risas y ya mis hermanos, planeando otra próxima aventura.

El sonido de algo cayendo y fuera de lo habitual como las garzas sobrevolando, las ramas increpando entre sí, producto de la brisa y hasta los lejanos grillos del bosque de casa.

Algo llamó mi atención, causando que me incorpore y me alerte.

Para ver a la lejanía y distancia, del otro lado del estanque.

Continuación y final de nuestro bosque y donde a poco kilómetros, se une a Terra Nostra de

la abuela.

Divisar a alguien, cayendo al agua y luchando por salir de ella.

Y sin perder tiempo y ante Tesar como Denicio, sin entender mi actitud.

Me lanzo en carrera rodeando una parte del gran estanque, para luego sin dudar.

Arrojarme al agua y nadar, para salvar a esa persona.

Alguien diminuto.

Mas bien, pequeña.

Y cuando llego, al rodearla entre mis brazos y contra mi pecho, sobre sus infantiles gritos de auxilio y pánico, la llevo orilla opuesta mientras mis hermanos llegando momentos después, cuando procuro sin soltarla y notar que no desvaneció, que recupere sus pulmones como calor envolviéndola más contra mí.

—¡Toallas secas y algo caliente! —Les ordené, mientras obedeciendo volvieron sobre el camino y en dirección a la casona, mientras le susurraba que todo iba a salir bien para calmarla.

Quietud que viene al elevar su vista y mirarme con sus ojitos negros, limpiando su llanto con un puñito de su mano y yo la ayudé con mis dedos y con suavidad, limpiando sus lágrimas de sus mejillas.

—Todo va a estar bien... —Le sonreí.

—¿Mi príncipe? —Murmuró, con su vocecita infantil.

¿Eh?

—En los cuentos que leo con Ariel, el príncipe salva a la princesa... —Me explica, sin soltarse de mí.

—¿Yo, qué? —¿Pero, qué mierda?

—Pero yo quiero que vengas en auto de carrera, no en caballo...porque, con Ariel vamos hacer pilotas... —Da por hecho y la carcajada me puede.

No solo por su salida, sino porque el color vuelve a sus mejillas y me dice que está bien.

Y aumenta, cuando al llegar mis hermanos y bebe un poco de té caliente que por la Carrera, derramó más de la mitad de la taza Tesar y Denicio, la cubre con algo seco.

—Deberíamos encontrar a sus padres. —Uno de mis hermanos dijo y se inclinó a ella, cual no suelta mi mano. —Esto es una propiedad privada ¿de dónde, vienes nena?

Y u dedito, señaló más allá.

Vértice entre nosotros y Terra Nostra.

La estación de viñedos y por su uniforme escolar, paseo didáctico.

—Deben estar preocupados por ella, debemos llevarla. —Exclamé a mis hermanos y sin perder tiempo y aferrando más su mano que nunca abandonó la mía, atravesamos la campiña.

Y le sonreí por eso, manteniendo sus cortitos pasos mientras cruzamos entre las vides y mis hermanos en carrera, se adelantaron para avisar.

Yo con quince y ella, unos años menor.

Y sin saber algo en ese momento despertó en mí, pero sin poder saber bien qué.

Increíble, pero real.

Porque, yo la había salvado.

Y yo, la entregué a los brazos de un auxiliar y maestros asustados, pero agradecidos.

Cual, se resistió con su corta edad a separarse de mí, llorando mientras se alejaba.

Pero, logró soltarse y correr volviendo a mí.

Hasta donde estaba yo.

Porque para ella, yo era su príncipe salvador.

Y me hizo sonreír más.

Ya que y pese a su corta edad, me había convertido en su primer amor también.

*—Tengo ocho años, pero cuando sea adulta y bonita, voy a buscarte para casarme contigo...
—En su abrazo me prometió con su vocecita en mi oído al inclinarme para recibirla, viniendo los maestros en su búsqueda, con protestas y entre las risas de mis hermanos siendo testigos de mi pedido de matrimonio.*

Y quise como ellos, reír a carcajadas.

Hasta burlarme de eso, por ser solo una nenita de no más de diez años.

Pero, loser total para hacerlo.

Ni una carcajada, por más que lo intenté.

Y culpa de la tibieza líquida que embargaba en mi ser y ante su miradita llena de afirmación como ese fervor a esas fuertes palabras.

Promesa.

Su juramento, cuando grande.

De se mía.

Y sin pensarlo, mientras se la llevaban.

Un.

—Prometido. —Salió, de mis labios también.

Pacto viendo como subía al bus escolar, pero que al escucharlo me devolvió con una sonrisa a través de una ventanilla ya arriba, mientras la arropaban más con prendas secas y sus compañeritos curiosos preguntaban que sucedió y yo, regresé con mis hermanos al estanque y casa, nuevamente.

Pero, encontrando un gran tesoro, recorriendo la orilla y localizarlo entre las piedras y agua .>>

Sin saber, jamás su nombre.

Pero, siendo mi ocho para mí.

Ya que, esa fue su edad cuando la conocí y porque, con el tiempo transcurriendo y mientras crecí.

Mis cogidas, solo fueron lo que demandaba mi necesidad.

Y después de saciarlo con los años pasando y que solo las mujeres que tuve, llegaron al significado siete.

Haciéndome dar cuenta, que en verdad.

Yo, esperaba a ocho y su promesa.

—Las T8P... —Mamá me dijo una vez en la cocina, ante mi confesión de lo ocurrido con la niña y girando para que vea, tras escribirlo en una de sus páginas en blanco, el logo de TINERCA con ese número en una libreta de todo la vida, cual guarda por contener secretas anotaciones de su mayores tesoros.

Nosotros.

Sus seis hijos.

—...sello y número familiar, cual no se puede luchar contra eso. —Vuelve a dibujarlo más grande en la hoja siguiente, mientras me dice con cariño. —Yo encontré a mi ocho... —Señala al viejo que con actitud imposible, lee una revista de moda desde uno de los sillones de la sala, ya que después de su retiro intenta alejarse del control de la metalúrgica y lo que es comercio.

Mamá y yo, reímos.

—...uno perseverante con poder y organización, cual era mala palabra lo que no tenía control, pero con corazón de peluche... —Prosigue. —...pero, que te indica sobre todo hijo, el comienzo

de algo...el camino de la vida y... —Da vuelta la hoja para que ese número en horizontal, me muestra que es el infinito. —...se asocia con el amor a ese sentimiento eterno y perenne, lleno de lealtad y sinceridad... —Sonríe feliz y sin dejar de mirar a papá con amor, recordándome lo que le mencioné en esa revelación, mientras besé su frente.

La promesa de encontrarme, siendo una niña Aurora.

Porque, siempre fue mi ocho y me lo confirmó a la mañana en mi taller, que espera por mí.

Y que, siempre va ser.

Mía.

Porque y sobre su infantil juramento, cual accedí esa vez.

Ahora la miro frente a mí, dejándonos solos Tesar.

Ella me encontró, sin saber que estaba perdido.

Sonríó más.

¿Y lo más lindo?

Que aún no lo sabe y que soy, ese cuarto hombre.

Su único y primer amor.

Me inclino y la beso en la mejilla.

Las ganas me pudieron.

Y me pareció lindo que se estremeciera ante mi contacto, con su cara de asombro y más, al ver que tomando su mano y la entrelazo con la misma fuerza, que esa vez en la campiña.

Linda emoción.

Y bajo, un.

—Vamos... —Le digo con un ademán, para que me acompañe en dirección a la puerta y sonriendo, como que no noté su reacción.

—¿Dónde? —Intenta sacar su mano de mi agarre, avergonzada como detener mis pasos con ella y notar que no solo Marcia.

Sino.

El resto de empleados.

Ven como entrelazadas nuestras manos, caminamos por la recepción.

—Necesito, mostrarte algo... —Solo respondo.

—No puedo... —Se planta soltándose y arrugándose el ceño.

Bonita.

Una mano va su cadera enojona, mientras la otra eleva para mostrarme su libreta de notas y la carpeta de la fiesta aniversario de la empresa.

—...soy la secretaria y ustedes, me asignaron la Summer open...

—Mi culo. —La interrumpo de sus lindos bla bla de secretaria eficiente, dejando esos papeles a Marcia con un guiño de ojo y tomando su mano nuevamente, la llevo en dirección al ascensor bajo sus protestas.

Lo siento.

Pero mi ocho, se viene conmigo.

Porque la paciencia no es lo mío y ya, nunca más.

Voy a dejarla ir...

TESAR

Doy un gran bostezo frotando mi nuca, mientras camino por toda la zona comercial del perímetro que rodea la metalúrgica.

Un leve gruñido de mi vientre cual rasco para apaciguar, me recuerda el ligero desayuno del pen y que no llenó mi demandante estómago, ya a esta hora del día.

Pero el cartel de un bar pasos más Adelante, me seduce ante la idea por un plato de lo que sea antes de regresar al Holding.

Uno...dos...

Tres escalones de la puerta de entrada y mi mano para abrir esta, iluminan mi sonrisa que se expande por casi estar dentro.

Sin embargo esta, se desfigura cuando yo jalo, pero alguien empuja al mismo tiempo del otro lado con más fuerza, provocando que trastabillo haciendo equilibrio entre los escalones y agitando mis brazos tipo pajarito, para evitar no caer en el piso de la acera.

Cual lo hago.

¿Algo más, doloroso?

Imposible.

¿Más gracioso?

Sip.

Por la risa divertida de la rubia escalón más arriba, con una caja en manos una vez fuera y que tras verme como mariposa aleteando.

Y su carcajada se siente media cuadra a la redonda, al ver mi aterrizaje desparramado en la acera.

Pero, que atrevida.

—Eso dolió... —Le murmuro, poniéndome de pie y sacudiendo mi traje.

Me eleva una ceja divertida.

—¿La caída o mi risa? —Me dice sin molestarse a ayudarme, mientras deja esa caja en un contenedor de basura y con cierto dejo ruso en su timbre de voz.

- Auch...que mala... —Digo, tragando mi risa a su linda ironía. —¿Así tratas? —Elevo mi vista a la fachada y frente del bar. —¿A tus clientes?

Se apoya contra el contenedor, resoplando un bonito mechón rubio de su pelo de su frente, que vuela al otro lado.

—¿Что вам нужно? (¿Qué, quieres?) —Pregunta.

Y mi sonrisa, se expande.

—есть. (Comer). —Contesto.

Y logro mi cometido.

Que sonría también, mientras me señala que ingrese a su bar.

De mala gana, pero invitación y sonrisa en fin.

Si, nena.

También sé, hablar ruso.

DENICIO

Salgo del ascensor personal y saludo a algunos activos en el estacionamiento del subsuelo, mientras por celular niego de sus servicios al chófer de la empresa, para conducir yo hasta el pen.

Pero a solo unos pasos de mi coche estacionado en una de las plazas parking vip mía y de mis hermanos, pero metros más adelante y senda contraria.

Me encuentro con Muriel, siendo empujada en su silla de ruedas al ascensor del Holding.

Y por solo, una fracción de Segundo o quizás dos.

Y después de mucho tiempo.

Su rostro levanta la vista y nuestras miradas, colisionan al nivelarse.

Y pese al trecho que nos separaba y par de coches, pasando frente nuestro.

Pude atinar a ver.

Sentir.

Sus labios, entreabrirse para decir una palabra.

Decirme algo.

Pero se lo niego corriendo mi mirada y solo con un gesto de barbilla y a modo despedida pero caballero, reanudar mis pasos al auto desactivando su alarma y frotando mi hombro por una punzada de dolor.

Y ni siquiera.

Prohibiéndome.

Jamás.

Voltear a ella...

Capítulo 17



—¿Qué te puedo servir? —Me pregunta, llegando a la barra.

Miro el bar.

No muy grande, pero pintoresco.

—¿La carta? —Pregunto, tomando asiento.

—No existe, tal carta. —Me responde como si nada, pasando por abajo de la barra y ponerse del otro lado.

—Entonces, lo que tengas... —Conciliador y sonriente. —...con un jugo natural. —Pido.

Y a esto último, voltea y deja de acomodar unos vasos.

Para apoyarse de brazos cruzados sobre la barra y frente a mi muy seria.

Pero antes, elevándose de puntas de pie para mirar por sobre esta, como buscando algo a mi alrededor, seguido a mi otra vez.

Y yo, la miro curioso.

—¿Qué buscas?

—Tus pelotas. —Seria. —Pensé que eras hombre. —Prosigue y señala lo que no rodea. —Princesa, esto es un bar de tragos y buena música. —Sus ojos claros brillan, entre odiosa y divertida. —Para chocolatada y jugos, casa de mamá... —Me apunta con su barbilla la puerta de salida, retomando sus tareas de trabajo.

Y me llevo una mano a los labios mientras la veo irse, tras una puertita vai ven y me los aprieto con fuerza, para evitar una disyuntiva.

Lo que, no sé.

De una suprema carcajada de lo más profundo de mi vientre, por sus desaires o posibles palabrotas mentales por lo arisca.

Pero, opto por lo segundo y mi risa, no se hace esperar acoplándose a la música que suena y colma el lugar.

Hago tronar mis dedos, entre sí.

Lindo desafío.

Y mi media sonrisa de lado, nace.

Showtime, rusa...

AURORA

Sobre millones de advertencias y actos pasando por mi mente, desde desobedecer.

Resistirme.

Salir corriendo.

Abofetearlo.

Y hasta la seria posibilidad, de impedir que me siga llevando con enroscar tanto mis piernas como manos en una de las gruesas como imponentes columnas de la planta baja, cuando salimos del atestado ascensor.

Tipo enamorada del muro y no lo suelto, porque resulta que amo la columna hasta que me deje en paz.

Y por más que, quede para todo el público presente como la loquita del piso y con ello, corra en riesgo mi puesto de trabajo.

Algo me lo impide, mientras me dejo llevar por Joviano y mirándolo paso más atrás, por procurar seguir sus largas zancadas.

Porque, bajo su ancha espalda y ese traje azul que con cada movimiento de nuestra caminata, sus rectos hombros se mueven al compás y perfectamente sincronizados, en dirección a una salida lateral que conduce a la parte trasera del edificio.

La sensación, no me lo permite.

Sip.

Una sensación de dos cosas.

Fortaleza y calor.

La primera, en mi mano y la suya, con el efecto de sentir ellas entrelazadas.

Raro.

Pero, es el toque de sentirla acoplada a la mía.

La piel de ambas juntas y con esa fuerza resultándome pese a su firmeza, una calidez familiar.

Seguido, ese calor.

Y mi mano libre, va a mi rostro.

Por estar intacto y solo en esa porción de mi mejilla, donde él me besó y que sin necesidad de labios, me supo a cálido.

JOVIANO

—¿Es en la factoría? —Me pregunta al ver que sin soltarla una vez afuera, continúo en dirección a mi taller mecánico.

—Primer parada, ocho... —Solo le digo casi llegando, pero con mi vista en el cielo intentando pronosticar el tiempo y que el muy jodido, esté a mi favor.

Una vez dentro, voy directo a la lona que cubre mi motocicleta para sacarla.

Pero sin antes y obligado por eso a soltar la mano de mi mujer, por más que no tenga la menor idea de ello.

Besar sus nudillos con suavidad y con esa acción, ganándome por Aurora una cara más de mierda y desconcierto.

Acosador, lo reconozco.

Pero bonito.

Y detengo su mandada al diablo, elevando mi índice sobre su bonita nariz.

—Tu jornada laboral son de 8h, cual... —Digo mirado la hora.

AURORA

—...falta completar e implica, trámites y mandatos personales fuera del establecimiento para

facilitar nuestras vid... —Me dice y prosigue.

O algo así.

¿Sincera?

No lo pude procesar como escuchar con atención.

Ya que, mi estúpido cerebro solo repite lo que en mi mano prisionera y ahora libre.

Y quedando a medio suspender, frente a los dos quedó.

Porque, la besó.

Otro beso.

¿Entienden?

Segundo beso tierno, pero ahora en mi mano.

Elevo mi vista.

¿No jodan?

¿Satanás es caballero?

Al destapar la motocicleta, imposible que mi ceño no se arrugue, por el recuerdo de mi primer día.

Pero vuelve a la carga otra vez, ese dedo imperativo para que no despotriqué, seduciéndome completamente a chuparlo.

O en su defecto, morderlo por cabrón mientras se quita su saco de vestir y de un gancho que hace el papel de perchero de pared, descuelga una chaqueta de cuero negra, cual se la pone.

—El Jaguar está a medio arreglar... —Señala esa máquina infernal a motor abierto porno de Buena, mientras sube de un movimiento el cierre de su chaqueta.

¿El sonido de una cremallera subiendo, puede ser sexi?

Pues, sip.

Con Satanás Mon, les confirmo que así es.

Se inclina hacia mí, apoyando ambas manos en sus rodillas y poder nivelar nuestras miradas.

—...pero, te prometo la carroza muy pronto ocho... —Me susurra Joviano, muy bajito.

Y entiendo menos.

Pero, culpen a mis babas, porque esa sonrisa escurridiza que se hace rogar de ser completa.

Seguido de que con su saco de vestir quitado, me cubra y obligue a ponérmelo y en silencio pero con cuidado me los abotones, para luego arremangar las mangas hasta que aparezcan mis manos y con ello.

Santa.Mierda.De.Lo.Mas.Hermoso.

Al verlas descubiertas, sonreír abiertamente.

Una sonrisa plena y mostrando, una dentadura no solo perfecta.

Sin, franca y.

¿Feliz?

Que me hipnotiza como me noquea y con eso, algo se activa en mí.

Juro que no tengo idea que, pero es como si en un rincón sin uso de mi cerebro y conectado a mi corazón.

Una ventana, se abre de par en par.

Y con ello, aire.

Mucho de él.

Y que por entrar, algo se expande en mi pecho golpeando fuertemente mi corazón y sacudiendo un destello de algo, en mi cerebro.

Por intentar, evocar algo.

No sé, que es.

Pero mi interior a gritos, me dice que así es.

—Prometo un viaje rápido... ¿Viaje? ...y que no va a llover, ocho...

Estaba nervioso pese a su grado de confianza, mientras lo veo montarse en su motocicleta y a horcajadas y de una patada, saca el pie de apoyo de ella para arrastrarla hasta donde estoy.

Porque y aunque, lo que me dice es de cortas palabras, la siento profunda por nombrar el agua.

Mi pánico.

Y yo, me siento abrumada.

Porque mi jefe.

Este hombre, devastador ahora.

¿Será?

Me mira como si fuera, lo único de este mundo.

—Ocho, arriba... —Me ordena, palmeando el asiento y apartándose un poco, para que suba tras él.

Y carajo.

Porque esas dos únicas palabras.

Número y sinónimo juntas, me parece lo más erótico que escuché en mi vida.

Pero no doy mi brazo a torcer, por más que siento mi braguita húmeda.

—Entonces ¿es por trabajo, no? —Sospechosa y mirándolo de reojo, cruzándome de brazos.

Y esa jodida sonrisa completa, vuelve.

—Para toda la vida, ocho. —Me asegura.

Y auch con esa seguridad que me hace más insegura, maldita sea.

Y bendito mi corazón que da otro vuelco por mas recelo a todo esto, cuando me monto detrás de él, pero con cierta distancia y reacciona, mascullando una protesta por eso mientras me pone un casco y me atrae más a él.

Porque sus manos, toman mis brazos para que lo rodee completamente y todo mi cuerpo, se pegue a su espalda.

Y otra vez, esa sensación ante su contacto.

—¿Lista? —Solo dice, al sentirme abrazada completamente a él. —Siempre, unidos ocho. —Suspira esa orden, mientras se pone su casco.

¿O una dulce advertencia?

Y tirando mis hombros atrás, le digo.

—Si. —Contagiándome por su felicidad y también.

Convencida a donde sea, que ese viaje es.

DENICIO

—Carajo... —Maldigo al introducir las llaves en el contacto, pero sentir mis bolsillos vacíos de la tarjeta del pen.

Tiro mi cabeza contra el respaldo de mi asiento, mirando el techo con un resoplido.

En la oficina del viejo.

Y me lo confirma Marcia, cuando salgo y me encamino otra vez al ascensor al llamarla.

Demonios.

Y todos los diablos juntos, cuando al llegar al piso.

Marcia y al ver mi rostro curioso, ante la puerta de la oficina a medio cerrar.

Solo levemente abierta, acusando que alguien hay dentro.

—La señorita Muriel, esperando... —Me dice.

Y mis hombros se desinflan, al escuchar su tono de voz.

Ese tono, de voz.

Que toda mujer tiene y viene tipo manual bajo el brazo que es maternal, consejero y sin necesidad, de lazo sanguíneo.

Demás decir.

Rayos.

Acertados.

Porque Marcia se podría decir que tiene años, casi como la misma fundación del Holding.

Y con ese tiempo y entre esa guerra divertida con mamá de amenaza de arrancar sus extensiones, sumado a ser testigo casi familiar de la cuna de mis hermanas, seguido después de la nuestra con Tesar y Joviano.

Conoce cada célula de nuestras vidas y movimientos, permitiéndose ese lujo bajo siempre esa rectitud que toda ella es y ejerce, en permitirse ciertos juicios de opinión y negarse a hacer algo.

Como ahora y por eso la miro odioso, pero implorando que no me deje con Muriel, bajo su risita retirándose con algunas carpetas en mano, para llevar a algún piso.

Y dejarme, aprovechando mi regreso.

Que yo, me haga cargo.

Mejor dicho.

Que de una jodida vez, ya resuelva esto.

Y lo hago con cada paso que doy, como si todo el peso del universo lo cargaría encima y al tomar para entrar y abrir completamente la puerta, mi tiempo en respirar profundamente.

¿Por qué, preguntan?

Simple.

Porque, después de mucho tiempo y solo un par de metros, nos va a separar.

O mejor dicho, nos va unir.

Ya que con Muriel, mucho que nunca estábamos en una misma habitación y nuestro límite, cuatro paredes.

Encerrándonos.

—Joviano no está y dudo, que regrese... —Toso y digo a modo saludo, simulando que busco un libro en la pequeña biblioteca tras el escritorio, luego de encontrar la tarjeta de ingreso del pen.

Lo que sea, antes que mirar a su rostro pecoso.

—Ohh... —Susurra y maldición, con su voz.

Una triste.

Muy triste.

Y mi corazón se descompone, porque es a causa de no verlo.

—Dijo que tenía algo para contarme y por eso, pedí que me trajeran... —Se sonríe mirando su celular entre sus manos, pero niega. —Mi culpa, nunca le avisé que vendría...

—...porque él, siempre te espera... —Suelto acusatorio, terminando la oración por ella.

Y lamento decir eso, ya que levanta la vista al escucharme, y no le toma mucho tiempo pensar en lo que me refiero.

Pero, estoy equivocado si pensé que al alejarme, esto dejaría de doler y al desobedecerme, mi vista se clava en Muriel.

Y tan cerca.

Porque siento esa misma sensación de cuchillos en el pecho, con sus ojos llenos de dolor mirándome.

Y mi garganta se cierra, impidiendo que trague saliva y me duela hasta respirar.

Fue demasiado.

Por no perdonarla, aún.

Siendo, un jodido bastardo.

Y mis cejas se bajaron como mis ojos pensativos y arrepentidos, por semejante burrada.

—Lo siento... —Susurro, sincero.

—Yo soy, la que lo siento de verdad Denicio... —Su siempre voz tierna, me hace elevar mi vista.

Y miro la oficina, solo con nosotros dos.

—Le dije que se fuera, pensando que Joviano estaría acá o en el taller... —Responde ante mi duda, de no ver a su padrastro con ella o afuera en la recepción esperando. —...y merece, un poco de vida con mamá... —Su sonrisa es triste. —...por más, que me ama como a su propia hija...

Y yo cierro mis ojos, por lo que voy a decir.

—Ni Tesar, ni Joviano están. —Repito. — Yo, te llevo Muriel. —Los abro, dejando el jodido libro de excusa y guardando la tarjeta en un bolsillo de mi saco de vestir.

Y los suyos se iluminan, al igual que una tímida sonrisa feliz, después de mucho tiempo.

Recordándome, los tiempos de su hospitalización.

Paseos por el parque, para renovar aire.

Sus progresos como fracasos.

Pero jamás, dándose por vencida.

Y con ello, regresando esa ganas y nostalgia, de acurrucarme en sus brazos como antes.

¿Qué tan ridículo, era eso?

Si solo de escuchármelo, quiero agarrarme a patadas mentalmente.

Pero mierda, sí.

Quiero tocarla y sentir sus brazos, de nuevo alrededor mío.

Y tengo que usar de todo mi control, no solo en desechar esa idea y contrastarla.

Sino, también.

Al darme cuenta y por fin entendiendo esa sensación de falta de aire en mi pecho y afectándome tanto, momento antes en la escalinata con Tesar hablando.

Que, no solo es por esa culpa de que Aurora sea la ocho de nuestro hermano.

En realidad, es por Muriel.

Y porque, pese a su rechazo años atrás.

Y no puedo evitar, sentir otra punzada de dolor en mi hombro lesionado ante el recuerdo.

Que sufra, ya que la sigo amando como la primera vez.

Y haciendo unos pocos pasos, llego hasta ella y con cierto aire también tímido y hasta pidiendo permiso, tomo su silla para empujarla fuera de la oficina.

Donde nos recibe, ya una Marcia de regreso.

¿Casualidad, dicen?

Nahh.

Mujer astuta y con sonrisa de sabiduría, por años con el mejor mentor.

Si.

El que piensan.

El viejo.

Y por eso, sobre la sonrisa de Muriel a modo saludo de despedida y ante su levantada de ceja como mía silenciosa, que caí en su trampa.

Me dirijo al ascensor, con su sonrisita de satisfacción a mi espalda.

Mujer sabia.

Para luego, al subsuelo del estacionamiento y abrir la puerta del acompañante.

—Yo, debo...

Mierda.

No sé, ni cómo justificar mis brazos en ella, para subirla al coche.

Pero los suyos extendidos en el acto, lo hacen por mí.

—...bien... —Atino a decir, producto de mi nerviosismo y disimulando una dura respiración que necesito y flexionado como con cuidado, rodeo su espalda como abajo de sus piernas y falda, con mis brazos con ternura.

Y los suyos no se hacen esperar, para rodear mi cuello y electricidad en todo mi cuerpo.

Jodida electricidad pero de la linda, que siento y como la primera vez que la alcé, no solo el día de ese nefasto accidente y cuando, usando de toda mis fuerzas por estar el coche volcado y dado vuelta que la tenía atrapada a ella como su padre prisioneros.

También después, cada día y de cada mes de su recuperación, cuando lo hice acompañándola con su madre.

Y pese, al tiempo interrumpido.

La miro, mientras la llevo a su asiento.

Vigente y latente.

Siempre.

—No la lleves... —Me murmura.

¿Eh?

—¿Qué cosa, nena? —Pregunto, deteniéndome sobre mis pasos.

Y su cabecita se apoya sobre la base de mi cuello, suspirando.

—La silla de ruedas, Denicio... —Siento que me habla, acomodándose más en mí, y provocando que su pelo.

De ese rojo natural que siempre idolatré y hasta hubiera hecho un templo, para mi placer absoluto.

Sienta el aroma a su champú de flores por tan cerca.

—...hoy solo quiero sentir, lo que luché por años no hacerlo... —Susurra. —...tus brazos...

Y yo, veo nublado por las lágrimas.

Pero, de felicidad...

Capítulo 18



Un plato con un par de porciones de pizza, se desliza por la lustrada barra y hasta donde me quedé sentado.

—Lo siento... —La rusa se disculpa, ante mi ceja levantada y viendo lo que me ofrece. —...lo único que hay. —Señala, un reloj de pared. —Horario de cierre, todavía...

Ok.

No es que se disculpa.

Su linda cara de mierda como sus palabras, me dicen que me joda y me conforme con lo hay.

Por eso, intento mirar con cariño esas porciones anémicas de pizzas, intentando averiguar de que fecha datan.

¿De ayer?

Pincho con el tenedor, lo que parece sospechosamente el queso.

¿Tres días?

Y una mueca de satisfacción cuando al hacerlo, ese sospechoso queso muy duro, no atacó mi tenedor.

Bien, no tiene vida propia.

Y como Dios manda agradecido por el plato de comida, levanto la primer porción para calmar mi famélico estómago.

—¡Quieres parar! —Detiene mi mordida de un manotazo y haciendo a un lado las pizzas.

Me mira raro.

—¿Ibas a comerlo? —La rusa, no se lo cree. -¿En serio?

¿Eh?

¿Era joda?

Me encojo de hombros y ella me rueda los ojos, volviendo a cruzar esa puertita vaivén llevándose el plato.

Regresando unos minutos después con otra cosa.

Una batea, con пельмени.

Una comida típica rusa y muy parecida en apariencia a una pasta tradicional.

—Como te dije, es un bar de buena música y tragos. —Sostiene, mientras me ve engullir el

primero.

Y no puedo evitar, gemir de placer.

Porque su sabor inconfundible a cordero y cerdo, me dice que es un verdadero *pelnyan*.

—Entonces, esto era tu almuerzo... —Digo ante su justificativo.

—Parte de él. —Me dice.

—Gracias.

Buena chica.

—Eso a Dios. —Me responde, dejando junto al plato un vaso de agua helada y extiende su mano frente a mí. —Son diez dólares con la bebida.

Disculpen, me corrijo.

Mala chica.

Y mi mano, va al pecho.

—¿Me cobras tu almuerzo?

Señala el lugar.

—¿Es un bar, no? —Me informa. — Tú, cliente y yo propietaria...

Y mascullo algo que no llega a sus oídos, mientras tanteo por mi billetera en mi pantalón.

Y por no encontrarla, palpo en los otros intentando encontrarla.

—¿No jodas? —Su ceño se arruga. —¿No tienes para pagar?

Y al no hallarla, niego.

Incluso, notando que olvidé en la oficina hasta mi móvil.

Y un bufido extraño, sale de ella.

Seguido de no poder creer, mirándome de arriba abajo mientras sigo con la apetitosa pasta.

—¿Vistes bonito y eres algo así, como un vagabundo sexi? —Le cuesta creer y toma mis manos, provocado que la que tiene mi tenedor con la comida le cueste llegar a mi boca por más que lo intento, por sostenerlas y mirarlas con detención. —¿Santo Dios! Si no solo lo pareces, tienes hasta manos de princesa. —Las suelta después de notar la suavidad de ellas y yo feliz, porque pude engullir mi amado *pelnyan*. —¿Sabes, lo que es sostener una herramientas entre tus dedos? —Me pregunta curiosa y asombrada.

Y rasco mi mandíbula, intentando hacer memoria.

Nada.

—Tal vez a mi hermano alguna vez, le alcancé alguna...no sé... —Murmuro, poco convencido.

Y sus manos van derecho a sus caderas y otra vez, resopla ese mechoncito rubio fuera de su frente.

Postura, que tensa su cuerpo.

Sonríe.

Y ni hablar esa camisa a cuadros que lleva, causando que se ciña más su tela a su figura y aprecie un bonito par de tetas de talle generoso.

Me trago mi suspiro.

Porque es muy bonita, sexi y enojona.

—¿Y cómo piensas pagarme princesa, porque no vivo del aire? —Suelta.

Y yo, medito.

Mucho.

Y vuelvo a sonreír.

—¿Sexo desenfrenado? —Juego con mis cejas, conciliador.

Me estrecha los ojos.

—Vete a la mierda, Говнюк...(bastardo). —Blasfema.

Y yo, suspiro otra vez.

Pero que decepción.

No le agradó tanto como a mí, el pago.

Y por eso, pienso en otra opción masticando y mirando el pintoresco bar.

Hasta que me pongo de pie dejando el cubierto, por algo que llama mi atención y voy en su búsqueda.

Un folleto pegado entre varios, en un sector de la pared y al lado de un pequeños espacio con tarima, que supongo que cumple el papel de mini escenario para Karaoke.

Y aunque sigue con su postura *Te.Odio.Y.No.Se.Porque.Te.soporto.* su mirada celeste, la siento clavada en mi nuca cuando camino, seguido después en mi rostro y como si me tocara físicamente al regresar elevando el dichoso anuncio.

—Aquí dice, que solicitas números musicales en vivo en las noches... —Me señalo. —...yo me ofrezco por un plato de comida y la gaseosa... —Ya que jugo no hay.

Me vuelve a elevar, su ceja sospechosa.

—¿Eres pobre?

—Si. —Digo sincero.

Y realmente no miento.

Porque soy pobre de cenas, ya que mis jodidos hermanos ninguno cocina en las noches.

Denicio por su estado atlético, solo toma algo ligero con un suplemento vitamínico.

Y Joviano por lo general a esa hora de la noche, está en su taller mecánico de *TINERCA.*

—¿Y sabes tocar, algún instrumento? —Mujer de poca fé, pero sonrío.

—Algo... —Solo digo.

Piensa.

Y sigue pensando.

Hasta que al fin, asiente.

—Ok, pero... —Me eleva su mano. —...estarás en un periodo de prueba... —Negocia.

Y yo agarro esa mano, para estrecharla y tomándola por sorpresa.

—Hecho. —Acepto y sintiendo para mi asombro, cosquilleo entre la suya y la mía.

Epa.

Y me gusta, más todavía.

Eléctrica la rusa.

JOVIANO

Cruzando la ciudad, llegamos a la carretera nacional.

Pero solo tomando parte de esta, por su lado Este como siempre y para ir a la casona.

Para luego en la siguiente intersección y por una rotonda, doblar en un camino secundario y paralelo a la ruta principal.

He ingresar a una zona que a pesar del tiempo, se mantiene poco urbana.

Como un barrio privado, de casas de diseños exclusivos y dispersas por todo el radio del lugar.

Y bajo mi casco, no puedo evitar ver de reojo a ocho y sonreí, por intentar disimular su curiosidad, de hacia dónde vamos y por qué, la traje conmigo.

Y sentir, por eso.

Como sus bracitos como manos, se aferran y me abrazan fuertemente apropiándose de mi pecho, producto de su ansiedad.

Lindo calor.

Sé lo que piensan.

Error.

No la estoy llevando directo a la casona de los viejos, ya que kilómetros antes y donde la avenida se hace una.

Pongo giro a la izquierda y dirección, como si fuera a *Terra Nostra* de los abuelitos Marleane y Collins.

Pero destino.

Los viñedos.

Y ahí me detengo cuando al ingresar por la entrada al público, estaciono la motocicleta en las gradas de aparcado y junto a unos autos.

—¿Las T8P, tienen negocio con las vides? —Me pregunta, mientras la ayudo a bajarse acomodando su falda y mira con cierto recelo el lugar.

Área que sus ojos me dicen y por más que lucha interiormente contra ello.

Que no le trae, los mejores recuerdos.

Y por eso vuelvo a tomar su mano, sobre sus cortitas respiraciones para volver a modo secretaria ejecutiva.

Ya que, cree que por eso está acá.

—No, ocho... — Le respondo encaminándome con ella, pero pasando el edificio con su bodega e ir por el sector que lleva a los mismos viñedos y punto de unión, de la casa de los abuelos y mis padres.

Pero me detengo y la miro, acomodando mejor el cuello de mi saco en ella puesto sonriendo.

—Yo tengo, un interés que resolver metros más allá... —Le susurro, retomando nuestros pasos mientras busco mi celular y tecleo algo veloz.

HERÓNIMO

—Nena... —Llamo a rayo mientras prepara desde la cocina, un poco de mi jugo favorito en una jarra.

¿Lo recuerdan, no?

Si, ese mismo.

El sospechoso y de color verde radiactivo que mi nena me sirvió en su departamento melocotón, cuando recién nos conocíamos.

Bien.

Esas siguen siendo, mis chicas.

-¿Sucede algo? —Rayo de sol me pregunta, tomando asiento a mi lado y juntos a la mesita de jardín que está afuera.

Tiro mis putos rulos a un lado, mientras le muestro un mensaje del pequeño Joviano, que envió a mi celular y me ofrece un vaso de jugo fresco.

—Dice, que encontró a ocho... —Digo bebiendo un sorbo y sin entender ni mierda. —...y que necesita que lleve la Bugatti al estanque... —La miro de lado y sospechoso. —...el aceite mecánico, le estará haciendo mal?

Y no puedo seguir, con mis serias dudas.

Porque, aparece mi chica de la playa.

Riendo de esa forma tan poco femenina, alegre y que sigo amando, escuchar como la primera vez.

Y como en esa época y hasta treinta y dos años atrás.

Santa.Mierda.

También aparece.

Esa mirada.

La que es mezcla de felicidad e inteligencia, cumpliendo sus planes.

¿Por qué, dicen?

Simple.

Porque poniéndose de pie y dando saltitos de alegría, aparece de uno de los bolsillos de su bonito vestido de flores.

No.

No es ese con estampas de mi abuelita de lo feo que es y recuerdan de años atrás, cual yo guardo como una reliquia.

Sonrío.

Mi mayor tesoro.

Sino, por su libretita de anotaciones celestinas.

Y la miro.

¿Pero qué, mierda?

¿Qué, es eso de ocho?

—¿La numerofilia, existe? ¿Y tiene gustos particulares y raritos, con un número? —Se me escapa una risa.

Ríe negando y tomando mis hombros.

—Te explico en el camino grandulón, hay que llevar a Joviano tu coche... —Me dice con cariño, besando mis labios y ayudándome a ponerme de pie.

Y como hace mucho.

Muchos, años atrás.

—¿Qué haces que me puedes, rayo de sol? —Le digo siguiéndola, como un puto perro faldero.

Y riendo como ella...

AURORA

Respira.

Respira Aurora, me digo con cada paso que damos y nos internamos cada vez más entre los viñedos.

Jodida suerte.

Condenada y meada suerte la mía.

Porque me cuesta creer que el negocio de mi jefe número uno, tenga que ser en la razón de mis pesadillas y miedos, desde hace casi diecisiete años y sin atreverme a decirle que fue acá.

Perra suerte.

Y por eso y hasta involuntariamente mis dos manos aprietan la suya mientras caminamos y cruzamos, el extenso predio de sembradíos de vides que como perlas negras por su redondez y brillo entre los parrales, brillan bajo el sol que ilumina del cielo.

Intento controlar mi respiración, cuando culminando y llegando a su límite abierto, pero otra zona de terreno.

Mis temibles sospechas pese a tantos años ya pasados, se hacen realidad mientras con Joviano descendemos de una cúspide natural, entre arbustos y zona de abundantes árboles.

Para llegar.

Y no puedo evitar, que se me escape un gemido de miedo en voz alta.

Al no solo, divisar el mayor de mis pánicos y enemigo latente.

El agua.

Sino.

Escucharlo.

Porque pese a su manantial de ese color yodado que guardo en mi memoria y es pacífico en su armonía perfecta.

Mis sentidos se potencian escuchando hasta el más leve murmullo de su agua, provocando que mis pies nieguen a seguir caminando y con la seria posibilidad, de que como gelatina y fuera de toda fuerza, desfallezca y caiga rendida al suelo con la amenaza de intensas lágrimas asomen en mis ojos.

Y por eso Joviano me atrae contra él, abrazándome.

Pecho contra pecho.

Y yo, me dejo llevar sin oponerme.

Porque sin saber ni siquiera el por qué, lo necesito y me entierro más en él.

—Hace diecisiete años atrás... —Sin soltarme y envolviéndome más al notar mi reacción, Joviano me habla y con una de sus manos por más que no lo veo y porque mi rostro está hundido en su pecho, siento que señala metros y distancia donde mi cuerpo se paralizó.

Orilla y lado, de ese estanque.

—...con mis hermanos, luego de una jugarreta de las nuestras en el estanque de casa... —¿Eh? —...y ya los tres a orillas de él, algo me alertó. —Prosigue, sintiendo como cruza más sus fuertes brazos sobre mí.

¿Temor, ante un recuerdo y a lo que me va a relatar?

—...sobre el sonido de nuestras carcajadas y empapados por nuestra andanza, como objetivo el agua... —Continua. —...vi como alguien también, pero luchando contra ella se ahogaba...

¿Qué?

Y quiero decir algo, pero mi sistema nervioso no me responde.

Solo reaccionan mis ojos, mientras intento racionalizar lo irracional.

Pero llena de emoción, comienzo a comprender.

Y por eso se empiezan a llenar de lágrimas, cuando lo sigo escuchando sin poder moverme.

—...una niña pequeñita. —Me susurra con ternura. —...que cual al salvarla y llevarla con Tesar y Denicio de vuelta, de dónde se escapó por traviesa. —Suspira regañón y más lágrimas, brotan de mí. —Me juró mientras luchaba para que no la alejen de mi lado, que siendo adulta iba regresar y buscar por mí... —Y su pecho se sacude por una risa silenciosa pero feliz, recordando ese recuerdo y yo, también lo hago bajo mi llanto callado. —...nunca me dijo su nombre y nunca yo, le pregunté tampoco. —Su dedo se apoya en mi barbilla, para que suba mi vista y las nuestras se nivelen. —Pero, me dijo su edad mi nena... —Sus ojos castaños, recorren cada centímetro de mi rostro lloroso y tan emocionado como yo. —...y por eso, eras mi ocho. —Susurra y entendiendo al fin, el apodo. —...prometiste encontrarme Aurora y cumpliste nena, me lo confirmaste en la mañana del taller...

JOVIANO

Ella era linda esa vez y con su ocho años, prometiéndome buscarme.

Ella es hermosa ahora y años después, mirándome con su ojos lagrimeados sin poder creer que sea yo ese chico que la salvó.

Ella es hermosa lejos de esas dos trenzas infantiles, solo con su pelo negro lacio, suelto y algo revuelto por culpa del casco y aún, con sus manos aferradas con fuerza en los lados de mi chaqueta sin soltarme e intentando terminar de comprender.

Ella, es hermosa y punto.

Porque, es mi ocho.

Entendiendo y hasta yo mismo, haciéndolo.

Que la amo.

La amé de siempre, por más que éramos niños.

Y con el tiempo pasando y ahora, estando uno frente al otro ya adultos.

Ese amor nuestro, es verdadero, loco y profundo.

Y por eso, las ganas me pueden.

Acunando sus rostro y limpiando con mis pulgares, sus mejillas húmedas de lágrimas como cuando era solo una niña.

La beso.

AURORA

Gimo en voz alta por lo jodidamente sensual y tierno, que Satanás se ve.

Mi Satanás.

Luchando y sintiendo, que usando de todo su autocontrol.

Porque, sus ansias le podían.

Y reconozco, que las mías también.

En besarme con suavidad.

Pero la fuerza de su presión atrayéndome más contra él, como sus manos que sin abandonar mi rostro, lo delatan.

Siéndome familiar, esa reacción de ternura bruta.

Por venir a mi mente esa misma sensación de calor familiar, del chico que me salvó de morir ahogada en este estanque y me contenía tras salvarme ya en la orilla intentando darme calor.

Pero, con la diferencia ahora.

Sintiendo, sus labios en los míos.

Y sonrío de felicidad sobre ellos y respondiendo con la misma intensidad, rodeando más su cuello.

Una, que aumenta y que por mi sonrisa de felicidad y al entreabrir mis labios, Joviano aprovecha en acariciarme e introducir su lengua y buscar lleno de necesidad la mía.

Intensificando nuestro beso y entre atontada, pero feliz me llena.

Nos llena.

De ese calor tibio colmándonos y tras nuestras caricias, reconociéndonos y buscándonos.

Demandante.

Reclamando.

Y sobre nuestros bajo vientres, pidiendo atención a gritos.

Más.

—Oh mierda... —Gruñe contra mis labios y lleno de lucha interna, cuando su mano bajando por la curvatura de mi espalda y hasta el límite de mi falda, siente sobre una tierna caricia de mi trasero al elevarla un poco con sus dedos.

El húmedo algodón de mi braguita.

Su frente, se desahoga en la mía.

—...carajo ocho, estás tan mojada... —Vuelve a gemir, dibujando con caricias y con un dedo, pero por sobre la tela mojada de mi braga y suavidad, el contorno de mis labios íntimos por sobre la tela y como, intentando memorizarlos cerrando los ojos.

Y suspira profundamente, seguido de besar mi frente como si eso, le diera fuerza.

—...que en este momento, no pueda poseerte... —Reniega con la respiración tan entrecortada como yo, observándome con intensidad. —...no te va a hacer suponer, que espere... —Suelta mi entrepierna y ahoga mi gemido por su abandono, mordiendo mi labio seguido a besarlo sonriendo.

—...porque la paciencia, no es lo mío y a mí, no me gusta esperar ocho. —Huele sus dedos, impregnados con mi aroma íntimo. —...y vas a ser completamente mía, hoy mismo... —Me susurra, rodeándome la barbilla con una mano y frotándomela entre dulce y lleno de promesas

sucias.

¿Qué si los cerebros, también pueden gozar de clímax?

Sip.

Lo acabo de comprobar.

—...soy tuyo ocho y no va a pasar mucho tiempo, sin que me tengas dentro de ti... —Finaliza.

Y mierda.

Porque, es la promesa más obscena.

Mal educada.

Y directa, pero tan tierna y llena de amor que me dijeron.

En realidad, la primera vez.

Lo observo.

Y de mi primer amor.

Ese, que siempre esperé y busqué.

Siendo por las cosas de la vida, el demonio de los tres hermanos Jodete.

Pero, un Satanás que me dice.

Que voy a lidiar, no solo con cromosomas XY posesos y temperamento volátil.

Y esa cierta fascinación adictiva, por el café puro y colombiano.

Muerdo mi labio sonriendo, mientras me dejo llevar otra vez por otro beso.

También, con ese osito peluchón que reina en él.

—Esa tarde me pediste, que no te busque en caballo. —Suelta mis labios pero para susurrarme sobre ellos, recordándome que fue mi príncipe Salvador, mientras continuamos unos pasos y hace a un lado una maleza con su mano, para que pueda ver.

—Me pediste, que lo hiciera en coche... —Finaliza divertido, mientras mi mandíbula se desencaja con un grito de emoción y que intento ahogar con mis manos en la boca.

Porque, Santo.Dios.De.Lo.Más.Hermoso.

A orillas y metros de distancia sobre un pequeño sendero, prolijamente cuidado en su verde césped y desde la lejanía y entre un bosque, se puede apreciar ante una hermosa casona de estilo Toscano a los pies de las montañas.

Una Bugatti Veyron Grand Sport Vitesse, reposando metros más adelante de nosotros.

Miro a Joviano.

¿A nuestra espera?

Y su mano tomando la mía nuevamente, me jala para llegar a ese infierno de coche deportivo.

Abrir las puerta del conductor y señalarme.

—¿Qué? —¿Qué cosa? —¿Yo? —Chillo.

—¿No querías, ser pilota de grande? —Recita divertido, mis palabras de niña mientras regresa a mí, obligando a que camine y subir al lado del conductor, sin antes volver a besar ligero mi boca.

Para luego, rodearlo por su frente y subir del lado del acompañante, cerrándose ambas puertas.

Y mis manos tiemblan de puro nervios y emoción, acariciando el volante deportivo y bebiendo cada parte del interior del auto.

—¿Estás loco? —Decido y niego rotundamente, luego de pensarlo y por más que me duela el corazón por ello. — Yo, no puedo... —Sacudo mi cabeza y haciendo a un lado, mi pelo suelto muy nerviosa. —...no puedo... —Repito y le frunzo mi ceño, por semejante locura.

Una hermosa y sueño cumplido, para mí.

Pero que, no deja de ser una tremenda locura.

—...una simple ralladura. —Junto mis deditos a modo explicativo, provocando que ría el muy

cabrón. —Y no me va alcanzar ni juntando tres vidas con trabajo esclavizado, para pagar ese arreglo.

Se señala, divertido.

—Soy mecánico. —Y le elevo una ceja poco convencida, recordando su Jaguar internado en el taller sin arreglo.

Causando.

Y oh mierda...

Que una sonora carcajada divertida, nazca de su vientre ante mis dudas en su oficio.

Y yo.

Me descompongo de amor.

Porque, es muy linda.

Sincera y endemoniadamente contagiosa, causando que ría también.

Y algo, me seduce completamente.

Su mirada alegre, bajo su risa divertida y provocativamente besable.

El calor de su cuerpo, vestido simple con su pantalón y esa chaqueta de cuero negra, observándolo.

Como el delicioso olor de su piel mezcla de su perfume masculino ya casi siendo parte de mí, por todo el viaje en motocicleta, seguido al momento del estaque por estar unidos en esos abrazos.

Y mi corazón golpea violentamente, cuando inclinados nos buscamos y estrellamos de golpe, nuestros labios nuevamente.

Su lengua se apropia de la mía, en ese desespero por sentirnos.

Jugando.

Y entrelazándose con necesidad, mientras sus manos me envuelven y las mías buscan ese jodido cierre de su abrigo que con mis maniobras, vuelven a sonar bajo nuestras respiraciones aceleradas sensualmente, mientras me deshago de él y vaya a saber Dios, dónde lo lanzo.

—Ocho si no me detienes, no me voy a frenar luego... —Jadea pero en contra a su voluntad, sus manos me atraen y profundiza más el beso. —...voy a poseerte acá mismo y sin importarme que no llevo condón, para que me sientas tan tuyo y cada centímetro de mi pene, enterrándose en ti y recuerdes toda tu vida amor, que tu jodido y puto mundo, solo soy yo... —Me amenaza dulcemente.

Y yo exhalo un profundo aire, soltando nuestro beso para mirarlo tan segura como Joviano lo hace acariciando un mechón de mi pelo suelto de mi frente, ya algo húmedo por mi excitación.

Pero, esperando mi respuesta.

Y solo, me limito a responder tan segura por todo este amor que siento.

Con los primeros botones de mi camisa desabotonando y dejando a la vista, mi simple sujetador mientras con su ayuda de sus manos y agradeciendo que siendo un coche por ser deportivo de solo dos plazas.

Que el asiento deslizado por Joviano más hacia atrás, poder sentarme arriba suyo con un apretado, pero suficiente espacio para los dos.

Y con ello y bajo un gemido de los dos al sentirnos, por arremolinarse mi falda a hasta mi cintura, cual mí mojada y necesitada de atención braguita, choca con la insipiente y dura erección reteniendo sus pantalones.

Nos entregamos.

A nuestros tiempos con cada movimiento acariciándonos, para aprender a reconocernos mientras otro beso, nos vuelve a unir.

Y un grito que no oculto sale de mí, cuando fuera de mi camisa y a la vista para él en sujetador, los desprende para dejarme desnuda.

Y deleitando a su vista y placer, mis pechos desnudos expuestos ante su boca y manos, acariciando como dibujando la redondez de ellas.

Lame cada uno de mis pezones abandonando nuestro beso, para con su lengua trabaje en mí, mordisqueando la dureza de ellos ante su tibio y mojado contacto, provocando que me arquee a su voluntad.

Y bajo su boca amamantándose de uno prisionero, seguir el ritmo de nuestros cuerpos frotándose y solo la tela separándonos.

Uno duro y el otro húmedo.

Pero, presionados y con fuerza buscándose.

JOVIANO

Mi boca suelta su pezón con suave pop y a desgano, mis manos abandonan su cuerpo desnudo, para poder y de un movimiento.

A la mierda, lo botones.

Abrir mi camisa que llevo puesta y dejar mi pecho desnudo para ocho.

Porque, necesito sentir.

Sentirla.

Piel con piel.

Y por más que el diminuto espacio del jodido coche, no esté a nuestro favor.

Nada me iba a impedir, de sentir completa y plenamente a mi nena.

Y mi pene duro y reclamando pista como a su dueña me avala, cuando desabrocho el cinturón como botón y bajando el cierre de mi pantalón.

Y tomando de la cadera a ocho bajando mi bóxer, aparece mi palpitante pene robando otro gemido a mi nena por rozarla y conducirla a su entrada con mi mano, protegida solo por la mojada tela de su braguitas.

AURORA

Una fuerte respiración sale de lo más profundo de mí, cuando Joviano y haciendo a un lado su pantalón como ropa interior, saca su dura erección.

Porque, su pene está tenso hacia el ombligo.

Es grueso y largo, provocando que humedezca mis labios de excitación, cuando su mano lo guía a mi entrepierna y lo siento, intentando entrar en mí, sobre mis bragas haciéndola a un lado.

—Yo...soy virgen, Joviano... —Suelto, bajo nuestras respiraciones descontroladas.

Nuestros pechos desnudos, tocándose y ese cierto aroma que promete algo y que voy a experimentar por primera vez, llenando el interior de auto.

A sexo.

O más bien, lo que su mirada me dice al escucharme, pese a que su boca se abre, porque no pensaba que pudiera decir eso.

Hacer el amor.

Y sus ojos, me recorren sin poder creer.

Pero un destello ilumina su mirada café, hasta subir y llegar a la mía.

Preguntando, algo.

Y sé que mis ojos, le responden algo avergonzada y tímida, pero afirmando su duda.

Y sonrío.

—Carajo, nena... —Me atrae contra él, causando que nuestros pechos colisionen. —...lo que acabas de decir, no lo voy a olvidar nunca y ya, no querré parar... —Besa mi rostro mientras su mano libre de retener mi espalda, empuja más a un lado mis braguitas acomodando la punta de su

pene en mi entrada y yo, resoplo de placer por sentirla por primera vez.

Es suave.

Cierro mis ojos, apoyándome más sobre su hombro.

Como aterciopelada.

Pero dura como el acero mismo y caliente, cuando se empuja apenas algo en mi interior.

—...ocho, va a doler... —Me jura. —...estás segura? —Me pregunta, luchando por no moverse en mi interior.

—Si... —Jadeo y yo por la necesidad, empujo para que entre en mí.

Y mi pecho desnudo se mueve agitado por la gravedad de mi respiración, reteniendo un leve gemido de dolor.

Cual Joviano lo consuela con un beso y guiando con sus manos en mi trasero como espalda, para que se profundice más dentro de mi interior.

JOVIANO

Aurora, es virgen.

Mi ocho, porque sus ojitos me lo dijeron cuando pregunté.

Me dijeron, que era por mí.

Y asombro como sorpresa me conmovió, bajo un cóctel peligroso de otras emociones adueñándose de mí.

Pero, llenas de amor por ella.

Mía.

Y si mis pelotas, iban a explotar de la excitación momentos antes, sin saberlo.

Ahora tenía que usar de todo mi eje de concentración, porque las ganas me podían, pero era su primera vez.

Por eso y reteniendo mi impulso de darle duro, la levanté y poco a poco, comencé a llenarla suavemente.

Obligado a empujarme de a centímetro por centímetro, para que su estrechez.

Una que me estaba volviendo loco por envolver mi jodido pene inflado, activando todos mis sentidos y queriendo, solo perderme en el interior de ella.

—¿Duele? —Jadee, sobre su oído conduciéndome lento y bajo el movimiento de su cadera y la mía, para sacarla y volver a retomar ese camino, que me estaba matando vivo.

Y negó sobre su mejilla en mi pecho adolorida, pero llena de placer por probarme, incitando a que me entierre más en ella y llegar a ese límite cuando profundicé.

Ese jodido y hermoso Himen, que me decía que era mía.

Y ocho, también lo sintió.

He incorporándose.

Sudada y con su pelito, todo revuelto.

¿Les dije que era hermosa, no?

Posicionándose mejor y cerrando sus ojos como lamiendo sus labios, cual no dudé en reemplazarlo por mi boca y lengua.

Tomó el mando y me enterró en ella.

Y sobre un ardor que pude sentir por temblar su cuerpo ante ese dolor, pero que ya nada nos separaba.

Nos empezamos a mover al ritmo de mis manos, ahora apretando por completo sus caderas como trasero, conduciéndola despacio arriba y abajo de mí, sintiendo como su cuerpo montándose, se tensa mientras profundizo más y más en su interior.

Robándonos, jadeos.

Blasfemias, de placer.

Y su.

—...más...más... —Demandándome a que sea más duro y comiéndonos a besos, con nuestras bocas pegadas.

Sus brazos rodearon mi cuello y sus manos se abrieron en mi espalda, reaccionando todo mi cuerpo a ocho y su calor reclamándome.

AURORA

Jodido Edén sentir sus jugosos labios cerrarse en mi cuello y hacerse camino a mis pezones, para chuparlos otra vez con fuerza y sin soltarlos.

La misma que le pedía, entrando y saliendo de mí.

Y gemí fuerte, cuando agarró mi cabello y tironeó de él para mayor acceso, echando mi cuerpo hacia atrás y mi pecho se expusiera a sus labios con sus penetraciones aumentando y encontrando el punto sensible en mí.

Provocando, que no solo que mi humedad creciera, envolviendo y sintiendo como mojaba su duro pene hinchado y se sacudiera excitado, expandiéndose más en mi interior.

También, que ese líquido de mi interior y por mi pronto orgasmo y bajo un suave sonido mojado, experimentara en nuestra unión y con cada embestida de Joviano y yo a su ritmo, se escurriera por nuestros lados.

Obligando sin siquiera, descansar nuestros cuerpos sobre el asiento y empezando a sentir, como el esfuerzo ante el placer a nuestro clímax llegando, mientras yo me entregaba y él me poseía.

Y cayendo rendida ante su pecho desnudo tan sudado como el mío y por las fuerzas de mis piernas, abandonándome.

Estallé en una simetría perfecta y en millones de pedacitos por mi éxtasis, corriéndose mi orgasmo por su erección y nuestras entrepiernas.

Me soltó el cabello para volver a aferrarse a mi trasero y poder profundizar, al sentir mi corrida mojándonos y empujándose más en mi interior, haciéndome ahogar un grito con una mano.

Y se quedó así, pincelando con sus labios parte de mi clavícula.

Por un segundo, sin moverse.

Y con todo su miembro, latiendo en mi interior.

Tan profundo.

Que me hizo temblar y apenas podía sostener mis manos contra su cuerpo y cualquier lugar del interior del coche, para no desfallecer de ese dulce dolor.

Para luego y poco a poco, lo sentí deslizarse hacia afuera muy despacio.

Porque quería, que sintiera cada centímetro de su pene, abandonándome.

Y bajo un suave.

—...te amo, ocho... —Con una corriente enloquecedora de sentimientos, que estaba creciendo en ambos y su voz desvaneciéndose.

Se empujó, dentro mío con fuerza.

Duro.

Retomando sus embestidas y de mi parte diciendo.

—...te amo, jodido Satanás... —Mío y sintiendo, como si nunca fuera a saciarme de él.

Porque con su orgasmo llegando, algo explota en nosotros siendo más que un vínculo físico.

Es nuestros corazones y su mirada en mí, me lo dice.

Nos decimos.

Mientras continúa con su ritmo castigador, bajo mis suaves gemidos.

Sus fuertes gruñidos.

Y sonido de piel contra piel llevándolo a lo más alto, moviéndose fuera y dentro de mí, y llegando a su clímax, estremeciéndose y jadeando fuerte ambos.

Para llenarme con su eyaculación y diciendo mi nombre sus labios.

Y mientras se mueve lentamente, para sacar sus últimos restos y sin dejar de empujarse en mi interior.

Tibio y líquido, me recorre dentro y me aprieta más contra él, como impidiendo que algo de su corrida, fuera a salir de nuestra unión.

Y varios minutos pasan pero nuestros pechos aún se mueven, porque intentamos recuperar aire. Sonrío.

Y por esa dulce adrenalina, culpa de mi singular primera vez.

Abro mis ojos, para encontrar a Joviano tan agotado y transpirado como yo.

Pero sonriéndome con ternura, mientras el dorso de su mano acaricia el contorno de uno de mis pezones todavía endurecidos.

—Eres tan linda, recién cogida... —Me susurra, incorporándose para acercarse a mí, pero manteniendo esa bendita y caliente unión.

Ya un suspiro de rozar nuestros labios.

Y cuando creí, que iba a robarme un beso.

Solo, se entreabre muy directo y sin anestesia, para decirme.

—...cásate conmigo, ocho... —Sonriente.

Jadeante.

Y dentro de su seriedad, divertido.

¡Queeé!

DENICIO

Cierro la puerta tras mí, con una patada y cargando a Muriel en mi brazos, provocando que ría.

Y no lo puedo evitar.

Yo también lo hago, mientras camino a uno de los sillones de la sala del pen.

Mejor dicho.

Al más grande y de varios cuerpos.

Recostándola con cuidado y con ayuda de unos almohadones.

—¿Necesitas algo? ¿Beber o comer? —Pregunto, con un ademán de ir por algo.

Pero su mano, me detiene tomando la mía negando.

—Solo quiero, que permanezcas a mi lado Denicio... —Me recuerda el pedido, de solo mis brazos.

Y lo hago.

Gracias al tamaño como largo de este, me recuesto a su lado.

De perfil ambos y a un roce, que nuestras nariz se toquen.

He imposible que mi mano no vaya a un ensortijado y rojo pelo que hago a un costado, por no permitirme ver bien sus ojos verdes que no dejan de mirarme, mientras lo hago a un lado.

Seguido de acariciar la piel blanca de su mejilla, cual mi media sonrisa nace al notar que se eleva dos tonos de rubor dentro de su palidez, por sentir mis dedos.

Felicidad.

—Estas entendiendo, Muriel... —Al fin hablo, pero muy suave. —...que ya nunca más, voy a permitir que me alejes de ti otra vez. —Le informo. —¿Y que por ese genio tuyo por no escuchar razones, ya no voy a dar mi brazo a torcer?

Sus ojos se nublan por lágrimas que retiene y aunque, no habla mi dulce Muriel.

Porque yo, siempre la sentí mía.

Ya que, mi corazón le pertenecía a la mujer que tenía en frente mío.

A ella.

—¿Y tú, que jamás voy a volver a recuperar la movilidad de mis piernas? —Me susurra llena de dolor, pero sincera. —¿Y hasta darte esa ilusión de que seas padre, en el futuro Denicio? —La primer lágrima, recorre su mejilla.

Y yo la beso, finalizando su recorrido y como si con eso, pudiera tragar por Muriel sus tristezas.

Sus ojos sonríen dentro de su melancolía, mientras su mano acaricia mi hombro lesionado.

Uno, que se culpa también.

Ya que, me lo lesioné hasta el grado de sufrir dislocación de por vida y nunca recobrar su normalidad, por ese día de su accidente.

Por utilizar de todas mis fuerzas y hasta infrahumanas, provocando no solo la diastrofia de mi hueso como músculo.

Sino serias cortaduras en mis manos y brazos por mi energía exigida, contra las desmembradas chapas tajantes del coche, producto de la colisión en cadena para salvarla a ella como su padre.

—Intentas encontrar una tercera mundial, dónde no la hay Muriel. —Solo respondo. —Te conocí así y así, te amé cada segundo y puto momento que compartí junto a tu madre, en esos meses de hospitalización y rehabilitación nena... —Arrullo su rostro que ahora conmigo, lagrimea. —...si un hijo no nos bendice, lo harán lo que adoptemos y empieza a contar hasta un millón, si te hace falta Muriel... —Sonríó entre lágrimas, acercando sus labios a los míos. —...porque, eres la puta horma de mi zapato... —Me confieso entre besos y saboreándolos de vuelta después de mucho tiempo.

Como lo hice aquella noche y entregándonos, esa primera vez.

—...tanto como yo tuyo y luchaste, contra eso... —Finalizo, intensificando nuestro beso aceptándome.

Uno húmedo y lleno de necesidad de los dos.

Pero el sonido insipiente de mi celular, me hace gruñir sobre su risita tímida y feliz cuando atiende, pero ataco su cuello con lluvia de más besos.

—¿Qué? —Gruño de mala gana a quien sea que está del otro lado.

—¿Estás cogiendo? ¿Te corté el polvo? —Tesar del otro lado, pregunta divertido.

Y conociéndolo al muy puto, pegando más el aparato en su oreja por haber sentido las risitas de Muriel.

—Vete a la mierda... —Amenazo con colgar, pero sus gritos que no lo haga me detienen.

-¿Qué? —Vuelvo a gruñir.

—Que dice mamá, que vayamos a la casona ahora... —Repito prolijito y recordándome de chicos, cuando pasaba partes oficiales de los viejos.

Cual me alerta y me incorporo, pero sin perder de vista a Muriel ahora tan intrigada como yo.

—¿Sucedió algo? ¿Ellos, están bien? —Me preocupo.

Y su risa, no se hace esperar del otro lado.

—Los viejos, están perfectos. —Me calma, entre carcajadas. —El que no está perfecto de la cabeza, es nuestro hermano...

—¿Qué pasa con Joviano? —Interrumpo, sin entender nada.

—Que llevó a ocho a la casona y se está desatando una guerra termo nuclear, porque el muy jodido le propuso matrimonio encaprichado como crío y la supuesta cuñada, no acepta...no es genial? —Ríe, entre lágrimas.

Y corto, la llamada.

Y un deja vú de leyenda familiar por haberlo oído muchas veces, se repite y que hace imposible que no sonría.

Las famosas propuestas rechazadas de mamá al viejo, hasta que lo aceptó.

Miro a Muriel divertido y sin cansarme, de acariciar su mejilla.

¿Será, que se repetirá?

Capítulo 19



—¡No! —Digo, intentando no reír de los nervios.

Pero muy decidida.

¿Matrimonio?

Santo Dios, no.

No.

No y no.

Y envuelvo más su saco de vestir que llevo puesto como si eso.

Jesús.

Me protegiera de la tempestad caprichosa, de sus ojos por negarme.

—¡Claro, que sí! —Refuta.

—¡Que no, Joviano! —Digo yo.

—¡Que, si! —Seguro.

JOVIANO

—¡No! —Me vuelve a responder.

Pequeña mierda dura.

La odio.

Mentira.

No la odio.

Pero ahora, la amo odiosamente.

Porque, no me acepta.

Todo, tenía perfectamente planeado.

Sé que su miedo al agua, no se lo iba a sacar de un día para otro.

Pero sí, no solo demostrándole que soy ese muchacho que la salvó y que ella tanto esperó.

Al igual, que yo por ella.

Porque, la amaba.

Mucho.

De siempre.

Y como cierre de toda historia, en el estanque donde sucedió.

Lugar y escenario de ese suceso triste, pero lindo final para ocho como a mí.

Y hasta con las jodidas garzas, revoloteando alegre y a juego con todo esto como cortina.

Mención aparte, después del polvo de nuestras vidas.

Mi pedido de matrimonio.

Pero, la muy terca me lo niega.

—¡Nos conocemos, hace dos días! —Me quiere explicar.

Y yo levanto ambas manos abiertas y después, siete dedos de ellos.

—Diecisiete años, nena... —Corrijo, seguido de cruzar mis brazos sin ceder.

Ni mierda.

No aflojes, Joviano.

—Muchos años ya pasaron y es hora, de que formalicemos ocho.

Sacude su cabeza y camina sobre su lugar.

—¿Te das cuenta, lo irracional que es todo esto?

Me encojo de hombros como si nada, poniendo mis manos en los bolsillos delanteros de mi pantalón.

No.

La verdad, que no.

Y por eso, gime frustrada con sus brazos en alto frente a mí.

Resopla.

Es hermosa.

Y me mira profundamente.

—Hace unas horas atrás... —Suelta, con un suspiro. —...tenía una confusión platónica y sexi con los tres. —Nombra a mis hermanos y yo, arrugo mi ceño.

Sonríe acercándose y obligando a que saque mis manos de los bolsillos, para tomarlas entre las suyas.

—Me sentía atraída. —Me confiesa muy sincera. —Pero en mi mar de confusiones... —Mira todo lo que no rodea. —...ahora entiendo que fue, porque al ser tres gotas exactas iguales y pese a no recordar con exactitud lo sucedido en mi accidente, yo sabía muy dentro de mí y por el recuerdo, que uno era a quién amaba de verdad... —Prosigue. —...al muchacho... —Aprieta más mi mano, entre las suyas feliz. —...mi príncipe, cual en mis pensamientos y recuerdos en el accidente algo borrosos, yo recuerdo a tres niños ayudándome, pero... —Me relata. —...yo pensé, que mi memoria me jugaba en contra y que tanto por mi anhelo y ese amor, tripliqué al niño que amaba reflejando solo su rostro en los otros dos... —Ahora entiendo. —...a ese, cual yo iba a buscar de adulta...

Y me señalo, contento.

—Para casarnos... — Le digo.

Y asiente sin dudar mi ocho.

Y yo, muy ceñudo pero enamorado, prosigo.

—Entonces, cástate conmigo maldita sea. —Rebuzno, sin dar a torcer mi propuesta.

Y sus manos, me sueltan para volver a elevarlos al cielo.

¿Misericordia?

No me importa.

Va ser mi mujer.

Porque, es mi mujer.

Y quiero, la firma en papel.

Pero alguien.

Más bien, las carcajadas de dos alguien.

Interrumpe, nuestra lucha de poder matrimonial.

Demás decir.

Que voy a ganar.

Obvio.

—Bienvenido a mi mundo, muchacho. —Dice después, la voz del viejo acompañado de mamá.

AURORA

Y mi mandíbula, se cae.

Girando ambos al mismo tiempo por sentir esas carcajadas alegres, seguido a esa voz imperiosa pero llena de matiz divertida hablando.

Y CARAJOS.

Para encontrarme y Jesús de los cielos, sin poder creer.

Mezcla de emoción y cagazo, abandonándome la sangre completamente.

Por lo que genera al ver al mismísimo.

Herónimo Mon en persona.

Imponente con su mole y altura, pese a ser un hombre avanzado ya de edad.

Y donde, todo él irradiaba respeto y poder.

Pero a su vez.

Una dulce ternura con su fisonomía colosal, para envolver con delicadeza y con uno de sus imperiosos brazos, a una señora que no llega ni a su pecho por su pequeño tamaño.

Pero tan sonriente mientras teclea afanosamente desde su celular y donde a gritos su mirada castaña, me dice que es la madre de mis jefes por sus parecidos hereditario.

Pero abandonando el aparato, corre hasta donde estoy para abrazarme de forma familiar.

—Al fin, conozco a la ocho de mi hijo... —Me recorre con la mirada feliz y la vergüenza, me puede.

—Soy Aurora... encantada señora... señor... —Atino a murmurar, seguido de mirar con respeto al señor Mon sin caber en mí, aún su presencia.

¡Santo Dios!

Aunque, esa posibilidad estaba entrando a las T8P.

No entra en mí, ver en persona al gran jefe y leyenda viviente en el mundo empresarial.

El mismísimo jefe de los jefes a metro mío.

Y ahogo un gemido fallido.

Por ser en semejante circunstancias por más que nos limpiamos, en estas condiciones y con el tormento de mi cabeza, pensando que trabajo para él y acabo no solo, de coger uno de sus hijos.

Sino y que resulta también, ser el amor de toda mi vida.

Uno caprichoso como crío de cinco y satánico.

Pero, mi gran amor en fin.

TESAR

Quedando a una hora de la noche de hoy, me despido de la rusa caliente pero jodida como el infierno y tras cerrar, nuestra negociación de mutuo acuerdo y electricidad de por medio, en nuestras manos.

Pero llegando a la puerta y a medio abrirla, volteo.

No solo, para deleitarme por última vez con su belleza arisca.

Sonríó.

Por ahora...

Sino también, apuntando el pequeño escenario de karaoke.

—Voy a necesitar más espacio a futuro.

—¿Futuro? —Repite con ese dejo en su idioma, pero hablando el mío y que va directo a mi pene.

Tranquilo muchacho, lo consuelo.

Todavía, no.

—Sip, futuro. —Me apoyo alegre, sobre la puerta.

Seguido de señalarla a ella y luego a mí.

—Mucho futuro... —Elevo mis cejas misterioso y con mano arriba, me despido.

Pero afuera solo y ya bajando los escalones, la risa me puede mientras regreso al Holding.

Por mi oráculo de predicción.

Futuro y ganas.

Y mi media sonrisa, de lado aparece.

Dos lindas palabras que me gusta y con la rusa en el medio, forman una linda oración.

DENICIO

Tras llegar y entrar a la casona, pero sin antes ir por la silla de ruedas de Muriel a la metalúrgica.

Nos encontramos con el panorama, del viejo sentado en uno de los sillones de la sala leyendo el periódico.

O simulando, que lo hace.

Mamá dejando en la baja mesa del centro y ofreciendo vasos frescos de jugos.

Los tíos Rodo y Mel, aceptando y degustando unos bocadillos.

Una de mis hermanas.

Hope con Caleb.

Y los únicos de pie.

Joviano y ocho en cada extremo de la sala y mirándose un tanto indecisos de brazos cruzados, por como están las cosas entre ellos y por la pendejada infantil, de mi hermano y su obstinado casamiento.

—¿Tesar? —Digo saludando al clan, mientras mamá abraza con cariño al igual que todos a Muriel, mientras robo un vaso y se lo ofrezco atrayéndola donde tomé asiento.

¿Recuerdan que les dije que nunca más, la iba a separar de mí, no?

Bien.

—En camino... —Dice el Viejo, volteando una página y con apenas visible sus ojos, pero notando tras su tos discreta aclarando su garganta y acomodando mejor sus lentes en el puente de su nariz.

Que las comisuras de ellos se arrugan por una sonrisa, al notar mi nuevo acercamiento con Muriel.

Me acomodo más relajado en mi sillón, pero sin soltar una mano de Muriel y miro a Joviano y futura cuñada.

Creo.

—¿Entonces? —A modo negociador.

Y el jodido de mierda, no se hace esperar.

Manteniendo cruzados sus brazos, su barbilla va directo hacia ocho.

—¡No quiere ser mi esposa! —Acusa sin respiro y tipo berrinche.

AURORA

Algo así, como que me trague el mundo y me escupa bien lejos.

En lo posible en mi departamento.

O no.

Eso está muy cerca y al alcance de Joviano.

Mas bien, en algún tipo de isla desierta, fuera de todo mapa y hasta de San Google para que no me encuentren.

Por sentir su acusación.

Una llena de arranque, tipo nene que no dan su juguete favorito y con voz de ángel, pero demanda del demonio.

No sería Satanás, si no.

Y junto a gente, que recién conozco y mis mejillas arden como el mismo infierno, cuando sin siquiera duda en decirlo frente a ellos.

Y antes de que pudiera avergonzarme más por hacerlo tan bonito eso, como lanzarme sobre él y llenarlo a besos por más que no estoy de acuerdo.

Putá bipolaridad.

Algo llama mi atención.

Y es.

¿Eh?

Miro fugaz a cada uno.

Que, ni se inmutan.

No solo, por no conocerme a mí, más que hoy.

Sino que, como si nada y natural, reciben la noticia de su matrimonio y que yo, lo rechazo.

—No te sorprendas... —El otro hombre habla, notando mi asombro por eso.

Luego del momento del estanque con los padres de Joviano y diciéndome pese a morir de la vergüenza por eso a que los llame por su nombre.

La señora.

Sacudo mi cabeza.

Digo Vangelis, al igual que Herónimo.

Me invitaron a pasar a la casona por algo caliente y una ducha, pero con la sorpresa que momentos después, caían familiares invitados por la misma madre de mis jefes.

<< —*Una simple cena familiar...* —*Me dijo, al sentir mi incomodidad mientras me ofrecía una muda de ropa de ella, en una de las habitaciones de invitados. —...para presentar la futura mujer de mi hijo ¿te molesta eso?* —*Me preguntó dulcemente, abriendo la puerta del baño por mí.*

Negué sonriendo.

—*Es mi primera vez, solo eso...* —*Largué un aire fuertemente. —...y todo, muy reciente...*

—*Lo sé. —Y suelta una risita, apoyada contra el marco de la puerta. —Todos mis hijos, heredaron la intensidad del padre... —Me murmuró ante cientos de recuerdo lindos, que noto que pasan por su mente. —...su pasión... —Recalca esa palabra, como si fuera sello y marca de la familia Mon. —...una hermosa y sólida, como bella pasión... —Me mira, apoyando su mano libre de esa ropa en mi pecho.*

Para ser exacta, zona de mi corazón.

—*...porque, todo lo que hacen, es por puro amor...* —*Me explica con ello, la pasión de Joviano.*

—*Yo lo amo. —Soy sincera, pero decidida. —Pero, no me voy a casar con él, todavía.*

Y su sonora carcajada, retumbó en toda la habitación divertida.

Y cuando estalló con esa risa, me di cuenta que había algo familiar en todo esto.

No tengo idea, que cosa.

Pero.

Sonreí también.

Porque, me daba su bendición pese a eso.

—Son hermosos como molestos y charlar con ellos, es como tener una conversación con un agujero negro. —Me explica. —Mantén tu firmeza ocho hasta que las pelotas de mi hijo, se pongan azules por ti y cuando lo sientas, dile que sí... —Me aconseja risueña y muy sincera.

Y yo lo hago también, pero con algo de culpa.

Porque, ya no quiero ocultarle nada.

—Lo siento mucho, pero le estuve dando café puro y colombiano a Joviano... —Confieso.

—Lo sé, también... —Me dice como si nada y la miro asombrada, ya que era el secreto no revelado de Marcia y Satanás.

Se sonríe, mientras la sigo por el baño.

—Casi cincuenta años de estar todos juntos y con Marcia, prácticamente crecimos juntas. —Murmura, sacando unas toallas para mí. —Aunque cuido a mis chicos, también a mi gente porque Marcia es parte de todos nosotros y sé ,que es por amor a los niños...solo hay que rebajarlo, con un poco del descafeinado... —Me guiña un ojo, cómplice. >>

Guau.

Y así, me quedé tras sus palabras y sabio consejo.

—...es leyenda que ocurra y se repita esto. —Prosigue y dice sonriente, sin dejar de degustar un pedazo de budín inglés, quien se presentó de forma alegre y ante mí como Rodrigo y me habló momentos antes.

O el tío Rodo y tía Mel, como me dijeron ambos que los llame.

—¡Todo, es tan emocionante! —Exclama la tía Mel, sacando un celular de última generación de su cartera. —¡Ansiosa por los nuevos desmayos 2.0 nueva generación! —Chilla emocionada, provocando que todos rían y yo, pero sin entender.

Ya que, su entusiasmo contagia.

Inclusive Tesar, llegando en ese momento saludando a todos.

*—Hola a todos y ... —Voltea a Joviano. —...señor *No.aceptaron.Tu.Propuesta*. —Saluda estándar y burlona, palmeando su hombro a su hermano riendo.*

—Púdrete. —No se hace esperar respuesta estándar de Joviano, con más risas de todos incluyéndome.

—Pronto lo aceptará a mi hermanito. —Su hermana Hope poniéndose de pie, besa con amor la unión de sus cejas que nunca dejó de estar arrugada de Joviano, cuando Vangelis llama por la cena lista desde el comedor.

El tío Rodo ante ese llamado, también hace caso, pero señala a Denicio.

—Tú, no desistas Joviano, ve por tu ocho. —Eleva su puño, dando fuerza.

—Papá... —Caleb y marido de Hope cual conocí hoy también, corrige entre risas. —...ese, no es Joviano, es Denicio.

—Si serás, come mierda. —Gruñe divertido Herónimo, dejando a un lado su periódico. — ¡Treinta y dos años y todavía, no distingues tus sobrinos?

Y mi mano va a mi boca para no reír a carcajadas, porque el tío Rodo lo mira con injusticia.

—Si serás puto ¡Claro, que sí! —Mira a Joviano. —...Tesar, tu te sientas conmigo que te gusta comer como a mí...

—Amor, él si es Joviano... —Le dice con dulzura, la tía Mel.
—Rayos... —Blasfema riendo como todos, mientras es abrazado y llevado por un hombro por Herónimo a la mesa para que compartamos todos.
Y bajo, un divertido.
—Te quiero hermano... —Del jefe de los jefes.
Y cierta emoción, me invade mientras los veo caminar juntos y ya, muy viejitos.
Porque maldición, eso fue lindo.
Ya que en la sala y momentos antes, mientras compartíamos un té.
Hope me comentó, esa incondicional amistad entre ellos.
Desde la adolescencia de un chico friki y nerd, sumamente introvertido y calculador.
Y su suegro y tío, un latino parrandero, sumamente extrovertido y alegre.
Dos opuestos diferentes, pero de incorruptible amistad y cariño, uno por el otro.
Pero algo me saca de esa emoción de esa linda amistad, cual soy testigo.
Y es, reemplazada por otra.
Una que siento, en cada célula de mi piel.
Por una mano en mi cintura y abriéndose para abarcarme plenamente y empujar contra su cuerpo, mi espalda por pararse detrás de mí.
—Voy a insistir, ocho... —Inclinada su cabeza y con baja voz.
Su susurro es duro, pero dulce y con acento autoritario.
—...si tengo que proponerte mil veces, lo voy hacer... —Me jura, seguido de besar mi frente y tomando mi mano, llevarme con él hasta la mesa donde esperan todos.
Y me dejo llevar sonriendo y sometida, bajo esa mirada castaña y profunda en cada parte de mí, mientras toma asiento a mi lado.
No fue una amenaza.
Tampoco, una sexi advertencia.
Solo.
Y estoy empezando a conocer.
Una dulce promesa Mon.

ARIEL

Contesto el mensaje de Aurora con mi móvil diciéndome que mucho para contarme, pero mañana ya que es tarde y muy noche.
Quedando en venir a mi bar al mediodía y almorzar juntas.
Para ser día de semana, el bar está concurrido.
Y sonrío feliz por estar casi el lleno de las mesas ocupadas y bastante demanda mi barra, cual sin perder mi ritmo con el chico que me ayuda en las noches junto a un par de meseras, voy entregando los tragos como botellas de cervezas a las sedientas bocas con sed de alcohol y algo fresco, después de un día arduo de trabajo.
—Чепт... —Maldigo en mi idioma, chequeando por décima vez la hora.
Pasada la medianoche y no vino todavía.
Frunzo mi ceño y no pudo evitar.
Ya que jodidamente, no sé bien el motivo y no es justo.
Pero sí, el precursor de ello.
La princesa.
El sexi vagabundo, que se viste bonito.
Soy impulsiva y carácter, es lo que me sobra.
Ambas cosas que por conocerlo están fuera de mi eje, aunque me cueste reconocerlo.

Y por solo unos segundos, mis ojos se depositan en mi mano derecha.

Ante esa electricidad que sentí hoy, cuando estreché la suya con la mía a modo cerrando el trato y cual quise disimular.

Pero, ahí está.

Vigente.

Ese calor.

Y carajo, porque no se va.

Levanto mis ojos, intentando ver entre el gentío y dirección a la puerta de entrada.

Suspiro contrariada.

Y dos veces carajo, porque no viene.

Pero de mis ganas de imaginar tomando su bonito cuello, sea para ahorcarlo por romper la promesa de venir o mis estúpidos y también pensamientos, de comerlo a besos.

La luz del sector de karaoke se enciende de imprevisto y bajo el silencio abrupto, de la música funcional del bar siendo apagada de golpe.

Para sentirse, no solo el murmullo curioso de todos mis clientes y hasta inclusive yo misma, girando también a esa zona.

Y ver.

Бог небесный. (Dios de los cielos).

A la princesa subiendo y cargando con él una guitarra.

Y tras acomodar el micrófono de pie y frente a él, tomar asiento frente a todos nosotros en la banqueta que hay en el mini escenario.

—Hola. —Se sonrío saludando y bajo la mirada de todos, con tragos y botellas en mano. — Desde hoy y todas las noches, voy acompañar con mi música... —Su mirada, llega hasta la mía. —...y a este lindo bar.

Y sin más.

Los acordes de su guitarra, comienzan a tocar diestramente.

Y mi boca se desencaja como mi mente y oído, provocando que olvide el trago que estoy sirviendo y vuelque, pidiendo disculpas al cliente con su pedido, mientras limpio ligero con un trapo.

Porque, es.

Maravilloso.

Cada nota musical, saliendo de la princesa.

Como.

Palpitaciones fuerte dentro de mí, y en cada terminación nerviosa de mi ser.

Por su voz.

Porque sin ser exagerada, la simpleza de ella es armoniosa y te cautiva, al igual que ahogarte en esos dedos que no dejan de acariciar cada cuerda con maestría.

—Toda tuya... —Le digo a un cliente sin entender el trago que me pidió y entregándole la primer botella de alcohol que se me cruza, para que no moleste y para apoyarme a mi placer con mi barbilla en un puño.

Y solo, permitirme escucharlo.

Embriagarme, en él.

Porque como todos, yo también estoy extasiada y escuchando, al sexi vagabundo que se viste caliente y que toca la guitarra y canta bonito.

Y un aplauso ensordecedor me despabila y saca de mi limbo, cuando termina de tocar como cantar, retomando mis pedidos con el chico que me ayuda en la barra.

Y muerta antes que se de cuenta lo que provoca en mí, cuando lo veo bajar del escenario.

—Rusa... —Me saluda, aceptando un vaso de agua fresca del chico de la barra.

—Princesa... —Saludo yo, intentando apaciguar mis nervios descontrolados y que me enojan mucho, por no saber manejarlos.

Limpia sus labios con el puño de su manga y sin previo aviso dejando el dichoso vaso y pasando por abajo de la barra, toma mi mano y me obliga a dejar un trago a medio preparar, llevándome al pequeño corredor y que da salida al exterior, para el personal del bar.

La semi oscuridad nos envuelve, mientras caminamos por él y tras abrir la puerta y llegar afuera, una casi total nos invade.

—Viniste... —Solo atino a decir y romper el silencio entre los dos.

—¿Un trato, no? —Dice él, invadiendo mi espacio personal. —Y tus ondas cerebrales, me reclamaban rusa... —Se acerca más.

—...ублюдок... —(Bastardo). — Gimo, intentando escapar y volver adentro, pero su brazo en la pared detiene mi escape.

—¿Qué hacemos con esto, rusa? —Pregunta al notar mi vulnerabilidad rabiosa, sonriendo satisfecho y arqueando una ceja por eso, inconsciente.

Y sacudo mi cabeza sin entender, esta mezcla de emociones que siento.

Sentimos.

Y que me hace enojar y a él, tampoco muy dócil.

Pero sí, tierno dentro de lo que es su lucha interna, por los que nos embarga.

Y no, hablamos de la respuesta a su pregunta.

Pero nuestros labios y la fuerza de su cuerpo, estrellándose contra el mío y la pared, provocando que ambos gritemos de placer, sí.

Se estrecha con fuerza contra mío, aspirando el olor de mi pelo y obligando a que nuestras bocas se separen.

- *Tu.Eres.Mia.* —Me reclama, abriendo mi camisa y teniendo acceso a mi sujetador para acariciar mis pechos, besando mi cuello. —Dime qué quieres esto, tanto como yo... —Lame y chupa mi pulso, mientras sus manos bajan y dibujan el contorno de mi silueta, para llegar a mi falda negra y la unión de mis piernas. —...estás mojada, rusa... —Jadea contra mi piel, haciendo a un lado mi braga y empapando sus dedos de la humedad de mi vagina. —...di que quieres sentirme dentro de ti, nena... — Y sus dedos, me penetran robándome un grito y que ahoga con sus labios sonriendo, mientras me hace sentir lo duro que está por mí, volviendo a besarme y frotándose sobre mi entrepierna.

Y desatando, una pasión descontrolada en ambos.

Y en mí.

Porque, la princesa cuando besa.

Lo hace con los labios.

Lengua.

Y como dije.

Pasión.

Dejándome en claro mientras me alza y yo abrazo su cintura con mis piernas y duro, contra la pared importándonos nada que nos vean.

Este jodido y naciente amor entre los dos.

—No las rompas, me salieron una fortuna... —Gimo entrecortada, al notar sus dedos enroscados y queriendo deshacerse de un jirón mi braguitas.

—A la mierda ellas... —Maldice divertido. —...prometo, regalarte cien... —Seguido del

escozor que siento en mi piel, al arrancarlas y su mano acaricia con ternura la zona para apaciguar mi ardor.

Fue un bruto y desconsiderado.

Reí, sobre su boca.

Y eso, me excitó más.

TESAR

— извращенец... —(Pervertido). Soltó con una risita, al arrancar lo que me separaba de mi cielo y bajo mi gruñido, lleno de excitación al sentirla desnuda como plena en mis manos y más mojada, por mi actitud poco caballera.

El sonido de mi cinturón por mi siendo desabrochado y seguido de la cremallera de mis jeans bajando, mientras más la empotraba contra la pared y de mi bolsillo trasero sacaba un condón para de una mordida, escupir el envoltorio y liberar mi pene para ponerlo.

Fue, motivo de gemidos de ambos.

Y más.

Jesús.

Y necesito, apoyarme en la base de su hombro.

Al penetrarla y sentirla.

Estrecha, húmeda y totalmente mojada para mí.

Y tuve sobre mi pecho inflado y respiración contenida, hasta mordiendo un costado de mis labios, para retener e impedir acabar en ese mismo momento.

—Dios...eres, maravillosa rusa... —Atiné a decir sincero y moviéndome lentamente dentro de ella, porque rectifico lo que dije antes.

Esta mujer, era mi jodido cielo.

Y su pecho se retumbó por una risita siguiendo, lo que comenzamos contra la pared y a ritmo de mis caderas y las suyas.

Sintiéndonos, cada centímetro.

Exhalando cada suspiro robado, mientras nos besábamos y me hundía más en ella.

Despacio y lento saliendo fuera, para volver a entrar.

Hasta que la demanda por sentirnos, se apoderó de nosotros.

Y mis embestidas aumentaron.

Cogiéndola sin piedad, provocando que su cuerpo choque y se deslice una y otra vez contra la pared, pero lleno de necesidad por ella.

Mi rusa.

Y gimió algo en su idioma por eso, mientras deslizó sus brazos bajo los míos para estrecharlos en mi espalda pidiendo más.

Y lo hice.

Fuerte.

Y duro.

Robando uno de sus duros pezones y jugando con mi lengua por sobre la tela que lo cubría, hasta descubrir uno y alimentarme de su rosa suavidad, con cada penetración profunda llenándola.

Cogiéndola con fuerza y mis estocadas aumentando.

Hasta echar su cabeza hacia atrás por la llegada de su orgasmo, seguido del mío con un grito y la palabra rusa en mis labios, al correrme dentro de ella.

Porque podía sentir en su interior y pese al jodido condón, mi eyaculación caliente y líquida, llenando mientras mi chica se desahogaba de gemidos por sentirme también y por su clímax.

Y solo entonces, empujé más dentro suyo y de nuevo, para seguir embistiendo con suavidad,

pero aferrando su cadera y bombear los últimos vestigios de nuestros orgasmos.

Nuestras bocas se separaron y al mirarnos, hice a un lado ese siempre mechón rubio de su frente.

Ahora, algo sudado.

Y sonreímos.

—Entonces... —Intenté recuperar aire como pulmones, sin soltarla y acariciando como besando, parte de su pecho desnudo algo transpirado y bebiendo de él. —¿Estoy contratado? —la miré a través de mis pestañas y pasando mi lengua por su pezón, salivando este, para luego meterlo en mi boca.

Y mordió su labio inferior divertida, acariciando mi mejilla feliz y meneando suavemente con mi pene aún en su interior, para no dejar de sentirme.

— На всю жизнь... (Para toda la vida). —Me respondió.

Y mi fascinación por ella.

Suspiré, abrazándola contra mí.

Alimentándose más, maldita sea...

Capítulo 20



No sé, quién estaba más emocionada.

Yo con todo lo sucedido ayer en el estanque y casona de los Mon, conociendo a gran parte del clan y ya, pese a negarme de casarme siendo la novia oficial de Joviano.

O Ariel que no tengo idea que pasó en su noche de bar, porque la adrenalina de ambas por querer contarnos tipo adolescentes después de una salida de baile, nos ganaba.

Un mensaje a la madrugada con su emoción, me decía que olvidó que tenía que hacer trámites mayoristas por nuevos suministros de su bar, hoy y durante todo el día.

Y dos carpetas gruesas y gordas frente a mí, extendidas por Marcia a mi persona cuando llegué esta mañana temprano, me recordó mis obligaciones.

Unas atrasadas.

Por ayer saltearme obligada mi puesto y por más que Satanás ya se había encargado de que jodidamente todo *TINERCA* se enterara vía red y lo que fuera, que soy su futura mujer.

Por eso.

Mi mejor amiga obligada a salir y yo, con trabajo que adelantar.

Uno que necesitaba entregar esa misma semana, con mucha responsabilidad y por acercarse la fecha.

El planeamiento, de la gran fiesta.

Sip.

La que piensan.

La gran Opening Summer.

Y por eso, epicentro y lugar de nuestro encuentro por estar saturada de obligaciones y necesitar hasta de mi hora de almuerzo.

La cantina del Holding.

— Я женился. —(Me caso). Suelta, luego de contarnos mutuamente nuestros coincidentes encuentros sexuales y nivel tercer tipo, por ser el polvo de nuestras vidas.

Ok.

El primero mío, pero que valió por muchos.

—¡Qué! —Chillo, por no solo su decreto.

También por la severidad de la afirmación, de su lindo rostro tras decirlo y mientras bebe del jugo que se pidió.

Seguido de reír y supongo por mi cara y hasta por dejar suspendidas las hojas de una carpeta, que leía entre mis manos.

Y olvidando mi apuro las hago a un lado para que toda mi atención, esté en mi amiga.

—¿Solo, porque coge bien? —No me la creo.

Y un gesto de su rostro, me confirma sin dejar de beber su jugo.

—Suficiente, para mí. —Como si nada.

Pero eleva su mano sobre la mesa y empieza a enumerar, justificando semejante y loca burrada.

Aclaración, muy seria.

—Coge espectacular, canta como un ángel, coge espectacular, le gusta la música... —Sus deditos, no dejan de aparecer. —..coge espectacular, mi corazón no deja de latir por él, coge espectacular, está para partirlo en dos de lo guapo, dije que coge espectacular? —Vuelve a mencionarlo, haciendo que ría y me auxilié de algunas hojas, para ocultar algo mi rostro.

Tanto por la risa que me agarra y porque, la rusa ni se molesta en bajar la voz cuando lo dice y algunos compañeros que pasan por nuestra mesa, voltean antes sus dichos muy ardientes.

Y más, viniendo de una mujer de belleza nórdica y sexi con ese dejo de su tierra en nuestro idioma.

Tomo aire y voy al punto.

—¿Y él, lo sabe? —Pregunto.

Niega tranquila y como si eso, no fuera un gran punto.

—he. —(No). Me dice sincera. —Tendremos que conversarlo...

Y por un momento jugando con el bolígrafo en mis labios, escuchándola atenta y muy determinada con su propuesta.

Se me escapa una risita.

Por si no es, alguna hermana Perdida de Joviano.

—Ok. —Digo, volviendo a mis hojas. —¿Y cuándo, me vas a presentar a tu...

—Princesa. —Me dice.

—¿Disculpa?

¿No era hombre?

Porque yo escuché en su relato erótico y muy fogoso de anoche, como cien veces los detalles de su gran pene.

—Princesa... —Vuelve a repetir, atacando su comida.

Mi silencio, la hace reír.

—Es hombre... —Me rueda los ojos, divertida. —Pero, yo le digo así.

Mi boca se abre.

—Ohh...ok... —Ni sé, que decir.

Pero otra cosa llama mi atención y cual tampoco, nunca lo mencionó.

—¿Y su nombre? —Y ante mi pregunta, deja de comer y su cuerpo con todo su peso, se apoya en el respaldo de su silla y con una mano en sus bonitos labios de brillo cereza, piensa observando un punto fijo de nuestra mesa con comidas.

Y me mira.

—Nunca se lo pregunté... —Es franca.

La señalo, con el boli.

—¿Y él, sabe el tuyo?

Vuelve a pensar.

Y otra vez, mirarme.

—Me dice rusa. —Responde.

Muerdo mi labio, para no reír.

—O sea, que mi mejor amiga y dueña de un bar, se enamoró de un supuesto vagabundo... —
Analizo, mi conclusión. —...pero que viste sexi, toca y canta como los mismos ángeles, coge que
da miedo con su gran pene y parece que ambos, se... —Vuelvo a señalarla y asiente.
—...enamoraron. —Viendo que lo reafirma, prosigo. — Pero, resulta que ningunos de los dos sabe
el nombre del otro, pero igual ya piensan en matrimonio?

Eleva una mano.

—Lo último, yo... —Me corrige de mi análisis sonriendo y muy orgullosa de ello.

Y una carcajada, me supera.

Porque, es una locura.

Una gran locura.

Pero un lindo disparate y viendo el rostro iluminado de Ariel, lleno de amor.

¿Quién soy yo, para formar prejuicios?

¿Si estoy, a un paso de uno?

Ya que a pocos días de trabajar en la metalúrgica, resulta que encontré a mi primer amor
después de diecisiete años.

¿Y pasando, qué?

Tres días tal vez de ese reencuentro, nos dimos la cogida del siglo.

Y con mi príncipe.

El hombre, que siempre quise desde niña y encontré.

Y que es, tan rarito como mejor amiga.

Porque mi Satanás, también quiere casarse.

DENICIO

Tras el desayuno y Tesar notando que soy el único, sin vestir con ropa de trabajo.

Más bien, con unos viejos pantalones de gimnasia y camiseta.

Descalzo.

Y hasta sin preocuparme en peinar como siempre, prolijo mi pelo para ir al Holding.

Gira de la barra de la cocina terminando de arreglar su saco y dar un sorbo de su taza, para
mirarme curioso.

—¿No vas a trabajar?

Niego yendo a la cafetera y sirviendo, solo un poco.

Ya que, no es buena combinación con los energizantes que bebo, durante los días de
entrenamiento.

Hoy, uno de ellos.

Pero, no en un gimnasio o misma oficina.

Como el viejo y en su antiguo lugar de origen en su época y cuando vivía con mamá acá.

Mandé a levantar uno, para mi goce personal.

—No. —Le digo, dando otro trago y apoyado, en la encimera de la cocina. —Entreno y mucho
para planear en el pen... —Explico, mientras ambos vemos bajar por las escaleras a Joviano.

Para ir a la oficina también, pero a medio vestir.

Llevando sus zapatos como saco en una mano e intentando con la otra, abotonar la camisa gris
que eligió hoy.

—¿Por Muriel? —Tesar, me pregunta dando un último sorbo a su taza y ya caminando a la
puerta de entrada.

Y asiento, notando la mirada fija en Joviano por eso, calzándose los zapatos de vestir desde una silla y mirándome serio.

Ya que a ninguno de los dos les pasó desapercibido, que no solo de la casa de los viejos, volvió conmigo.

También, que la traje al pen y quedó durmiendo y lo hace aún, en una de las habitaciones de huéspedes.

—Toma tu día y deja a cargo de nosotros, la movida entonces. —Tesar sonriente, responde tomando las llaves de su coche de la baja mesa junto a la puerta y siendo el primero y listo en marcharse.

—¿Día, para qué? —Tras quedarnos solo, Joviano pregunta ya de pie y abotonando el total de su camisa, con su mirada aún profunda en mí.

Me encojo de hombros, manteniendo mi postura desde la cocina, pero chequeando la hora de mi reloj.

—Contraté ayer, una empresa de remodelación y vendrán en breve...

—¿Para el pen? —Solo dice.

—Y para Muriel. —Solo, agrego yo.

No necesita de mucha explicación y que entre en detalle, para que sepa mi fin.

Silencio, por unos segundos.

Y serio.

Muy serio.

Y casi frente a mí, sin dejar de anudar su corbata como mirarme y acomodar su cuello, que al terminar me dice.

—¿Sabes que siempre te amó, no?

—Lo sé, desde ayer... —Le corroboro.

Y niega con una sonrisa que no llega a sus ojos, apoyado contra una pared.

—Siempre, lo hizo cabrón...

Y mis labios se entreabren para decir algo, pero me interrumpe.

—...jamás, dejó de hacerlo hermano. —No me deja seguir. —Ya que te amaba demasiado y por eso te rechazó como alejó, cual me enteré en mis estudios en el extranjero y cuando regresé... —Friega sus ojos como si eso, sacara una cierta bronca acumulada. —...yo, lejos de ocupar tu lugar. Solo fui ese mejor amigo que me considera y nunca abandoné... —Su índice, se eleva a mí. —...como lo hiciste tú, pese a su rechazo desvinculándote...

—¡Me echó! —La tristeza recordando eso, me embarga.

—¡De su vida, pero no de su corazón! —No vacila en decirme. —¡Jodido de mierda, te enamoraste de Muriel con las secuelas de su accidente, debías haber luchado! —Se acerca más. —¿Pensaste que me amaba y que te reemplazó, por mí? —Señala el espejo, que momentos antes Tesar se miraba antes de partir, confundiendo mis temores. —¿Y porque...jodidamente somos gotas exactas de agua? —Miro tal, que nos refleja a ambos.

Copias perfectas y solo diferenciándonos, la vestimenta distinta.

—Yo soy, su mejor amigo... —Llega hasta donde estoy. —...y sabes, que yo daría todo por Muriel y su felicidad. —Me recalca, apoyando su mano en mi hombro. —Y darle ese todo, para mí... —Prosigue, intentando no cortar sus palabras, por cierta emoción. —...es dar una de las cosas, que más amo en este mundo. —Su puño duramente, va a mí pecho provocando que tambalee. —A mi hermano, uno que pese a su jodida cabeza difícil de entender, sé que la sigue amando por sobre todas las cosas y únicamente haciéndole compañía hasta que decidieras regresar. Por eso, ahora... —Sus ojos van a la escalera. —...la despiertas, dile que la amas y

quieres pasar el resto de tu vida con ella y que te perdone por haber sido un completo idiota, todo este tiempo. —Sus brazos, señalan lo que nos rodea. —Y haz todo lo que se te venga en gana, de refaccionar el pen para su óptima comodidad y vivir juntos, para siemp...

JOVIANO

No puedo seguir hablando.

Porque, su abrazo repentino me lo impide.

Y aunque, me toma de sorpresa.

Sonrí y también, lo abrazo.

—¿Tesar y tú? —Sus brazos se extienden, pero sin soltarme para mirarme.

Lo golpeo, otra vez.

Pero ahora, mi puño va a su hombro.

—Tesar que se vaya con los viejos. —Río. —Y sabes que me gusta lo verde y sueño con una casa con cochera, dónde arreglar mi motocicleta o coche en algún barrio tipo de los viejos. — Sonrí feliz.

Pero, dejo de sonreír.

Recordando mi obstáculo.

Mi lindo y moreno, obstáculo.

Mi jodida ocho que no me quiere dar el sí, para cumplir ese sueño también.

Y mi mano inconsciente van a mi bolsillo del pantalón, para jugar como acariciar entre mis dedos, lo que llevo por diecisiete años conmigo siempre.

—Devuélveselo y punto... —Me dice, notando mi mano con eso en mi bolsillo.

Y niego.

—No lo recuerda... —Triste.

Y su turno, de golpearme con su puño para que reaccione.

—¿Eres idiota? ¿Solo tenía ocho años, que quieres? —Me reprende. —Y olvidas que pese a ser un día especial, para ambos ¿Fue una tragedia que los unió, siendo su pánico hasta hoy en día?

—Sí, tal vez...no lo sé... —Resoplo indeciso.

—¡Ay, por Dios! —Sentimos de golpe.

Para ver la cabeza de Tesar, asomada a la puerta de entrada a medio abrir.

—Tú. —Me señala a mí. —Ve de una puta vez a decirle a la cuñada, el segundo motivo de tu amor eterno y muéstraselo de una maldita vez para que vea que quieres ser el padre de sus lindos bebés... —Río. —...de muchos ochitos y satancitos del demonio, así mamá que muere por hacerlo, les encuentra la jodida casita con verde que quieres...y tú... —Turno de Denicio. —...ya es hora que dejes ese control obseso por *TINERCA* y te dediques a tener más horas de ocio o acompañar al extranjero a tu futura esposa, para agotar todas las posibilidades en cuanto a sus bonitas piernas... —Larga.

Y con Denicio, nos miramos.

Ya que, nunca notamos su presencia como tampoco que fue testigo de todo y nos hace carcajear, pese a que tiene toda la razón, porque jamás fuimos reprendidos por él.

—¿Y desde cuando, estás? —Denicio se cruza de brazos.

—Nunca me fui. —Aclara. —Alguien tenía que separarlos, si iban a las manos. —Murmura serio, pero luego sonríe. — Pero, parecían más de una novela de esos libros rosas y muy cliché, que leen las chicas que conozco y de algún escritor medio rarito... —Nos señala ambos. —...les falta que les crezcan las tetas y se pongan faldas, para parecer la típica charla de las protagonistas. —Su carcajada le puede.

Y lo reconozco.

La de mi hermano y mía, también.
Haciéndose las tres, una sola.

DENICIO

Los ruidos y gente de la empresa contratada, inevitable que no puedan hacer ruido y despertaran a Muriel, una vez que llegaron y mis hermanos se fueron.

Por sus sonidos de máquinas, cortando secciones de maderas.

La voz del capataz de toda la obra, dando las órdenes.

Y su gente por eso, yendo y viniendo cargando como instalando cosas.

Que al verla asomada desde el alto de los escalones, ya en su silla de ruedas.

Dejé mis directivas a un obrero aprobando unos de los diseños, para que dos en dos con mis zancadas.

Llegar, hasta donde estaba ella.

Y que, como una hermosa princesa con su largo camisón de seda natural y solo protegida con su igual desabille a juego que mamá le prestó, provoca un contraste digno de admirar por la blancura de su piel porcelana y ese rojo fuego de pelo, que como cascada cae por sus lados mientras me sonrío al verme cuando llego.

—Brazos, nena. —Digo y entiendo mi orden, obedeciendo y extendiendo ellos a mí.

Y no me hago rogar.

Inclinado y con cuidado, la tomo entre mis brazos, pero le elevo una ceja y la miro.

—¿Quieres que tenga, la angina del viejo? —Entre serio y divertido, con mi barbilla escalones abajo y a todos los obreros trabajando. —Nadie ve a mí chica así... —Digo cubriéndola una parte, con una suave manta que usa en su silla.

Y su risita, no se hace esperar.

—Creo, que están demasiado ocupados para prestar atención a mí persona, Denicio. — Murmura, mientras bajo las escaleras para llevarla a otro sitio.

Único lugar, dónde no habrá refacción por ahora, más que una rampa a futuro para Muriel y estaremos solos.

—¿No trabajas? —Me dice al notar mi vestimenta mientras pasamos entre la gente de obras, parte de la sala y un par de escalones abajo, para abrir la puerta de mi gimnasio.

—No señorita. —Solo digo ya dentro, encendiendo las luces.

Y un.

—¡Desayuno! —Exclama feliz, al ver una pequeña mesa junto al ring con todo preparado por mí, para que lo hagamos juntos.

No.

No se emocionen.

No es un gran banquete.

Mis cualidades son otras y lejos de lo culinario.

Pero suficiente y rico en sabor como sustancioso, para empezar la mañana.

La acomodo con cuidado a mi lado y una de las colchonetas, mientras le sirvo el té cual bebe de él.

—Nunca, vine acá. — Me susurra, observando cada rincón del gimnasio con sus máquinas y pesas, saboreando una tostada con abundante mermelada de fresa.

Y yo sonrío.

Porque, sigue siendo su favorita.

—Porque, la mandé a construir después de nuestro alejamiento... —Digo sincero y elevando una rodilla, para poder apoyar un brazo y dejando su mantita a un costado.

—Siempre, ibas a un gimnasio antes... —Lo recuerda y yo, le sonrío por eso.

—Si, el que era del viejo con el Polaco... —Menciono a ese hombre, que nunca llegué a conocer, pero de la adolescencia entrenador de papá. —...y ahora, de Harris con su esposa Azul. —Bebo de mi taza. —Distanciarnos me hizo aislarme y necesitar más de un saco. —Continúo, porque como me dijo Joviano, hora de ser sinceros. —Descarga que necesité a cualquier hora del día y por eso... —Miro todo. —...mi propio gimnasio, aparte de la oficina...

—Siempre, te amé Denicio... —Larga de golpe, mirando la tostada a medio comer. —...y por eso, te alejé. —Sacude su linda cabecita, negando. —No quería, ser una carga...

—Nunca, lo fuiste Muriel...

—Ahora, lo sé... —Reanuda. —...pero lo sentía así, por más que nunca me diste un motivo para pensarlo. Y con ese alejamiento que nos provocamos, bajo mi culpa y dándome cuenta sin reconocerlo, que estaba equivocada... —Sus ojos de ese verde tan jade, me miran. —...me sentí muy sola y mi único Consuelo, fue que al poco tiempo, Joviano había vuelto de sus estudios del extranjero y al enterarse de nuestra pelea y distanciamiento, solo hizo lo que un buen amigo hace... —Sus manos van a mi rostro y las acuna, mientras sonrío. —...pasar algo de tiempo conmigo y consolarme, pero jamás ocupando tu lugar y yo, sustituyéndote...

—¿Sabes, que no voy a dejarte ir? —Repito mi promesa.

Y ríe por eso y siendo mi aval, los sonidos lejanos de la remodelaciones para su mayor comodidad.

—¿Y te dije que es para siempre, no? —Prosigo.

—Oh... —Murmura ella afirmando, en un beso que le robo.

Y. —...oh... —Murmuro yo entre sus labios, sonriendo y llevándola conmigo al suelo, dejando mi taza y la suya, contra el piso y al lado nuestro.

Porque, estaba todo dicho.

Y el beso profundizándose y yo encima de ella para hacerla mía, lo sellaba.

MURIEL

Salía de mi clase de idioma, esa mañana como todos los fines de semana.

Y mi padre como siempre, ya estaba en la salida estacionado en su coche, esperándome.

Y todo, sucedió rápido después.

En una avenida e intersección y siendo una hora pico, de tránsito en una detención de semáforo.

Un hombre alcoholizado con otro, tras una noche de joda y descontrol.

Perdió la lucidez del manejo y yendo a gran velocidad y sin poder frenar a tiempo, por no ver el semáforo en rojo como el auto de nosotros detenidos junto a otros delante.

Impactó, fuertemente y todo fue luego.

Una catástrofe en cadena y dónde mi padre como yo, con sorpresa y sin poder evitarlo.

Las víctimas mayores, por estar acorralados durante el accidente.

Siendo nuestro coche y por el fuerte impacto, desmantelado y provocando no solo su vuelco.

Sino, también.

Con la imposibilidad, de poder escapar ambos.

Y tibio y líquido, recorría mi cuerpo.

Por la sangre de mis heridas.

Dolor.

Mucho dolor por sentirme aprisionada contra fierros siendo jirones del auto hecho trizas y en especial, en mis extremidades baja.

Ardor.

Mucho de este, por el estallido de uno de los vidrios que con sus cristales, cortaron zonas de

mis brazos y parte del rostro.

Gritos.

Pero sentía todo lejano y me abrumaba, mientras me adormecía llamando a gritos a mi padre que yacía inconsciente y a duras penas, podía verlo sin moverse ni contestarme, por mi posición cabeza abajo por el auto dado vuelta.

Pero sí, escuchaba a alguien pese en mi desvanecimiento apropiándose de mí, que bajo fuerzas infrahumanas, alguien intentaba tras sacar a mi padre y dejarlo con cuidado en la calle recostado y bajo todo este caos.

Que luchaba luego, por rescatarme a mí.

Forcejeando y usando de toda su energía propia de la adrenalina.

Hasta lastimándose por ello y sin importarle, mientras me decía.

Me prometía.

Que no me iba a dejar.

Promesa.

Que siempre, cumplió Denicio.

Porque, la perpetuó con el tiempo y mucho después de mi accidente.

Acompañándome incondicional en el funeral de mi padre abrazándome y consolando a mi madre.

Y en mi hospitalización de cada día como de cada semana, para luego convertirse en meses y hasta años por mi cura y después tratamiento.

Uno que no llegó a mis piernas, dejándome imposibilitada de caminar nuevamente.

Pero bajo ese infortunio, su promesa se trasformó en amor.

Uno, que lo hice yo también.

Pero negada a ser una cruz para Denicio, lo alejé de mí.

Alejamiento tonto y que gracias a Joviano, empecé a entender y que nunca.

En absoluto.

Mi corazón, dejó de latir por él.

Como ahora, dónde bajo nuestros besos recostándonos en esta colchonetas y haciendo a un lado el desayuno, sellamos nuestros juntos para siempre.

Arquea una ceja, cuando al fin nuestros labios se separan y yo sonrío.

Porque, los suyos están abiertos e hinchados por la intensidad de ellos.

—¿Y los obreros? —Alcanzo a preguntar, en un segundo ataque.

—A la mierda ellos... —Ríe, entre mis labios.

—¿Y si, entran? —La risa me puede por la cosquilla de mi baja cintura, al sentir su mano explorándome y subir parte de mi camisón, intentando no jadear fuerte a la vez.

Me lanza una tierna mirada y retira con sus dedos al separar mis piernas con cuidado y deslizando por ellas, mi braguita para dejarla a un lado de nosotros.

—Cerrado automático, nena... —Sus dedos van a mi interior, haciendo que gima suavemente y sonrío más, por eso. —...crees que voy a permitir que vean como sientan a mi mujer, mientras le doy un orgasmo? — Murmura, corriendo a un lado la tela de mi bata para exponer mi pecho desnudo y jugar con unos de mis pezones, que ante el contacto de su tibia lengua, se endurecen y me excita más por jugar y chupar de él.

Para luego, con un camino de besos y sobre la sedosidad de la tela, bajar hasta mis rodillas y abriendo más mis piernas como subiendo también el largo del camisón, mirarme y con sus dedos abrirme los pliegues de mi vagina, devorarme a su placer.

Siendo el primer toque de su boca, cerca de partirme en dos y tuve que llevar mi puño a mis

labios, para ahogar el grito de placer al sentir su lengua penetrándome a juego con su pulgar, acariciando mi clítoris posesivamente.

Su boca demandaba, succionaba, tiraba y lamía mis labios íntimos.

Y mi espalda se arqueó por más que mis piernas imposibilitadas de ello, para intentar seguir ese ritmo de su lengua y dedos cogiéndome, cuando grité su nombre y me vine en su boca con mi orgasmo, junto a un.

—Mía... —Saliendo de Denicio sin dejar de saborear, mientras me corría en su boca y sosteniéndome con sus manos mi espalda con ternura, por mi cuerpo convulsionado invadido de mi clímax.

Nuestros pechos están agitados al igual que la fuerte respiración de los dos por tanta excitación, cuando de rodillas se eleva para sacarse la camiseta por el cuello y que me deleite con su torso desnudo como la rigidez de sus abdominales y esa V de ensueños en su bajo vientre.

Seguido de bajar, algo el elástico de su pantalón deportivo para sacar afuera, su pene que luchaba por salir.

Erguido y duro.

Y con su mano acariciando mi vagina húmeda como con sus dedos otra vez en mi interior palpitante, haciendo que vuelva a gemir, bajo su media sonrisa.

Y tras empaparse y abandonando mi interior, causando un vacío en todo mi ser y me retuerza por eso.

Acaricia su pene, para rodearla y lubricarlo con mis fluidos.

—Va a doler, nena... —Solo me advierte y por recordar mí estreches, mientras la masajea e inclinándose hacia mí, me empieza a llenar lentamente.

DENICIO

Jodido Dios, esta me mujer iba a matar de amor.

Y chupo sus labios al sentir que gime de dolor pero llena de placer, cuando siente mi punta introduciéndose.

Sus mejillas ahora rosas de calor y excitación, lejos de ese pálido natural de Muriel, me incitan a enterrarme más en ella, provocando que ambos jadeemos.

Y es Hermosa, cuando intenta acompañar mi ritmo al salir y entrar varias veces de su interior, aumentando mi profundidad como embestidas y sus manos empiezan a acariciar con sus dedos y por abajo de mis brazos, el largo y ahora mi sudada espalda.

Motivando a que empuje más mi cuerpo como mi duro pene, para enterrarme más en ella.

Ocasionándole un grito de placer por eso, para luego estrellarnos en un beso con necesidad y saboreando conmigo, su esencia por la profundidad de nuestras lenguas buscándose y más fuerte, me montaba en Muriel.

Inclinándose mi mundo a la mujer que amaba y su eje en mí.

Y presionando más mis labios en los suyos, al notar su segundo orgasmo colmándola y llenándome.

La envuelvo más a mi alrededor y la jalo con mis brazos contra mí, apretando su cuerpo semi desnudo al mío, mientras se viene y tiembla dulcemente por eso.

Tomo un puñado de esos rizos rojos que son mi perdición, para atraer sus frente a la mía y así, aumentando mis embestidas y ahogando sus gritos, mezcla de clímax con la fuerza de mi cogida y empujándome por última vez, dentro de ella.

El mío, llega derramándose en su interior.

Mis líneas de concentración excitada, se relajan mientras sus bonitos labios cual relamo con los míos, dibujan una sonrisa y mis caderas continúan con esa dolorosa, pero necesitada sensación de

seguir penetrándola, bajo mis muslos endurecidos por la energía ejercida que se tensan, seguido a aflojarse por mi eyaculación terminada.

Quedándonos inmóvil y con nuestros corazones, latiendo fuerte y acelerados, bajo nuestros pechos desnudos sudados y pegados.

—Te amo, nena... — Susurro, intentando no quedarme sin aliento y memorizando, su bonito rostro bajo mío.

MURIEL

—...te amo, Denicio... —Le digo yo, rodeándolo más con mis brazos.

Porque se ve caliente, fuerte y tierno, con esa palpitante energía que todo él emite, mientras procuramos reír pese al gran y dulce cansancio de hacernos el amor algo desbocados, pero con mucha necesidad después de tanto tiempo.

TESAR

Desenvuelvo un caramelo que robé a Marcia de su mesa, mientras silbando tranquilo desciendo las escaleras de la salida del Holding, para ir por mi almuerzo.

Corrección.

Almuerzo y postre.

Al bar y la rusa.

¿Se entiende, no?

Pero, casi en el portón de ingreso principal y saludando con una mano en alto, al guardia de entrada.

Siento, un.

—¿Pero qué, diablos haces tu acá? —Que exclama mi postre, causando del susto desprevenido, que casi abraza al guardia.

Para ver a la rusa de brazos cruzados y también por salir del predio, pero viniendo de la dirección de la cantina.

Y mirándome desconcertada.

Seguido, luego.

Ay carajo...

Sus bonitas cejas juntándose y su boquita, abriendo sin entender.

Mierda.

¿O entendiendo?

Por sus manos yendo a su boca, por retener un grito de asombro.

Mirando la metalúrgica.

A mí.

La metalúrgica, nuevamente.

Y otra vez.

Santa.Mierda.

A mi...

Capítulo Final



Hay tanto silencio en el bar.

Que solo se siente, la jodida aguja segunda del reloj de pared encima y dónde, la rusa quedó una vez que llegamos.

Pensé que con la pequeña caminata y ese aire forzoso que mi chica tomaba a grandes bocanadas, mientras caminaba con pasitos apurados metro más adelante y yo, siguiéndola detrás.

Muy seria.

Y todavía, sin salir de su asombro.

Iba a jugarme a favor.

Pero, nop.

Al levantar mi vista de golpe de la barra donde me apoyé y ver, el adorable rostro de la rusa totalmente desencajado aún y con la seria posibilidad, de estar maquinando su cabecita algún tipo de método.

Doloroso.

Muy doloroso.

Por ese cierto.

¿Cómo, se los explico?

Inocente engaño por mi ingenua e inofensiva confusión, de no decirle nunca quien soy.

Su mirada clara de ojos bonitos y totalmente su ceño fruncido, como brazos tiesos y cruzados en su pecho.

Me dicen, que no.

—¿Entonces, eres... —Formula con una mano en el aire, intentando buscar alguna palabra.
—...lo que pienso?

Froto mi nuca.

—Hijo y tercera generación, de los Mon. —Soy sincero.

¿Demorarlo más?

No, gracias.

Amo mis pelotas, donde están.

Y su ceño se frunció más, de concentración.

—¿O sea, que no eres un mendigo y de verdad una princesa?

—Sí. —Suspiro, con una mueca.

Y quiero justificar, esa mentira que nunca fue.

Decirle que y aunque, al principio lo hice como un juego, pero para guardar mi anonimato.

Ella realmente me gusta y no es, solo una cogida de turno.

Carajo.

Si hasta, más que eso.

Porque, su aire atrevido, desenvuelta y sin freno hasta los pies.

Y siendo, tan hermosa sin esfuerzo.

Provoca, un fanatismo en mí.

Pero, su mano en alto me frena, continuo a llevar ambos a su pelo y rascarse pensativa, caminando unos pasos.

Seguido de detenerse y fijar la mirada en la mía.

—¿Cuál hermano, eres del Satanás?

¿Eh?

—¿Conoces a Joviano? —¿Y eso?

Mi pregunta curiosa, la hace reír nerviosamente.

—Es que necesito saber a cual me cogí y estoy enamorada. —Suelta y sus dedos chasquean frente a mí, volviendo con su pasos sobre su lugar muy pensativa. —Los tres, tienen nombres extraños y poco comunes... —Me mira. —...cuáles, eran?

—Joviano, Denicio y Tesar... —Solo ayudo.

Porque mi cabeza, solo repite lo primero que dijo.

¿Coger, dicen?

No, eso no.

Lindo.

Pero, lo que dijo después.

Enamorada.

Sonrío.

¿La rusa, me quiere?

—Tesar. —Vuelvo a decir, poniéndome de pie.

—Sí, ya te escuché... —Afirma pensativa, mordisqueando un dedo. —...Tesar, Joviano y Denicio... —Nos nombra.

—Que soy, Tesar. —Le digo, acercándome a ella y al darse cuenta, se detiene de sus pasitos indecisos y reflexivos por notarme frente y cerca de ella.

Y el pulgar que está en sus labios mordiéndolo, lo tomo para estrecharlo a modo saludo a su mano y como si fuera, la primera vez que nos vemos.

—Soy Tesar, hermano de Joviano y Denicio. —Prosigo. —La empresa del viejo y la música, es lo mío. —Sonrío feliz. —Mucho gusto y creo, que también me estoy enamorando de ti... —Confieso.

Y su boca de brillo rojito, es una linda O y creo, que hasta una batalla interna todo ella.

Porque no sé, si la rusa me quiere mandar a la misma mierda o reír a carcajadas.

Y mis palpitaciones aumentan, cuando opta por lo segundo.

Reír.

Mucho.

Y del verbo feliz.

Mordiéndolo su labio para luego suspirar, por toda esta loca pero linda locura.
—Ariel Ivanova... —Dice al fin y apretando mi mano. —...dueña del bar, también me gusta la música y tu futura esposa... —Se presenta.
Y me gusta, lo que dice.
Disculpen, me corrijo.
Gustar, es poco.
Porque, me di cuenta.
Que la amaba más, todavía.

JOVIANO

Muchas semanas pasaron y fue el comienzo de otra.
¿Cómo, preguntan ustedes?
Simple.
Ajetreado.
Cerrando negocios con mis hermanos de ventas altivas del acero y dando un semestre positivo.
Y sí.
Gruño.
También, lo que se preguntan.
Mi ocho por séptima vez, rechazando mi propuesta de matrimonio en lo que va del día del estanque.
¿La última?
Hace un rato, la muy atrevida.
Bajo su ritmo de su siempre estilo, orgullo y por más que todo el mundo sabe que es mi mujer.
Su vocación de secretaria eficiente y a días la fiesta de la Summer y con ello, el retiro definitivo de Marcia.
Y por eso, ocho no para.
—Cásate conmigo. —Le acepto una carpeta que me entrega y no pierdo la oportunidad, sentado en el escritorio ya que Denicio hoy llega de su viaje al extranjero con Muriel de meses.
Y su jodida y linda risita, le gana junto a la de Tesar al escucharme de uno de los sillones de la oficina, chequeando también una carpeta, pero las de insumos y firmando abajo aprobándolo.
—No, Joviano... —Me dice de pie y a mi lado, entrelazando sus manitos a mi espera, para que también firme y le entregue la documentación, con la salida de carga vía containers a la T8P Alemania.

AURORA

Y su hoyuelo de picador, aparece por sonreír ahora él ante mi otra vez y séptima negativa.
Silencioso.
Para luego, un.
—Bien. —Solo decirme, entregándome la carpeta.
Y lo miro raro, dando unos pasos.
Cual Satanás, no se inmuta y prosigue como si nada abriendo otra carpeta y aclarándose la garganta con una tos discreta y totalmente, sumergido en la lectura de las hojas.
Miro a Tesar y solo recibo de él, un encogimiento de hombros sin entender.
Sospechoso.
Pero bajo una última mirada sobre mi hombro a Joviano abriendo la puerta, por algún vestigio de una maldad cochina, por esa sonrisa sucia que me regaló antes.
Y notando que como si nada, continúa con lo suyo sin levantar su vista para mirarme.

Salgo y cerrando esta tras mí, dejo a los hermanos Jodete solos.

Y no puedo evitar, apoyarme en ella unos segundos, intentando deducir.

Y mis manitos, van a mis labios cavilosa.

¿Qué, se trae entre manos mi querido Satanás?

Cual no tengo mucho tiempo, para sacar diferentes conclusiones.

Porque Marcia me llama con un gesto, para que juntas, ya que es hora de ir juntas hasta la casona de mis suegros.

Sip.

Por décadas la fiesta de las T8P, se hicieron en el gran salón de convenciones de *TINERCA*.

Mucho glamour.

Mucha alfombra roja.

Muchos invitados.

Desde, simple activos como nosotros, sus empleados.

Hasta lo altos jerárquicos, del ambiente no solo mercantil.

También, la de figuras reconocidas del entorno artístico y los tabloides.

Y por ende.

Muchos paparazzis y el mundo periodístico, escoltando desde tempranas horas, para tener una primicia también.

Pero, ahora no en el predio.

Y aunque va ser masivo y con el sello personal que avala y es reconocida, la Summer de las T8P.

Herónimo.

Rey padre del acero y de todo esto.

Pidió tras hablar con sus muchachos y familia.

Que la fiesta, sea en su casona.

Hermoso vergel con hectáreas de mucho verde y jardín, coronado de flores para esta época.

Y como fondo, de todo ese cuadro muy lindo y viviente.

Lo que él ama.

Su hogar.

Su casona de diseño Toscano a los pies de esas enormes montañas que como gigantes de la naturaleza, resguardan y protegen a los que viven allí.

Elegancia, nos pidió a Marcia y a mí.

Pero lejos ya, del glamour de fiestas atrás.

Encanto, sugirió para envolver el diseño del lugar.

Pero ya no, la seducción de la ostentación de las fiestas de *Elite Commers*.

Y por eso.

Mucho para hacer y no poder deducir a mi placer con tiempo que no me sobra, lo que se trae Joviano con ese tranquilo, angelical y sospechosamente suave <<*bien*>> saliendo de esos labios que amo demasiado, cuando son pura demanda del Diablo.

Y para hacer.

Se me escapa, una risa.

Cosas cochinas, también.

HERÓNIMO

¿En todo mi jardín armándose las estructuras, para la elegante carpa por la fiesta?

Bien.

¿La empresa de Catering con sus grandes camiones, bajando y ordenando todo, en perfecta

armonía y disciplina como me gusta?

Bien.

¿Mi rayo con ocho y Marcia, ejecutando todo yendo y viniendo?

Lindo y bien.

¿Que haya demasiado para mi gusto gente aglomerada, sea de la mierda de empresas de los servicios?

Resoplo, porque no me queda otra.

Mal.

Pero el malhumor que me estaba ganando, se borra ante la palmada cariñosa de mi hijo Denicio, cuando tomo asiento nuevamente a su lado junto a Muriel en los sillones del jardín.

A la mierda mis ganas de echar a todos y tomar yo, el control de las cosas como antes.

Porque, verlos felices a ellos.

Como a cada uno de mis cinco hijos restantes.

Y ver venir hacia nosotros, para tomar asiento y disfrutar de una limonada fresca a rayo de sol con las chicas.

Me da alegría.

—Mucha gente. —Gruño a mi mujer.

Lo siento.

¿Pero aún, soy el chico malo de la novela, recuerdan?

Y ver arrugar la nariz de rayo y hacerla enojar.

También y aún, mi bonito deporte favorito.

Y sus brazos, no se hacen esperar.

Porque riendo, me abrazan por atrás apoyando su mejilla en la mía.

Pero, que decepción.

No hay arruguita y constelación por eso, de pecas en su nariz.

Y carajo.

Porque estoy perdiendo, mis encantos odiosos y de marca registrada.

—Hero, sin esa gente... —Me dice por las docenas de personas ajenas a nosotros, de las empresas de servicio. —...la Summer no se llevaría a cabo y a tiempo, como a ti te gusta...

—Cierto. —Digo, fingiendo mala gana acomodando mejor mis lentes, para tapar mi sonrisa.

AURORA

Una risa, nos puede a todos.

Porque, si algo aprendí en estos pocos meses, siendo parte de esta familia.

Es que el gran jefe y mi futuro suegro.

Que cual, esa fama que se rigió de joven.

Una autócrata.

De carácter volátil y agreste.

Todo un señor oscuro por su acero y temperamento.

En realidad, es.

10% capricho y 90% ternura.

Un hombre, que ante una segunda oportunidad, que le dio la vida.

Una familia.

Luchó por ella.

Afuera como arriba de un ring.

Dónde y hasta ahora, es leyenda y comentario de programas deportivos, esa pelea con un tal Gaspar, cual recibió la zurrada de su vida.

Pero, venció.

Sonríe viendo, como habla con Vangelis.

Su rayo de sol, como le dice él.

Parte y pulmón principal, de esa nueva vida.

Su gran amor.

—Y se tendrán, que acostumbrar... —Suelta Denicio, acariciando con amor la mano de Muriel.

Que de horas de la madrugada llegada de un viaje al extranjero y por casi tres meses de ausencia por una nueva cirugía con posibilidades de esperanza, para su tratamiento.

Tras un corto descanso en el pen por el jet lag, quisieron estar con la familia hoy mismo para contar las buenas nuevas.

Y con mucho asombro, de todos festejando.

No solo que Muriel presentó mejorías mostrándonos pese a no poder levantarse, pero sí, mover algo los dedos de los pies tras una operación y con ajustados como rigurosos ejercicios de recuperación y fisio.

Sino.

—Con Muriel, estamos esperando un bebé. —Nos dice con lágrimas en los ojos y besando con ternura su rostro.

Y todos, gritamos de la emoción.

Algo que nos hace lagrimear con esa noticia.

Porque Muriel aunque lo deseaba fervientemente, sentía que no podía llenar ese espacio para Denicio.

—...por un año y con solo esporádicas visitas de urgencia o desde el mismo pen, mi manejo de la metalúrgica. —Nos dice. — Porque, no voy a dejar a Muriel sola.

—A la mierda, el Holding. —Decreta Herónimo, abrazando a su hijo y secando sus lágrimas, con un pañuelo que le da Van. —Mi muchacha y mi nieto, primero... —Mira con cariño a Muriel.

Y con ese sobrinito y nieto en camino.

Una nueva generación Mon.

Motivo de fuerzas y ganas, para seguir con Marcia ultimando los detalles finales de la fiesta.

Y con ello.

Suspiramos ambas horas después, una al lado de la otra y con nuestras manos en las caderas.

Satisfechas y mirando todo en su perfecto lugar el jardín, con su decoración y ambientación como el servicio de lunch.

Para la gran fiesta de la Summer Opening, finalizando un exitoso año y dar comienzo.

A uno nuevo.

TESAR

¿Qué mierda vudú, era esta?

O mejor dicho.

¿Qué mierdas vudú, pero de las lindas eran estas?

Salir de mi asombro, era poco.

¿Por qué, dicen?

No solo en este corto periodo de pocos meses, resultó que mi rusa y ocho, eran grandes amigas de toda la vida.

Que con Joviano al enterarnos y mirarnos de reojo, un cierto escalofrío nos recorrió a ambos por igual, provocando que frotemos hasta el mismo brazo y en simultáneo, cuando ellas en persona nos dijeron eso.

¿Demasiada casualidad, no?

También enterarnos todos y con la llegada después, de una ausencia de muchas semanas de Denicio y Muriel tras su viaje.

De que ambos, iban a ser padres.

¿Más alegría?

Imposible.

Un afortunado cabrón cuando nos contaron y siendo abrazados por todos.

Y dónde para suerte y la mierda destino que sea en todos nosotros, mirando los tres de pie una tarde en el pen a nuestras chicas sentadas en la sala charlando animadamente por las horas previas a la fiesta.

Un gran lazo de amistad, entre ellas.

Una naciente y creciendo a pasos agigantados y fortaleciéndose más, sumándose nuestras hermanas.

Y no solo llegando Juno, desde la misma África por la fiesta.

Que sin pérdida de tiempo y subiendo casi empujando a Caldeo, por mas rey que sea al avión.

Al enterarse de que uno de sus hermanos, va ser padre.

Sino también, porque todos.

Como quién, dice.

Ya sentamos cabeza y en proceso, de armar nuestra propia familia y conocer a sus futuras cuñadas.

Y por, ende.

Llamado a todo el clan.

Sip.

Sonríó.

Los Mon para estar juntos como siempre y una vez más.

YO

Los reflectores, yendo y viniendo.

Iluminando con sincronización partes de nuestras montañas como cielo despejado, con su láser y bajo las totalidad de las estrellas.

Y pareciendo estas, que iluminan más que nunca y que tantas veces Herónimo como yo, contemplamos y siendo más que testigos, de nuestra vida juntos.

Una a veces malas, por personas que acecharon contra nuestra felicidad.

Pero sobre muchas buenas y hermosas, por no solo el nacimiento de nuestros hijos.

Sino, toda nuestra gente querida también.

Que como ahora y con la Summer dando su comienzo con el centenar de invitados, ya en sus mesas y disfrutando del show con sus servicios.

Nos acompañan todos, en la gran mesa asignada.

Para la gran familia que es la Mon, Nápole, Grands y Montero.

Una que, comenzó en mi primer día de trabajo en el piso 17 del Holding, pero pateando el trasero a mi jefe déspota.

Siendo solo él, Mel, Rodo y yo.

Cuatro amigos, inseparables.

Para luego, con cada angina de pecho caprichosa de Hero.

Comilonas, de un Rodo siempre alegre.

Y una Mel mandando al demonio al jefe pero con mucho amor, por ser dueño de muchas de mis lágrimas.

Y yo, enamorándome más de él.

Eso creció.

Con la complicidad de Grands ahora retirado, pero vigente en nuestra mesa esta noche con nuestra Tatúm, su esposa, Cristiano y nuestros nietos.

Lulú toda una mujer y dedicada a la letras, para ser una gran escritora y el retoño de ambos y su hermano menor, Caylen.

Muchachito que se las trae, robando suspiros en la universidad por su protagonismo en el fútbol.

Hope y Caleb, con nuestros nietos amados y tan adultos.

Saimon, Sacha y Sidharta.

Un prestigioso cirujano, otro un reconocido bailarín como sus padres y el último, entrenador de artes marciales.

Para luego, nuestra dulce Junot y un Caldeo, amados por su pueblo.

Y dónde la imponente Shabanna, hija y futura reina y de la mano de su primo Cabul hijo, también presentes esta noche, con sus padres Constantine y Amely.

Dúo dinámico de ojos hielo y como la misma agua herencia de sus padres, con la lucha contra la interna políticas y guerra civiles, que aún azotan ese continente.

Y nuestro querido Hollywood riendo por algo de Serena y su siempre vestimentas impecables, pero de colores vivos como el esmalte de sus uñas.

Siniestra sentada en uno de mis lados, toma mi brazo notando mi mirada en cada uno y me sonrío como Lorna y Pulgarcito, mirando emocionados a todos también, junto a Roger con Tomas y Lucas.

Ya que.

Unos, ya no están.

Pero, otros nuevos.

Como nuestros queridos nietos y el que viene encamino muy amado y esperado por todos, cual no deja de acariciar Denicio el vientre de Muriel.

Que continuarán, las lindas historias.

Sus lindas historias...

AURORA

Elevo y bebo un traguito de mi copa a modo brindis, por el éxito de la fiesta y tras abrazarla y dedicando unas palabras Hero a ella, la despedida bajo muchos aplausos de todos a Marcia y su merecida jubilación.

Algo alejada del epicentro de la fiesta, camino por los alrededores y con cierto recelo, del jodido estanque con su jodida agua.

Pero, disfrutando de la majestuosidad de todo este vergel con su impresionante bosque, que cual al conocer a Juno como Caldeo, ambos no solo me relataron su amor incondicional por él.

También, la magia de todo este lugar.

Y sonrío, con otro sorbo a mi espumante bebida.

Porque, es así.

La risa de algunos niños bajo la música ambientando el lugar en esta bonita noche y carcajadas de invitados, llegan hasta mí.

—¿Lindo, no? —Me dice, ante todo lo que nos rodea.

—Muy hermoso... —Respondo a Joviano volteando y para verlo, apoyado del grueso tronco de uno de los frondoso árboles del bosque.

Su impecable smoking negro como casi todos los invitados, con su altura y ese imponente

aspecto que todo Mon irradia de facciones perfectas y viriles.

Lo hacen caliente, como misterioso.

Y más, cuando con ayuda de su hombro apoyado en el árbol, se empuja para venir con esos pasos lentos hasta donde estoy.

Para rodearme con sus brazos y apropiarse de mi cintura por atrás, apoyando su mentón en la base de mi cuello y hombros.

Suspira y río.

—¿Me vas a pedir matrimonio, otra vez?

Niega sin hablar y sobre mi piel.

—No, todavía... —Me murmura y aunque, por la posición no llego a sus ojos.

Sé, que está mirando mi mayor miedo.

El agua del estanque.

—Voy a terminar, de contarte la historia... —Me susurra.

—¿Historia?

—Nuestra historia, ocho... —Me dice.

¿Hay más?

—Sí, nena... —Me responde como leyendo mi pensamiento y me suelta, pero solo para tomar una de mis manos y que caminemos por el lugar.

Cual lo sigo curiosa y tomando parte de mi largo vestido de fiesta, para no tropezar y de saber.

Ya que, como lo dije antes.

Solo imágenes borrosas, tengo guardadas.

—¿Recuerdas, por qué te caíste al agua? —Me pregunta, llegando a algún punto del estanque.

Donde a pasos está el agua que corre en su letargo y como espejo nocturno, ilumina el cielo estrellado, las montañas y hasta nosotros con su reflejo.

Y por tener a Joviano a mi lado, no mucho miedo.

Que como diapositivas y sin orden, imágenes empiezan a aparecer en mi mente de ese día escolar.

<< Compañeros con nuestra llegada a la bodega explicando que era, por un maestro.

Y el sonido lejano de un motor de carrera llegando a mis oídos, sobre el silencio de todo ese paraje y charla explicativa del educador.

Cual soltando la manito de mi compañera y chupando más, la golosina que estaba comiendo.

Una sortija, con un chupetón rojo de caramelo arriba.

Me encaminé sin que nadie se diera cuenta y mientras los demás ingresaban al edificio, en dirección donde venía ese sonido de coche de carrera. >>

—Tu amor de temprana edad por los motores y mis padres marchándose en uno, hizo del momento justo tuyo, como también para una de nuestras andanzas y sin el perímetro controlador del viejo con sus anginas... —Me explica al ver que afloran, esos recuerdos en mí.

—...a que nos junte a ambos, en el estanque de tu casa. —Sigo por él, intentando entender más.

—Yo, me caí al estanque... —Murmuro sonriendo. —...porque, sin querer se me escapó entre mis manos mi golosina... —La memoria al ver mi chupetón en el agua y yo, procurando inclinada y sobre mis diminutas rodillas y tamaño, alcanzarlo viene a mí.

—¿Esto? —Y una mano de Joviano, va a su bolsillo para sacar.

La sortija.

Lejos de su dulce, por tantos años.

Pero viniendo a mí, el recuerdo al verlo.

Su lindo color rojo cuando lo elegí, entre varios caramelos en la tienda de dulces.

—Yo lo recogí al verlo entre unas piedras a orillas del agua y sabiendo que solo podía ser tuyo, regresando al lugar después y tras tu promesa nena... —Sus labios se tuercen una mueca de nostalgia, haciendo que sonría entre lágrimas sin poder creer. —...el agua... —Me dice, con una sonrisa. —...no te aisló, por ese pánico... —Prosigue retrocediendo y sin soltar mi mano, llevándome con él hasta donde sus zapatos en el estanque.

Unos de vestir y diseño Italiano.

Y sin importarle, se sumergen en el agua tapando estos.

Pero se detiene de adentrarse, al ver mis pies con mis tacos altos, rozando su orilla.

—...esto que tú, le tienes miedo nos unió ocho con esa sortija de juguete roja. —Suspira. —Y que, antes llevaba un chupetón de caramelo arriba.

Y lo miro emocionada, ya que por diecisiete años guardó, como su mayor tesoro y en memoria a mi promesa.

La desliza, por mi anular.

Y por octava vez, me dice.

—¿Te casarías conmigo, ocho? —Bajo, mi primer paso en el agua.

Seguido, de otro.

Para poder llegar a él y su abrazo mientras digo sí, emocionada y con un llanto, pero con temor al sentir el contacto líquido del agua cubriendo mis pies.

Pero sumergida, en vez de ella.

En los brazos de Joviano.

Mi Satanás.

Unos que me abrazan con la misma calidez, de hace casi veinte años atrás protectoramente.

Al igual que meses antes, cuando nos volvimos a encontrar y reconocernos.

Y ahora mismo.

Con el beso, que se adueña de nosotros y la misma intensidad de nuestro abrazo y con la jodida agua borrando, esa parte de mi temor y siendo testigo.

De nuestro amor para siempre...

JOVIANO

Noche de fiesta, genial.

Y más, cuando Aurora me dio el sí.

Seguido de sellar esa noche inolvidable y para los dos.

Haciéndole el amor, ahí mismo.

Si.

¿Les dije que la paciencia no es lo mío, recuerdan?

Y a orillas del estanque y como camuflaje, la semi oscuridad de él y con el agua colmándonos.

Mojando, partes a mi ocho.

Dónde verla empapada por esta y sentir la humedad del agua en la suavidad de esa seda del vestido, pegándose a su figura y sus duros pezones, cual me alimenté, mientras recostados levantando esta para el acceso a su entrepierna y haciendo a un lado su braguita y sin molestarme en sacarla para ir a.

—Mi hogar... —Le susurré, introduciendo mis dedos.

Y al notarla lista para mí.

Enterrarme en ella.

Amándonos.

Y ahogando con nuestras bocas reclamándose, nuestros gemidos para no ser escuchados.

Pero ocho recibíendome y yo, empujándome más en su interior.

Era mía, cada jodido rincón de su cuerpo.

Lugares que ni ella misma, se reconocía.

Pero mis labios como lengua, sí.

Y muy pronto legalmente.

Mía.

Cosa, que se lo demostré cada día que pasó después.

Como cada mañana y a las 7:17h con mi siempre, vaso de café Colombiano.

Ahora algo rebajado, intentando que no lo descubra.

Pero saboreando cada uno, como si lo fuera y fingiendo no notarlo.

Cruzando nuestras miradas por corredores y pasillos del Holding, con la promesa en mi mirada al pasarnos y rozando nuestros hombros.

Yo, con potenciales clientes y serio, explicando la gran plantación metalúrgica.

Que en breve o salida del trabajo, una pared y ella estarían en mi absoluto poder, por mis manos.

Y ella, con una sonrisa oculta en sus siempre papeles, de secretaria eficiente.

Seguido a un bajito.

—Cerdo... —Que yo solo escucho, pero esperando esa caliente advertencia de su jefe y futuro marido.

Tiempo que transcurrió, llevándose el estío del verano.

Para dar comienzo en sus tonos amarillos con sus ocre y tiñendo las calles como ciudad.

Con la llegada del otoño.

Donde Tesar y Ariel, se casaron y decidieron vivir como mudarse definitivo, arriba del bar.

Departamento libre de lujos, pero con mucho a hogar.

Y cual mi hermano sin abandonar el Holding, se dedicó por las noches y de la mano de su mujer a su otra pasión.

La música.

Demostrando sus habilidades y ser un maestro en ese arte, deleitando con ello a clientes como amigos que concurren cada noche.

Y con esa estación, pasando.

Llegó el invierno.

Donde una tarde con ocho y en compañía solo de mamá, porque el clima no jugaba a favor del viejo.

Y con un camión de una empresa de mudanzas y mi nena, llevando sobre su alianza de compromiso que le regalé.

También y amando más que la de oro con su bonita piedra de quilates.

La roja de chupetón y de golosina.

Con Aurora, encontramos nuestro hogar.

La casa chalets con verde y cochera para arreglar mis máquinas, que siempre soñé y poca distancia de la casona, que encontró mamá.

Para luego, finalizando la temporada de frío.

Y llegada, de la primavera.

Dando su bienvenida con los primeros brotes y flores anunciando su arribo.

El Nacimiento de Magnolia.

La hija de Denicio y Muriel.

Cual y toda la familia.

Y cuando digo todos, es del verbo montón.

Inclusive hasta Juno que otra vez a empujones para no perder tiempo, subió a Caldeo como hija al avión, para no perderse la llegada de la bebé.

Y el viejo siendo el primero en recibirla en sus brazos, tras un beso de Denicio en la frente a su fuerte mujer, seguido a su pequeña hija y rodeados por todos nosotros.

Un.

—Bienvenida a la familia, hija... —De siempre de papa, sonó como lo hizo con cada una de mis hermanas, nosotros y cada nieto que sostuvo entre sus brazos y al nacer, lleno de emoción.

Porque el viejo, es pilar de todo esto.

Porque el viejo querido y según se cuenta aún, por los corredores y rincones de *TINERCA* la leyenda.

Que él, era el señor oscuro.

El rey del acero.

Ególatra como millonario.

Hasta mujeriego y dominante.

De humor ácido y déspota.

Y con cuatro reglas, cual se regía y que nunca, llegamos a saber con mis hermanos y hermanas.

Porque, papá era.

El jefe de los jefes.

Pero como mamá nos dijo siempre, sobre sus berrinches como crío de cinco malcriado.

Que el viejo...era especial.

Y lo fue cada momento de nuestras vidas, para nosotros como para otros.

Dejando su sello de amor y las enseñanzas, que nos dio y motivos por cual.

Verdaderamente, vale la pena luchar.

Valorar y vivir.

Como lo hizo en la cama y rodeado por todos meses después y sin jamás, abandonar la mano de mamá e intentando todos, retener las lágrimas.

Cuando se despidió de nosotros y con un suave beso a la mano de su rayo y una sonrisa que nunca abandonó su rostro, le dijo adiós.

Porque ese corazón rojo que él de joven dudaba de su color, por su famosa biblia y calefón.

Dejó, de latir...

YO

Mis lágrimas que no dejan de rodar, se mezclan con la suave lluvia.

Porque también, el cielo llora para despedir a Herónimo.

Al pie de la colina y en un ahora, enorme árbol de manzano.

Dónde mi querido déspota controlador, quiso su despedida y entierro.

Junto a ese hijo que amó y no pudo ser.

Como con nuestra amada Juli y hasta el querido e inolvidable Ratita.

Un sosegado llanto cubre a todos, bajo las palabras cariñosas del ministro a nuestro Herónimo y necesito de la fuerza de los brazos de Mel como la de mi hija Tatúm, cuando la despedida llega, porque las mías me abandonan de tanto dolor y amor.

Y cuando creí que mi llanto oprimido en el pecho, iba romper sin consuelo.

Un murmullo, llama la atención de todos.

Que dé a uno por vez.

Lorna y Pulgarcito.

Karla y su familia.

Rodo y Caleb.

Los padres de ocho y Ariel, junto a la madre de Muriel.

Hope con sus hijos, como Juno y Caldeo.

Marcia.

Hollywood, acompañado de Serena.

Cristiano al igual que Grands con su esposa.

Tesar, siendo contenido por Ariel.

Lulú y Caylen.

Denicio y Muriel con Magnolia en sus brazos.

Joviano limpiando sus lágrimas con el puño de su abrigo y muy abrazado a ocho.

Constantine y Amely, junto a Cabul.

Shabanna.

Un chico de chaqueta de cuero gastada, alto y lentes de armazón negro con un cuaderno bajo un brazo y que tan conmovido como yo, nos mira a todos con ternura.

Y parte del Holding y las T8P, presentes y conmovidos.

Seguido de mí, intentando ver sobre la llovizna y bajo mi paraguas.

Empezamos a notar cientos de estos, abiertos y acercándose.

Muchos paraguas.

Por cientos de personas, cargándolos.

De tonos grises como sus vestimentas por luto, mientras suben la colina y hasta donde estamos.

Mujeres la mayoría, señalando edades como de países diferentes.

—¿Quienes, son? —Me pregunta Mel que como todos asombrados y sin entender, miran esa masa humana acercándose y rodeándonos con cariño silencioso.

Y una sonrisa llena de lágrimas, me colma y conmueve volviendo mis ojos al chico de chaqueta de cuero gastada y lentes.

Que solo asiente a modo respeto con su barbilla y sonriendo tras sus lágrimas, se marcha como vino.

Silencioso.

Y necesito llevar una mano a mi boca, para calmar un llanto de emoción.

Porque, son.

—Lectoras de Herónimo... —Logro decir entre lágrimas ahogadas y sonriendo dentro de mi tristeza, por ese amor.

El amor que veo en cada una con sus rostros mirándome, como a cada integrante de la familia.

Incondicional.

Unas, de mucho tiempo y acompañándonos de años en nuestra historia.

Como nuevas y recientes, pero esa misma luz de cariño mientras van dejando de a una y a Hero, su muestra de amor.

Una rosa blanca.

Y Joviano, dejando solo un momento a ocho.

Al entender, camina a ese lindo regimiento de cientos de mujeres conmovidas.

Para abrazar con cariño a una mientras se inclina, para luego susurrarle algo en el oído.

No llega a nosotros.

Pero sí, sobre esas bajas palabras, deseándole algo en ese abrazo efusivo y su nombre.

Liz, viniendo de México al funeral.

Miro la foto con la imagen de Hero, junto al manzano y la acaricio con mi siempre amor.

Una bonita fotografía de él, riendo y lejos de esa sonrisa escurridiza y que se hacía rogar, cuando nos conocimos.

La oxidada, por su poco uso.

Una que refleja al igual que su mejor amigo a toda potencia y dónde para el placer de muchas, mostrando ese canino ligeramente más desgastado e inclinado que el otro, en esa perfecta dentadura.

—Gracias por tanto, mi déspota controlador... —Le agradezco, siendo rodeada por las dos familia que hizo.

La sanguínea como de amigos y la literaria.

—Gracias, mi querido Hero... —Susurro por tantas doctrinas de amor, que me dio y enseñó.

Que nos dio y enseñó...

Fin.

Capítulos extras y regalo, de dos epílogos tiernos de la vida del querido rata como familia mon que fue. Espero que lo disfruten ríen y emocionen, tanto como yo. Cristo.

Agradecimientos

A mí viejo por estar siempre y hasta ahora conmigo, por más que es una estrella de la guarda en el cielo...



Agradecimientos a todas ustedes.

Mil gracias por todo, gente de corazón.

Gracias por leerme y gracias, por cada recomendación que han hecho a mis novelas.

Muchísimas gracias por seguir hasta este final conmigo y esa santa espera, por mis demoras en actualizar; cuando hace poco más de dos años mi vida dio otra vez un vuelco de 180 grados por perder a alguien muy querido para mí y tener que hacerme cargo de algunas cosas, robando mis tiempos.

Gracias, por siempre alentarme.

Y sobre todo, re gracias por amar mi saga.

Una muy especial para mí, en muchos aspectos y parte de mí ser.

Conmovido hasta la médula, pero una linda emoción dentro de la tristeza.

Porque Hero con su saga, necesitaba su cierre definitivo.

Y aunque, se me cayeron las lágrimas escribiendo este capi final.

Viendo a Herónimo desde sus inicios, lindo despedirlo hasta los últimos de él también y con su familia que tanto amó.

Sus amigos.

Y con sus chicas.

Si.

Ustedes.

Y acompañándolo en este capítulo, como él quería.

Siempre.

Gracias Sar por todo y mente maestra incondicional, en cada diseño y portada.

Y gracias a mi mariposa y mi mariposita...

UN EPILOGO MUY ESPECIAL



YO, EL RATA



PARTE 1

Epílogo final 1 de yo, el rata



—Ven perrito, perrito... —Fue lo que escuché, antes de la tremenda golpiza que me dieron tres niños, cuando me vieron entre unos arbustos al asomarme, por sentir que reían.

Yo, solo quería jugar.

Ellos también.

Pero, no el juego de ellos.

Porque me hacía doler con cada impacto, de esa bola redonda que llaman pelota de fútbol como la ramita del árbol que tenían.

Ellos, eran tres jugando.

Haciéndola rodar por el césped del pequeño parquet, donde los vi y también percibí, que la meta era llevarla hasta el final, cual uno y entre dos piedras esperaba por ella.

Pero lo supe tarde, porque soy chiquito y se enojaron mucho, cuando la tomé y corrí entre ellos con la pelota en mi boca.

Y se enojaron más.

Cuando sin querer con mis dientitos la pinché.

Y ese juego, se convirtió en otro.

Uno, que sentía malo.

Feo.

Porque sus miradas entre sí, pese a llamarme con cariño para que me acerque cuando huí al ver que me gritaron por romper su juguete y desde la distancia.

Me daba miedo.

Yo, solo quería jugar.

Estar con ellos un rato más.

Por más hambre que sentía y antes de volver a mi rondita de encontrar donde pasar esta noche.

Y moviendo mi colita, me volví acercar despacito bajando mis orejitas.

Pidiendo perdón con ellas.

Porque, yo quería que seamos amigos.

A lo mejor, tenían más pelotitas o más juguetes para mí, y por eso me llaman para que regrese.

Y me emociono con cada pasito que doy, cuando uno arranca entre los arbustos una rama de un

viejo árbol.

Como una vara.

¡Yo ese juego, si lo conozco!

Feliz y más confiado, aumento mi trote.

Porque vi, como unos papás humanos lo hacen con otros perritos.

Genial.

Es solo, traerla de vuelta cuando la lanzan.

¡Divertido!

Y confío.

Pero una vez llegando a ellos, el primer impacto me da en el lomo con esa rama y ríen.

Para luego, con el juguete redondo que pinché y que veloz por una patada de otro nene, golpea mi hocico.

Y algo tibio me sale.

Rojito.

Chorreando de mi nariz, sobre otro golpe otra vez por esa rama.

Y me hago un ovillito sobre sus risas, porque quiero escapar, pero no me dejan.

Me rodean.

Y lloro.

¿Por qué?

¿Por qué, me hacen esto los nenes?

Yo, solo quería jugar y tener amigos y no rompí, apropósito su juguete.

No sabía.

Ya que, soy chiquito y no tengo mamá.

Pero sobre sus juramentos y carcajadas castigándome, una frenada de coche se siente a un lado de nosotros y sobre la calle que lo rodea.

Chirriante.

Fuerte.

Seguido, de un portazo por bajar alguien de él e interrumpiendo este juego que no entiendo.

Porque, es uno.

Ya que, los hace reír y ser felices.

Pero a mí, llorar.

Y la vara en alto, cae de la mano de uno de los nenes como la pelota de los dos restantes que ante el último golpe sobre mi cabecita, rueda lejos por el césped, al ver aparecer a un hombre frente nuestro y con toda la confianza del mundo.

Lleva lo que llaman lentes de sol y gorra de beisbol, pero no me deja ver bien su rostro sobre una gran chaqueta negra y larga hasta sus talones como su ropa toda oscura que lleva puesto.

Pero pese a eso, siento su mirada fría tras este a los nenes, mientras mis quejidos de dolor y querer huir a rastras de todos aumentan, frenándome sus manos que me rodean e inclinado me alza.

Noto que mordisquea su mejilla interior por una mueca de sus labios, ante este juego que los niños felices jugaban conmigo.

Que, después con el tiempo supe.

Que le llaman paliza.

Él mira el cielo como buscando algo.

¿O alguien?

No lo sé.

Pero sintiendo, aunque me dolía mi lomo por este juego y sobre sus fuertes brazos

sosteniéndome de forma tosca y fría.

Que podía, confiar en él.

Algo, me lo decía calmando mis quejidos.

Que no me preocupara.

Y yo también por eso, miré el cielo como lo hizo él.

Porque creo, que viene de ahí y me dio calma.

—Con la maldad...podría dar cátedra... —Murmura al fin el hombre, flexionando sus rodillas y buscando una posición cómoda creo, pero sin soltarme sobre mis gemidos de dolor ante ese movimiento.

Acaricia mi cabecita huesuda.

Parece joven, ahora que lo observo mejor.

—...la iniquidad se podría decir, que es mi segundo nombre... —Prosigue, ante el silencio y mirada entre sí, de los nenes de no mucho entender esa palabra.

Que no sé qué quiere decir, mientras saca de uno de los bolsillos de los jeans oscuros que lleva puesto, un pañuelo y limpia mi hocico de rojito con cuidado.

—...ya que vive en mí, y con muy poco esfuerzo puedo crearla... —Vuelve a guardarlo, al notar que ya está limpio de ella. No los mira. —...inclusive, me he deleitado con ella muchas veces. — Apenas su mirada se eleva sobre los tres niños, mientras se saca con lentitud sus lentes de sol y los guarda sobre un suspiro cansado y frotar sus ojos con la mano.

Para luego, al fin mirarlos a través de sus pestañas.

Lento.

Y haciendo por la dureza de esta, que los niños petrificados como silenciosos y costosamente ante ella, retrocedan un paso por miedo.

—...ya que, puedo ser un jodido y cruel demonio si quiero... —Me acaricia otra vez mi cabeza, pero sin abandonar su mirada en los nenes y dibujando una media sonrisa. —...pero, no quiero que este cachorro vea semejante cosa y lo merezca... —Gruñe lo último entredientes y sin un gramo de docilidad, sobre un polvo de tierra y hojas que despiertan de su letargo en el suelo y comienza a elevarse y girar sobre nosotros, por la brisa que aparece con sus últimas palabras.

Y yo, quiero huir al ver esa ventisca de hojas y polvo, que surge de golpe y volver a mi cuchita.

No me gustan las tormentas.

Y más esta, que se forma de golpe con ciertos nubarrones grises que se acoplan y aparecen de la nada, amenazando el día soleado con truenos lejanos.

Pero el muchacho que me sostiene, no me lo permite y palmea mi lomo para darme tranquilidad, mientras oculto mi rostro dentro de su chaqueta de cuero larga, negra y abierta que lleva puesta.

Y tras los gritos de miedo y fuga de los tres niños, ante esa borrasca de hojas y tierra que se hace con advertencia de lluvia, olvidando inclusive el juguete que pinché sin querer y quedó metros de nosotros.

Y por la amenaza, de la palabras de este chico.

La presión de sus brazos sosteniéndome, empieza a ceder como el viento que se levantó al quedarnos solos.

Todo merma y se puede sentir otra vez.

Y ver, el cielo despejado nuevamente.

¿Las nubes grises, dónde se fueron?

Y hasta otra vez, en el pequeño parque, uno que otro trinar de los pajaritos en los árboles.

—Puedes irte cachorro... —Su voz suena, cuando me deja en el suelo.

Y eso hago sin siquiera mirarlo, cuando me deposita en él.

Corro.

Quiero huir como esos niños en dirección contraria a él, porque da miedo.

Soy chiquito y no entiendo nada lo que pasó y aunque, algo arriba me daba tranquilidad en brazo de este muchacho, sobre ese juego con la vara y la pelota.

Algo oscuro, lo rodea.

Lo siento.

Y sigo corriendo.

Lo corona, por más que no se puede ver y lo percibo en cada pelito que tengo.

Pero, me detengo de golpe y a una cierta distancia.

Algo jadeante como con mi lengüita afuera y sacudo mi lomo hasta la punta de mi colita, antes de voltearme a mirarlo.

Porque, ahí está.

El chico, no se movió.

Imponente con su altura y sobre el mismo lugar.

Solo mirándome.

Guau.

No lo había notado.

Y me siento y rasco una pulguita.

Tiene ojos de color raro.

Me recuerda a los hermanos Siberianos.

Inclino, mi hocico dudoso.

Tal vez, sean más claro todavía y sin saber por qué, de mi estrepitoso escape, vuelvo sobre mis pasos.

Hacia él.

Como lo hice con esos niños, cuando me llamaron al romper el juguete redondo.

Tengo miedo, de recibir otra vez ramita y pelotazo.

Pero, vuelvo a confiar...



Veo como le da un par de billetes al hombre del puesto de hotdogs del parque, mientras toma entre sus manos dos de ellos y viene hacia mí, dando un mordisco a uno con ganas.

Y yo, donde me dijo que aguarde sobre una banqueta de las tantas que hay en este, lo miro y me relamo inquieto.

Me gustan las salchichas y a veces, abundan restos de ellas en los cestos de basura.

Toma asiento a mi lado, mientras limpia algo de aderezo de sus labios y da otra gran mordida, casi terminando la suya, pero me ofrece la otra.

Y me emociono, mientras lo miro.

¿Para mí?

—Si. —Dice, depositándola en mis patitas y sacando lo que la envuelve, para hacerlo un bollo y con un lanzamiento perfecto, cae dentro del cesto grande frente nuestro.

Y no me hago rogar.

Mi colita tampoco, moviéndose agradecida.

Lo empiezo a engullir con ganas, por el hambre que tengo.

—Estás flaco y feo... —Me murmura, relajándose con toda su espalda donde nos sentamos y sacándose su gorra de beisbol, para luego volver a acomodarla mejor sobre su cabeza y estirar ambos brazos de forma laxa en esta, mirando el lugar como cada humano que disfruta de este, cruzando una pierna sobre la otra.

Notando algo único, masticando mi último pedacito de salchicha.

Su pelo algo recogido y oculto por su gorra, que ahora sobre sale, tienen el mismo tono de sus ojos.

Color plata.

—...eres, de la calle cachorro? —Me mira.

Muevo mi colita.

—...cómo, te llamas? —Pregunta.

—Guau... —Le respondo.

Y se sonríe por eso, palmeando mi cabeza huesuda, pero ahora sin mirarme.

Siempre absorto en lo que nos rodea, terminando de limpiar dejos de salsa en su dedo con la servilleta de papel y volviéndolo a lanzar al cesto.

Y lo imito.

Solo, miramos en silencio.

El ir y venir de humanos, que pasan frente nuestro.

Algunos trotando como otros en manada jóvenes sobre el césped y bajo la sombra de un árbol, conversando con cosas en sus manos.

—Lo que realmente importa, es inverosímil a los ojos... —Suelta tan bajo, que a mí con mi súper orejitas, hasta me cuesta oír cuando lo murmura.

Siempre, con su mirada clara como su pelo en frente.

Pero, ahora fijos en algo y por eso, la sigo.

Para encontrarlos depositados, en una muchacha sentada casi frente nuestro en otra banqueta.

Sola.

Bonita y joven.

Bien vestida como arreglada, con lo que llaman celular en mano.

Que tras elevarlo y haciendo pose sonriente, un clic de este, saca una foto, para luego observarlo y desapareciendo esa linda sonrisa que tenía, teclea y no para de hablar a quien llamó desde su celular y quejarse con quien conversa.

Que necesita uno más nuevo y que la imágenes no son buenas.

Que el que tiene ya no le sirve y le reclama, la compra de otro mejor y de moda como todas sus amigas.

Rueda sus ojos ante lo que escucha y muerde sus labios por decepción, por la respuesta y dando por finalizada la llamada sin despedirse y con un puntapié, con sus lindos zapatos al suelo por bronca mientras se pone de pie.

—Envidia e ira... —Suelta el chico como si hablara con él mismo y lo miro por que no sé que es eso, mientras la vemos irse sin más, exclamando la vida de mierda y sacrificada que le tocó, acomodando a un lado su bonito pelo a medio recoger.

Y el muchacho medio extraño que me salvó y me regaló una salchicha, niega divertido pero con expresión de asco por eso.

—Sacaría mi arco... —Gruñe.

¿O amenaza?

Sin dejar de mirar la chica, que no deja de farfullar mientras camina y choca sin querer con otro hombre, por estar absorta en sus pensamientos y sin siquiera disculparse.

Lo miro por eso.

¿Arco?

¿Qué, será eso?

¿Dolerá, como el juguete redondo?

No tengo idea.

Pero la estrechez y ferviente mirada de sus ojos plata, puestos en la chica y al muchacho que chocó y la quedó mirando por su mala actitud.

Me dicen, que a lo mejor sí.

—Bien. —Escucho que me habla, poniéndose de pie mientras sacude algunas migas de su hotdogs de su jeans con ambas manos. —Sobrevive y no permitas, que los humanos abusen de ti...

—Me mira y vuelve a palmear mi cabecita. —Debo seguir en busca de mi propósito...

¿Propósito?

¿Y eso, qué es?

Camina algunos pasos.

Grandes zancadas.

Pero, se detiene repentinamente y sobre un hombro, voltea a verme encontrando mi mirada en él.

Muevo mi colita por eso, pero quietito sobre mi lugar.

—¿No hagas eso, si? —Suelta bufando.

Y me rasco otra pulguita y lo sigo mirando, porque no entiendo que quiere decir con sus palabras y curvo mi cabecita, provocando que una orejita caiga y tape uno de mis ojos y gima por eso muy contrariado.

—¿Eso? —Me reclama, señalándome con un dedo. —Esa mierda, de ser tierno.

Mira el cielo con reproche y de mala gana.

—¿Lo haces apropósito, verdad? —Le recrimina.

¿A quién?

Y yo, también miro el cielo.

No veo a nadie.

Solo, lo lindo que está despejado y parece, que eso lo molesta más cuando escucho que le habla.

Sip.

Al cielo despejadito.

Le habla de mí, pero no sé qué le dice e inclino mi hocico por eso y se me vuelve a caer la orejita.

Me sacudo, para que vuelva al lugar.

Qué, humano raro.

Agacha su cabeza como intentando calmarse, de lo que sea que delibera de mala gana alzando sus manos al cielo, para luego frotar su cabeza sobre su gorra como si lo hiciera con su pelo de frustración.

Seguido con ambas manos en su cadera, patear el piso con un pie tipo berrinche y tras lanzar una gran como profunda respiración.

Exhalarla antes de volver y reanudar sus pasos hacia mí, tomando asiento nuevamente a mi lado.

—Ok. —Me dice, frotando una y otra vez su rostro con ambas manos.

Me mira.

Y muevo, mi colita por eso.

—Dime cachorro... —Prosigue. —...si alguien, podría concederte un deseo... —Apoya un brazo en su rodilla, para luego su barbilla en un puño con toda su atención en mí. —...qué sería?

¿Qué?

¿¿Deseo?

Suena, como a algo que uno quiere.

—Si... —Me responde, volviendo a su posición anterior de toda su espalda como brazos, relajados en la banqueta.

Cruza una pierna sobre la otra, con su perfil de vuelta en la totalidad del parque y lo que nos rodea.

—...un anhelo. Algo que te gustaría tener o hacer... —Su mirada como los hermanos Siberiano, ahora está conmigo. —...y se te puede conceder y hacer realidad...

Y me emocioo otra vez, porque le entendí.

Me relamo.

¿Muchos huesitos?

¿Una linda cuchita?

Y ladro feliz, en solo imaginarlo.

Pero, algo rebasa ello.

El sonido que alerta mis orejitas, como respuesta a la lejanía en el parque.

Y el muchacho de ojos y pelo extraño, lo nota y sigue con su mirada ese sonido también.

Más allá de las banquetas y paso de los humanos.

Inclusive un poco más, de la manada joven bajo ese árbol sentados.

Sobre una porción de un gran césped.

Dónde, los humanos que tantas veces observé y vi como aprovechando de este, juegan o simplemente pasean disfrutando con su inmensidad.

Con otros perros.

Como yo.

Mascotas, escuché que nos dicen.

Es el sonido de la risa de humanos cachorros o adultos, correteando con hermanos perros.

Y lo miro al muchacho extraño, que también lo observa y escucha.

Para luego, observarme a mí.

Muevo mi colita.

Eso quiero.

Un papá y una mamá humano.

Una familia.

Siendo suficiente para que y sin sobre aviso, vuelva a tomarme entre sus brazos y me lleve con él.

Para luego estar dentro de su coche, alejándome del parque que consideraba mi hogar transitorio.

Y este, ruge con su manejo en las calles.

Y yo, feliz por primera vez en uno observando todo lo que pasamos y vamos dejando atrás, porque siento que vuelo como lo hacen los pájaros en el parque.

Y el muchacho de ojos y pelo extraño al ver que me gusta eso, baja más el vidrio para que saque mi cabeza por la ventana y así, el aire puede golpear mis ojitos y hocico.

Y río, con un gran ladrido y dejando que la Brisa, también juegue con mi lengüita afuera hasta que llegamos a destino.

—Listo. —Dice una vez que detiene su coche como motor y miro lo que nos rodea, para luego a

él emocionado.

Pero extrañado.

Porque, no hay casita ni árboles a su alrededor.

Como tampoco, una linda verjita blanca que la rodee como vi que pasa a mis hermanos perros, cuando son mascotas.

Y bajo mi cabecita de decepción.

Ya que, tampoco los papis humanos que pedí en ese deseo.

Solo.

Una gran superficie, donde hay muchos más autos estacionados sin humanos dentro y con un gran edificio de varios pisos, muy pulcro a un lado de donde estamos a la distancia.

Me recuesto sobre el asiento bajando mis orejitas, porque no entiendo.

Ya que, es más lindo el parque.

Hay césped y árboles.

Más humanos grandes y pequeñitos.

Y aunque, nadie me pidió nunca ser familia, con mirarlos tras un arbusto me sentía y muchas veces soñaba.

Que lo hacían.

—¿Confías en mí, cachorro? —Su voz, hace que lo mire al chico de pelo casi blanco y que tras sus palabras, abre su puerta para descender del coche negro.

Continuo, mientras lo miro como con tranquilidad lo rodea y al llegar a la parte trasera, abre su cajuela y saca algo que no sé que es.

Para luego a mi dirección y abrir mi Puerta y apoyando su brazo libre en esta de lo que sacó y cuelga de su otro hombro, prosigue.

—No tenemos mucho tiempo... —Mira su reloj y me mira. -¿...confías en mí? —Repite.

No.

La verdad que no mucho, porque tengo miedito.

Y rueda sus ojos mirando el cielo despejado otra vez como en el parque, para luego acomodando mejor lo que cuelga de su hombro, inclinarse sobre sus rodillas frente a mí, y la puerta que sigue abierta.

Y algo, golpea fuerte dentro de mi interior por eso.

—Siento tu miedo, pero también tu anhelo cachorro... —Me dice. —...ese fuerte deseo, porque tus latidos llegan a mí... —¿Latidos? ¿Qué es eso? Se sonríe. —...un corazón acelerado por la emoción que sea, puedo sentirla a millas... —Murmura. —...kilómetros. Sin importar que altas montañas o hasta el océano, se interpongan. —Continúa. —Porque, me alimento de ellas para mal... —Se sonríe más, por decir eso con cierta satisfacción. —...o para bien... —Gruñe esta, volviendo a mirar el cielo contrariado.

Extraño.

—...pero, sobre esa gota de miedo que te recorre... —Vuelve a chequear su reloj pulsera en el momento que se pone de pie nuevamente y al mismo tiempo, ambos percibimos que cierto Jeep negro se estaciona en otro extremo del gran predio y a distancia de donde estamos. —...te prometo por el de arriba... —Hace una mueca, al nombrarlo. *¿Quién, es ese?*—...que se hará realidad tu deseo. —Finaliza, acomodando mejor su larga chaqueta oscura, que casi le llega a sus talones y que lo cubre e invitándome con su mano en el aire y que de su hombro cuelga esa cosa a que baje mientras la otra sostiene la puerta por mí.

Y lo acepto.

Lleno de miedito, pero sin saber el por qué.

Vuelvo a confiar en el chico de pelos, ojos y aura extraña.

Me toma en una de sus manos, una vez que mis patitas están en el piso.

Percibo que está apurado y no hay tiempo que perder.

Ya que se mueve rápido, pero con sigilo entre coche y coche, sobre un punto y una dirección determinada mirando ese Jeep negro, que descienden dos personas.

Un hombre y una mujer.

Y mi pecho, vuelve a apretar fuerte por esta última.

Duele.

Pero, un dolor lindo.

Y no lo entiendo, porque apenas la diviso mientras me dejo llevar por el muchacho.

Solo, logro ver su pelo castaño con un raro recogido y que ríe divertida, por algo que le dice al hombre de traje negro que ante los pasos de ella en dirección al gran edificio de varios pisos pulcro, él solo se apoya en el coche cruzando sus brazos sobre su pecho a su espera tranquilo.

—Quédate aquí y no te muevas cachorro. —Al fin habla el muchacho al llegar y dejarme en un rincón.

Uno lleno de basura y cosas.

Un gran contenedor de residuos.

Vuelve a agacharse sobre una rodilla flexionada frente a mí, tomando una de las cajas que hay y me cubre con ella, logrando que casi me tape por completo.

Me niego y me sacudo para sacármela de encima, pero vuelve a ponérmela y su turno de negar.

—No lo hagas... —Susurra para no ser escuchado y notando por un lado del contenedor, que la mujer viene hacia nosotros y donde estamos escondidos.

La acomoda mejor sobre mi lomo.

—...pase lo que pase, debes prometerme que lo que veas...no te asustaras. —Vuelve a mirar a la mujer joven ya casi donde estamos, descolgando de su hombro esa cosa. —Prometo que no duele y que tendrás tu familia... —Me augura. —...tú, tapa tus ojos con la caja y solo, déjame el resto... —Finaliza, abandonándome y bajando más sobre mí, la caja para luego ya de pie, escurrirse por el lado contrario a la mujer.

Y todo.

Sucede rápido después.

Mi deseo, como lo llamó el muchacho extraño.

Mi anhelo.

Y ese miedito, porque no entiendo que va a suceder por más que elevo mis orejitas para captar todo, bajo la caja que me cubre a la espera.

Pero, la curiosidad me puede y con mi hocico y desde mi escondite sin moverme, logro deslizar algo la caja.

Para ver a la alegre mujer joven que hace que mi corazón duela de felicidad, viniendo en mi dirección con su celular en mano y que, luego de tocar algo lo guarda en el bolso que lleva cruzado, mirar en mi dirección mientras el muchacho extraño desde una distancia y espaldas tras una pared contraria a nosotros, donde la cosa que antes colgaba de uno de sus hombros y haciendo a un costado como de un movimiento preciso, un lado de esa larga chaqueta abierta y negra que lleva, para mejor postura.

Ahora, la empuña recto y frente a él con una mano.

Y mi pecho, aprieta más por eso.

Porque, ese tipo instrumento que lo eleva más y calcula diestro, con su otra mano llevándolo a su espalda saca algo que cuelga de ella.

Un morral, saben decir.

Pero en vez de contener como en muchas humanas mujeres que vi con esos celulares, papeles o bártulos.

Él, lo tiene llenos de especie de varas prolijas y talladas con su recto.

Iguales y perfectas en su belleza, con sus puntas en ella de algo punzante.

Pero, diferenciándose entre una de otras por brillo y color.

Siendo unas, doradas y resplandecientes sus puntas y otras, oscuras como plumizas cual la nubes que aparecieron de golpe con la tormenta, tras las palabras del muchacho amenazante a los nenes que yo solo quería jugar en el parque.

Pero, él elije una de las doradas.

Que acomoda, en perfecta sincronía con el otro instrumento y bajo el sol radiante que hay y cómo, si fuera parte de él mismo.

Esta, se hace más radiante sobre el aparato, posición y empuñadura tensante de ambas cosas sostenidas por el muchacho con precisión.

Y me alarmo, pese a ser algo hipnótico de ver.

Porque, viene a mi mente.

La muchacha desagradecida del parque, sentada frente nuestro con su forma de mal proceder y esa tipo amenaza que sentí, del raro muchacho de pelo como ojos plata sobre ella, por su mala acción.

Él dijo.

Arco.

Lo miro por ello.

¿Acaso, lo que apunta sin piedad hacia esta joven humana?

¿Es el arco?

¿Es?

¿No es?

Y esa palabra escucho dentro de mis orejitas, hace que me remueva nervioso, sintiendo casi a la mujer joven que al llegar a mi escondite y se detiene al sentir ruido y vuelve sobre sus pasos, porque retrocedo con la cajita arriba mío por miedo.

Uno que me colma y provoca, que haga otro paso más y choque con las demás cajas y papeles que hay por susto y que, ella se acerque más curiosa e incline hacia mi lugar por eso, al no lograr verme bien desde mi escondite.

Pero yo sí, la veo.

Ella, irradia algo lindo.

Cálido.

Calorcito, por más que no sé quién es.

A familia.

Y por eso y no me importa si soy chiquito y que el muchacho del arco, me dijo que confiara en él.

En el momento justo que la vara punzante y de punta dorada, es lanzada por él sin piedad con su arco.

Surcando el aire.

Veloz.

Y sin compasión ni misericordia.

En dirección a ella.

Yo gruñendo y cerrando mis ojitos, pero tomando coraje, me lanzo a ella y encima suyo para

protegerla de esa cosa que se va clavar en su espalda por miedo a que la lastime, causando que caiga y grite por asustarla.

Porque, no voy a permitir que lastime a mi mamá humana.

Porque así, lo siento.

Y encima de ella y sobre sus gritos de horror intentando escapar de mí, mientras la lamo feliz y poniendo mi lomo con cajita y todo, para que esa cosa dorada y filosa impacte contra mí, como lo hizo el juguete redondo de esos nenes y la vara y no, sobre ella por más que el muchacho me dijo que no iba a doler.

Y un.

—¡Rata! —Grita horrorizada. —¡Una rata! —Vuelve a decir, intentando sacarme de encima suyo y arrastrándose para huir.

Y yo, abro mis ojitos.

¿Eh?

Porque, no siento dolor.

No siento, tibio ni rojito.

Y sobre los lamentos y lucha de ella, miro para todos lados buscando esa vara de punta dorada donde impactó.

Y luego, hacia el muchacho.

Que ahora, solo observa apoyado con un lado de todo su cuerpo, contra esa pared y de brazos cruzados con un pie descansando.

Y ese instrumento que no conocía, pero que se llama arco.

Ahora, solo cuelga de su hombro de forma tranquila.

Y algo, hace que deje de mirar al chico raro de pelo y ojos color plata.

Que de pronto, hay calma absoluta.

Ella ya no forcejea contra mí, por más que sigo encima suyo.

Solo me mira y toma mi carita, mientras hace a un lado la caja.

Muevo mi colita.

Y ella sonríe, al dejarme en el suelo mientras se sienta sobre sus talones.

Y yo la imito.

Mirándonos mucho.

Y algo, nos invade.

Llena.

A ella y a mí.

Es lindo y su mirada me lo dice.

Es algo muy fuerte y más, que cuando encuentras un rico huesito para comer.

Mucho más que, cuando ves que alguien al notar tu presencia bajo la lluvia, te deja un trapito bajo un techo, para que te resguardes bajo el con un platito de comida.

Es más fuerte y no sé, que es ni explicar.

Pero, se siente lindo y como ella.

Lo siento también.

Intenta alejarme con su manito, pero se la lamo.

Ríe.

—Te ganarás un enemigo, si sigues haciendo eso... —Me advierte divertida, ante mis demostraciones de cariño, acariciando mi cabecita huesuda. —...y te aseguro, que no estás en condiciones de enfrentar un Herónimo campeón... —Me murmura dulce, deslizando su mano ahora sobre mi lomo.

La miro.

¿Herónimo?

Inclino mi cabecita curioso, provocando que ría.

¿Será, mi papá humano?

Y otro calorcito, en mi pecho al imaginarlo, porque me gusta ese nombre.

Se pone de pie y yo salto feliz.

¡Genial!

¡Ya tengo papás!

Pero me llama Rata, pidiendo que me quede quieto y obedezco, con mi colita que va y viene alegre.

Porque, tengo nombre.

Me llamo Rata.

Feliz.

Siempre, quise uno.

La miro.

Me mira.

Y me habla algo de papá Herónimo, pero que no va abandonarme.

No entiendo mucho y por eso, vuelvo a inclinar mi cabecita por lo que dice y eso hace que mi orejita, vuelva a caer tapando uno de mis ojitos y que ella, gimía con ternura y me acaricie.

Y yo, gimoteo por ese cariño a mi mamá humano.

Suelta una risita, mientras besa mi hocico y ríe más, al ver mi colita que no para feliz de un lado al otro, rodeándome con sus brazos para alzarme.

Vuelve a besarme, comparándome con ese papá Herónimo por mis ojos como pelaje oscuro.

—¡Dios! ¡Ya me enamoré, de ti también! —Chilla feliz como yo y abrazándome más contra ella. —Hora de conocer a papá. —Me dice entre risas, volviendo sobre sus pasos al Jeep negro y al hombre que la aguarda.

La lamo feliz entre sus brazos y ella vuelve a reír.

Porque me dijo, que se enamoró de mí.

Ella siente eso que no sé que es, pero que es lindo y da calorcito.

Como yo a ella.

Sobre su hombro y con cada paso que da, miro por última vez en dirección al muchacho extraño.

Y ahí, esta.

Silencioso, oculto pero sonriente desde su rincón, apoyado aún contra esa pared y con ese instrumento, colgado en su hombro.

El arco, lo llamó él.

Que sonó a amenaza cuando lo nombró y que, cuando lo empuña.

Da miedo con esa vara puntiaguda dorada, porque puede lastimar más que el juguete redondo o ramitas de árbol cuando te toca.

Pero en realidad, nunca sentí su impacto ni dolor, aunque la lanzó contra ella y hacia mí sin dudar.

Sin vacilar.

Confianza, me dijo.

Y puedo sentir sobre nuestras miradas encontradas, que se despide de mi y hasta creo, que sonrío complacido mientras hace a un lado su gorra de beisbol que cubre su cabeza, para liberar su algo largo pelo de color plateado como su mirada.

Para luego.

Guau.

Algo nace de su espalda y se abre.

Negro como su vestimenta y la chaqueta larga, que casi lo cubre por completo.

¡Alas!

¡Una como tienen, los pajaritos del parque!

Y abro más mis ojitos, porque nunca vi algo así.

Porque estas, son enormes y se expanden a su anchas, tanto que podría cubrirse con ellas si lo quisiera.

Y tan en su negro como la noche, que reflejan cierta luz por las plumas suaves y oscuras, en su simetría perfecta que la componen.

Brillo entre ellas, por tornarlas al sol despejado que hay al desplegarlas.

Miro a mi mamá humana.

¿Lo ves?

La lamo, para llamar su atención.

¡Mira, tiene alas!

¡Es un humano pájaro!

Pero, ella no voltea.

Creo, que no puede verlo.

Solo me acaricia más, al llegar al otro hombre del coche y creo que él tampoco lo puede ver en el momento que el chico extraño se va.

Desapareciendo, con sus alas.

Me apoyo y acomodo más en el hombro de mi mamita humana, cuando lo veo irse.

Sé, que ahora me llamo Rata.

Y miro el cielo.

Me hubiera gustado, saber tu nombre.

Y vuelvo a sentir algo de allá arriba, respondiendo y muevo mi colita por eso.

Adiós, chico extraño de pelo y ojos plata con alas de pájaro.

Gracias, por darme.

Miro el cielo, otra vez.

Una familia, Caín...

Fin

UN EPILOGO MUY ESPECIAL



YO, EL RATA  

PARTE 2

Segundo especial...yo, el rata 2 epílogo especial



Primero, quiero huir y escapo de sus manos.

Pero su risa alegre, ante el contacto de mis patitas con el agua tibia casi llenando la tina, que provoca que me sacuda integro y empape a mi nueva mamá humana me calma, porque no entiendo nada.

—Solo una duchita, para sacarte la mugre Ratita... —Se sienta sobre sus talones en el piso y me dice desde mi rincón que escapé.

No entiendo.

Inclino mi cabecita causando otra vez, que una de mis orejitas tape uno de mis ojitos sin dejar de mirar a mi mamá nueva.

¿O sí, entiendo lo que me dice?

Pero capto, que no me quiere lastimar y me dejo llevar por ella otra vez al agua.

Y pataleo, porque esa agua empieza a cubrirme.

Miedo.

Y quiero, huir otra vez.

Pero las caricias de mami Vangelis me quieren calmar, mientras me dice cosas lindas y besa mi frente, sin dejar de echarme más agua como algo que sale de una botella.

No sé, lo que es.

Pero hace espuma en mi lomo y percibo un olor.

Me agrada.

Es dulce.

Como algo, masticable.

—Es shampoo y te lo dolerá la barriga, si te lo comes Rata... —Ríe, al ver que lamo esa espuma mientras me enjuaga.

Y yo, cierro mis ojos.

No por el sabor, que pese a su rico aroma tiene razón.

Su gusto espumoso, no es así.

Sino.

Por la lluvia tibia, que ahora cae sobre mí.

La siento agradable y yo, vuelvo a sacudirme otra vez hasta la puntita de mi rabito.

Pero, con más vigor.

Provocando, que moje más dónde estamos y mi mami, vuelva a reír con ganas mientras se cubre con sus brazos cruzados contra ella, por el agua que descargo.

Y yo río también, feliz y con un gran ladrido moviendo mi colita.

Y más, cuando un.

—¡Mira qué guapo, estás Rata! —Me dice emocionada, mientras pasa por mi lomo una toalla para secarme. —¡Si hasta brillas y hueles a jabón! —Exclama y yo, muevo más mi colita dejándome abrazar y que huela mi cabecita, seguido de encender una cosa que hace que mi pelaje con él en su mano, lo seque.

Y yo, quede limpio y suavcito.

La miro sentadito y expectante, mientras guarda eso en su lugar y acomoda algo donde estamos.

Pero se detiene de sus quehaceres, al sentir voces que vienen de otro lado y más abajo.

Se inclina y me mira, emocionada.

—Papi, llegó... —Me susurra y yo, muevo más mi colita.

Porque, eso lo entendí y siento su emoción.

¿Papi llegó?

¿Voy a conocer a mi nuevo papá?

Y todo me embargo, por mucha alegría.

Y no me puedo contener.

Ni siquiera, cuando abre la puerta y veo que con una mano me indica, que quede quietito un rato mientras desciende por las escaleras.

Porque yo me atropello de la emoción por estas, mientras bajo también.

A toda marcha.

Y patino, llegando a ese brillante y reluciente piso, que por mi algarabía y ese lustre.

Termino.

Girando en redondo varias vueltas, con mis cuatro patitas sobre este desparramadas.

Y para quedar.

Silencio.

Mucho, silencio de golpe.

Frente a un hombre sentado y bebiendo de un vaso.

Algo así, por su gran tamaño y que no gesticula movimiento, pese a que me mira fijo.

Como las estatuas gigantes de granito del parque, donde me encontré ese chico de color de pelo y ojos extraños.

Que al notarme.

Uy...

¿Dije, que mucho silencio?

De su mano sana, porque la otra está cubierta por algo todo su brazo.

La lleva al puente de su nariz y tras acomodar sus lentes, sigue en apretar esta.

He incline, mi cabecita dudoso.

¿Le dolerá, su hocico?

Mira a mami, para luego a mí.

Por eso, yo lo miro y después a mami.

Y mami me mira, para luego a mi nuevo papi humano.

Respira profundo.

Muy profundo.

—¿Qué, es eso? —Pregunta.

Observo a mami, que está a mi lado que no deja de acariciarme y muerde su labio.

Creo, que quiere reír.

Cosa que mi papi nuevo, no lo hace.

—Un perro. —Mami dice, besando mi cabecita huesuda.

Nos mira a ambos y esa mano que estaba en el puente de su nariz, ahora pasa a su sien para frotarla suave y mirar pensativo a dos hombres que lo acompañan pensativo.

Uno cocinando y el otro, sentado bebiendo también.

Que ante la mirada de mi papi nuevo interrogante, no responden y permanecen callados, pero divertidos.

Vuelve a mami y a mí.

—¿Un perro? —Susurra suave.

Y vuelvo a inclinar, mi cabecita dudoso.

Yo creo, que no le cree.

Y por eso, palmoteo más mi colita y quiero saltar como ladrar.

Correr hasta él y brincarle, para decirle.

¡Sí, soy un perrito!

¡Mírame papi!

¡Soy uno y mami, me puso Rata!

¿Viste, que lindo nombre?

¿Viste, que lindo nombre?

Saltarle mucho, feliz.

¿No, que sí?

¿No, que sí?

¡Y tú, vas a ser mi nuevo papá!

Ladro.

Le ladro feliz, moviendo mi colita.

—Yo...necesito algo más fuerte... —Murmura dejando ese vaso con jugo, poniéndose de pie en busca de otra botella ante lo que mami dice feliz como yo, de saber que soy parte de la familia.

Porque y aunque, no ríe tanto como mami.

Porque, mi nuevo papi es más reservado y me observa serio y pese a que su mirada no sonrío.

Nada.

Yo veo.

Muevo más mi colita.

Siento.

Que su pecho.

Adentro.

Sonríe de amor.

Yes, por mí.

Hay mucha sonrisa, dentro de él.

Y otro ladrido, en los brazos de mami.

Muerde, su labio de arriba papi.

Su sonrisa, no está en ellos.

Pero sí, mucho en su pecho.

Está lleno de ella, por que se infla conteniéndolo mientras eleva un dedo.

Aclara su garganta.

—Solo, temporal rayo... —Se recoloca sus lentes. —...porque te encariñaste, con el fenómeno...

Me mira.

¿Estás sonriendo feliz, papi?

Si.

Yo te siento, no me engañas.

Es de felicidad.

—...que insistes, en llamar perro. —Dice, sin dejar de mirarme.

Y mami, aplaude feliz y me abraza más.

Como el hombre que cocina y el otro que es parecido a mi papá, pero pelaje más claro y más maduro que observaban callados.

Yo miro a todos y ladro feliz.

Mi colita, aumenta moviéndose.

Porque, tengo una familia.

Una mamá humano, que quiero mucho y un papá humano, también.

Uno.

Que viene hasta dónde estamos y se detiene frente a nosotros, con ahora otro vaso de líquido claro.

Me mira largamente, como yo a él.

Yo, perrito.

Chiquitito.

Y él.

Papi humano gigante.

Muy alto.

Recordándome los grandes árboles colosos por su gran tamaño, de los tantos parques que deambulé y veces me refugié, bajo uno de ellos en las noches hasta que me encontró ese chico de color de ojos y pelo extraño, tan blancos como la nieve.

—Pero, que feo, es... —Exclama como conclusión, mi papi de mí.

Yo gruño.

Y él, también me gruñe.

Pero ambos sé, que de felicidad.

Porque, yo bufo de amor contenido y porque ya lo amo mucho.

Y mi papá nuevo, pese a que quiere ser agrio y que no le importa.

Como mencioné esos árboles gigantes, que me resguardaron cuando estaba solito desde que nací.

Él me va a proteger como ellos.

Su corazón, me lo dice.

Siempre.

Porque su mirada seria y protestona, pero con su pecho lleno de sonrisas ocultas que son de pura felicidad.

Muevo más mi colita.

Me lo dice.

Y así, mi nueva vida con mi familia.

Comienza...

Una.

Llena de afecto con mi papá rezongón y a mi mamá siempre siendo por ese amor: *gruñon.con.mi.papi*

Pero, incondicional.

Lleno de apego y cariño.

Uno.

Ladro feliz.

Que se multiplicó con el tiempo, por tanto amor.

Si.

¡La llegada, de mis hermanitas humanas!

Juno.

Hope.

Y Tatúm.

Siendo ahora, una gran familia.

Con mi mamá, más sonriente como radiante y mi papi donde ese pecho que siempre contenía, esas sonrisas de felicidad y que resguardaba dentro suyo.

De a poco.

Y con mami, siempre abrazándola viéndonos crecer.

Comenzó a liberarlas a esas muchas sonrisas.

Cantidades de ellas.

Cientos de sonrisas ahora su rostro, como cuando las flores del inmenso jardín de nuestra casa, explotan ante la llegada de la Primavera.

Porque, mi papá humano sonreía como tal.

Con esa alegría de las propias flores abriéndose y que tantas veces, con el correr del tiempo y en cada temporada al florecer.

Yo olí y olfateaba, su dulce aroma y color.

Como mi dulce y alegre mami y mis hermanitas humanas, también.

Siempre juntos.

Dónde, con cada estación y transcurriendo el tiempo.

Pasando este.

Desde el blanco y frío invernal, hasta las hojas con sus ocre por el Otoño.

Como la primavera en flor y el verde del jardín, con el cálido estanque con sus aguas por el verano con mi familia.

Sean tristes momento, pero sobre muchos felices.

Siempre unidos.

Donde crecí y los vi crecer.

Pasando muchos años y con ellos.

Sus estaciones, como dije antes.

Convirtiéndose, en adultas mis hermanitas humanas y yo también.

Más viejito.

Pero siempre y aunque, me costara palmotear ya mi colita como mis ancianos pasos, propia de mi edad avanzada.

Seguía, moviendo feliz.

Acompañando a mi familia.

La hermosa familia, que muchos años atrás.

Me dio.

Ese extraño muchacho de pelo revuelto y algo largo como ojos de color, casi blancos.
Plateados.

Y dónde una tarde, bajo la sombra de un árbol de mi casa.

Mi hogar querido.

Me recosté muy cansado y sin mi colita, ya de moverse por agotamiento.

Una fatiga, que no dolía.

Porque, me daba calma.

Y que al sentir esa voz, aunque parezca extraño.

Una dulce.

Y que, reconocí a pesar de tantos años que pasaron.

Elevé mi hocico para mirar, sobre las ramas del árbol que me encuentro y que se mecen suavemente, ante la brisa cálida que hay.

Ya que, es como una caricia.

Una que siento tal, en mi rostro y pelaje también.

Al despejado y azul cielo.

Porque, esa dulce voz viene de ahí y me susurra, con esa igual calma de años atrás cuando apareció ese extraño muchacho quien me dio mi familia.

Que confiara en él, nuevamente.

Como lo hace ahora otra vez esa cariñosa voz desde cielo, cuando veo aparecer al muchacho otra vez.

Paz.

A Caín.

Y que camina hacia mí.

Tranquilo y pausado.

Los años, no pasaron para él.

Sigue siendo el mismo muchacho.

Tal vez su pelo que ahora lo lleva suelto, más largo y cayendo sobre él.

Lejos de esa gorra que cubría su color llamativo y como la sombra de este, al llevarlo puesto, del color claro de su ojos plateados.

Pero, la exacta vestimenta negra.

Y esa misma especie de abrigo largo hasta sus talones y tipo capa, que protege y lleva sobre sus hombros.

Flameando algo, por la brisa y con cada paso hacia mí, con ese arco de la otra vez colgando en uno de sus hombros.

Pero notando, pese a mi agotada y viejita vista.

Que sus flechas ahora y donde muchas, eran sus puntas plumizas antes.

Ahora, son todas doradas como el mismo sol que nos ilumina.

Flexiona una de sus rodillas al llegar a donde estoy recostado bajo el árbol, para poder acaricia mi vieja cabecita.

—Gracias. —Solo murmuro, bajo su cariño.

—Solo, cumplí órdenes muchacho... —Me dice, con un suspiro y elevando algo, su frente para observar el cielo y que el sol, bañe este.

Lo miro con mis ojos cansados y viejos, por haber vivido y visto mucho.

Sonríe por eso.

Porque, me siente.

—¿Puedo despedirme de ellos, antes de irme contigo? —Le pregunto, mirando el chico Caín

como yo, la puerta trasera de la cocina al abrirse de golpe y observar como mi familia, viene corriendo en mi dirección.

Mi mamá Vangelis conteniendo sus lágrimas y llamando a mis hermanitas humanas.

Y mi papi Hero, sin retenerlas y enjugando su llanto tras sus lentes, mientras se recuesta contra el árbol y me toma contra él con ternura.

El arquero, solo observa con cariño.

—Espero lo que tenga que esperar... —Me susurra, apoyado sobre el árbol y cruzado de brazos conmovido. —...tranquilo, que no me ven... —Me dice, alejándose como vino.

Pausado y silencioso.

Más lágrimas, de mi papá Hero.

Llantos de mi mami Vangelis y hermanas, cuando ya están todas.

Despidiéndose de mí.

Y yo lagrimeo también, bajo sus besos y abrazos.

Son caricias, llena de cariño.

Con tristeza.

Pero, llenas de felicidad.

Linda emoción.

Y cierro de a poco, mis viejos ojitos...

Porque, lo son.

Mucho.

Siento a Caín que se acerca y me extiende su mano con dulzura, para que lo siga y lo acompañe.

A ese cielo azul, dónde esa dulce voz me sigue llamando.

De puro amor y de lo que ambos me cumplieron, porque tanto quise.

Vuelvo a ladrar feliz y mover mi colita, como si fuera cachorro otra vez, mientras camino a su lado.

Pero, volteo para mirar por última vez y lleno de mucho amor.

Mi hermosa y querida familia...

Porque, siempre voy estar en sus corazones.

Ladro feliz.

Eternamente, en ellos...

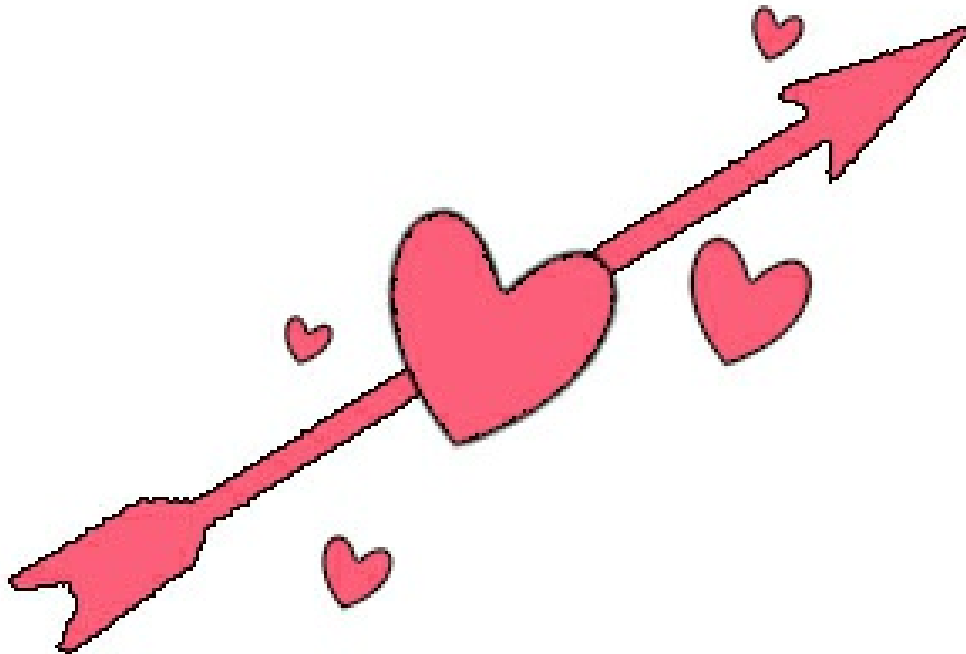
Fin.

Agradecimiento especial

Mil gracias por acompañarme con la saga y también centenares de gracias, por ser parte de mi causa que hicieron propia para los Hospitales Oncológicos Infantiles, no recurriendo a la piratería de mis PDFs y colaborar con la recaudación, batallando contra los que lo hicieron.

Gracias por ser flechas rosas y no, flechas negras.

De corazón, un millón de gracias.
Dios las va a recompensar como esas sonrisas de los niños, con cada entrega de autito eléctrico con más presentitos.



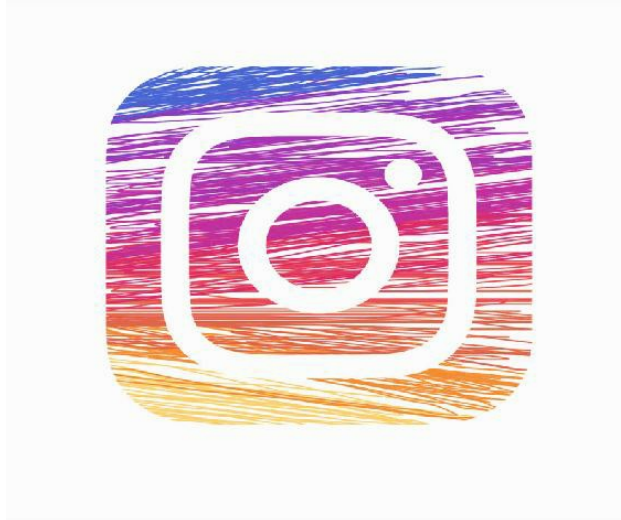
Redes sociales de mis novelas y nuevas obras como noticias de ellas o estar en contacto conmigo.



<https://www.facebook.com/cristo.bal.5015>



<https://www.wattpad.com/user/Pipper13>



https://www.instagram.com/cristo_libros16/